

B.P. GALLEGO

EL CAMINO DEL SOUTJIN

EL VAGABUNDO

SAGA EL CAMINO DEL SOUTJIN 1



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Handwritten signature or initials.

EL CAMINO DEL SOUTJIN.

EL VAGABUNDO

B.P.GALLEGO

© B.P.GALLEGO

EL CAMINO DEL SOUTJIN. EL VAGABUNDO

Primera edición Noviembre 2018

© B.P. Gallego

© Atlantis Ediciones Narrative Books

Calle Virgen de las Nieves, 62

28300 Aranjuez (Madrid)

918.65.77.36

atlantis@edicionesatlantis.com

www.edicionesatlantis.com

ISBN: 978-84-949377-9-8

Depósito Legal: M-34414-2018

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

A todos aquellos que creyeron alguna vez en mí.



Prólogo

La primera vez que vi al chico, apenas tendría tres años.

Raiden y yo habíamos cabalgado durante días prácticamente sin descanso hasta llegar a un pueblo muy al norte de la capital, cerca del mar en la región de Valda.

Unas noches atrás me había convocado en su despacho y me había pedido que nos viéramos en los establos de palacio, con las primeras luces del alba. Habíamos ensillado nuestros caballos y partido en silencio con poco más que agua y pan.

Mi viejo amigo no había considerado oportuno revelarme la naturaleza de aquella misión que el Príncipe Mayor nos había encomendado, al fin y al cabo, también era la mano derecha del capitán y como tal, mi deber era confiar en él.

Habíamos cruzado los límites del reino de Zingar y nos estábamos acercando al país de Ho. Lo cierto era que nunca me había gustado su gobernante, el Príncipe Valro. Era el gemelo de Drats, que gobernaba Zingar, pero claramente carecía de todas las dotes de líder y de la mano dura que tenía su hermano gemelo. Siempre se había rumoreado que el emperador le había cedido aquella buena tierra porque lo prefería mucho más a él que a Drats.

Nuestro príncipe tampoco se había llevado bien nunca con su hermano menor Valro, al que solo parecía apreciar el Príncipe Menor.

Parábamos solo para dormir unas horas, comer y dejar descansar a los caballos. Por las noches, mi compañero de armas y amigo dejaba de lado su fiel espada Sensata y se llevaba a los labios el flautín, llenando los bosques con la música de Kotei.

Dejamos atrás los horribles pantanos de Zingar para adentrarnos en las espesuras y los grandes pastos de Ho. Cuando vi por primera vez aquella tierra en mi juventud, entendí por qué lo llamaban el país de las hadas.

Cabalgamos pasando algunas aldeas y adentrándonos entre las colinas y los bosques de gruesos troncos y espesas hojas verdes, hasta que pude ver a lo lejos una minúscula aldea situada en un gran valle.

—¿Es aquí? —Bajé de mi caballo imitando a Raiden que lo hacía con

mucha más gracia que yo, dejando que su capa azul ondeara en el aire como una bandera. Siempre había sido un hombre atractivo aun siendo de mediana edad. Conservaba una buena y oscura melena que solía recoger en una trenza y una gran y poblada barba. Yo, sin embargo, y aunque era diez años más joven que él, me había visto obligado a afeitarme la cabeza y recortarme mi barba de pelo canoso.

El pueblo era muy pequeño, apenas cuatro casas y un viejo molino al lado del riachuelo. El ocaso había dejado las calles en silencio, apartando a todos los hombres de los campos a sus respectivos hogares.

—¿Para qué necesitamos visitar a gente como esta? Están muy al norte y estoy seguro de que es un pueblo bárbaro. —Mi compañero había optado hasta entonces por seguir el viaje en silencio, pero yo comenzaba a impacientarme del secretismo que tenía todo aquello.

Raiden sacó su sable en silencio, nunca había sido un hombre de muchas palabras. Aquello me bastó para comprender lo que habíamos venido a hacer en aquel lugar. —¿A todos? —Pregunté finalmente con voz queda. Él asintió con sus oscuros ojos y yo le devolví la mirada y obedecí.

Me desabroché mi capa azul y desenvainé con cuidado mi sable, Escondida me dedicó unos guiños con las últimas luces del sol del atardecer.

Dejamos a nuestros caballos en la entrada del poblado y nos dirigimos hacia lo que parecía una taberna cochambrosa, pero de la que provenían la mayoría de las risas y griterío.

Podría mentir diciendo que suplicaron clemencia, pero lo cierto fue que acabamos con todos los hombres antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Revisamos las casas, entrando en todas, con rapidez y sin descanso, tratando de acabar lo antes posible. Nuestros sables eran tan afilados que, antes de que los cuerpos cayeran al suelo inertes, habíamos conseguido cortarlos en dos de una sola tajada.

El sol se había puesto casi por completo y en el pueblo ya solo se respiraba olor a metal y un profundo y pesado silencio. El ruido de los hombres había sido sustituido por el murmullo del viento y del riachuelo.

Raiden me señaló una casa escondida entre los árboles, era mugrienta y ruinosa y no parecía tan siquiera habitable. Asentí con un encogimiento de hombros y lo acompañé colina arriba.

Abrimos la puerta sin mucho esfuerzo, todo estaba en silencio y no había

luz en el interior. Pasamos el umbral sin hacer ruido, vi como Raiden se deslizaba con rapidez, dejando que Sensata rozara la punta en el suelo y dejara un ligero hilo de sangre de las víctimas que se había bebido.

La madera chirriaba y aquel lugar apestaba a vómito y a humedad. Él me ordenó con un movimiento de mano que revisara el piso de abajo y él se encargaría de los dormitorios. Asentí en silencio, aunque la idea de permanecer un minuto más en aquella casa fuera lo último que deseara hacer.

No hubo mucho que revisar, la casa era muy pequeña y enseguida encontré a una mujer gorda y sucia sollozando en silencio en el rincón de lo que parecía una cocina. Estaba llena de golpes y le faltaban algunos dientes.

La verdad fue que no gritó, se limitó a mirarme y de algún modo, sentí que llevaba mucho tiempo esperándonos. Tenía los ojos más claros que jamás había visto, como si fueran oro líquido. Decidí no apartar la mirada y acabar el trabajo cuanto antes.

Escuché la voz de un hombre gritando en un extraño idioma y corrí escaleras arriba. El piso superior solo disponía de una habitación grande, con una cama y un pequeño lecho en la otra punta. Encontré a mi compañero mirando a los ojos a un hombre mayor, casi anciano. Este repetía unas palabras ininteligibles que sonaban como si fueran el sonido de un repiqueteo de dos piedras que chocaban una y otra vez.

Quizás se tratara un idioma antiguo, había pocos lugares donde no se hablase el idioma imperial de los Kotei, pero parecía probable que aquel remoto pueblo no se hubiera modernizado y hubiera caído en el olvido entre las montañas y el paso de los años.

—Siro. —Me dijo. —Nos llevamos al chico.

Hasta aquel momento no me había percatado de que había un niño de unos tres años, delgado y de cabello negro y muy sucio sentado sobre el lecho de la habitación.

Miré al niño que me devolvió la mirada con unos extraños ojos amarillos, como los de la mujer del piso inferior, comprendí al instante que debía ser su madre. No lloraba, tenía la boca cerrada y se limitaba a mirarlo todo como si realmente no entendiera que estaba en peligro, como si le diera igual que estuviéramos allí.

Cuando miramos al niño, el viejo lo miró y comenzó a agitar las manos gritando sin cesar. Yo me adelanté a mi compañero y con un grácil movimiento, le corté a la altura del pecho, acercándome lo suficiente para que

el hedor nauseabundo del viejo me hiriera las fosas nasales.

El cuerpo cayó de inmediato, cesando aquella cantinela de extrañas palabrerías y alcé enseguida mi sable. El hierro medía más de un metro y estaba recubierto de una pastosa sangre oscura, chasqueé la lengua amargamente. La espada estaba sucia, no me extrañó en absoluto. Siempre se decía que los Kotei teníamos la sangre más limpia del mundo, y aunque no fuera un hombre que creyera fácilmente en refranes populares, aquel me parecía de lo más acertado.

Traté de limpiar a Escondida con las sábanas de la cama y tras dejarla casi perfecta la envainé.

Raiden me miró y movió la cabeza con un gesto de aprobación, parecía haber cumplido con las exigencias de la misión y con discreción, y aquello le complacía.

Lo cierto es que a mí también, con suerte estaríamos en la capital antes de dos semanas.

Recogió al chico en brazos, este se dejó alzar sin protestar y sin mediar más palabras conmigo, bajó las escaleras. Yo me quedé unos segundos parado, aquello me despistó completamente.

Tuve que correr para alcanzarlo, bajé las escaleras a toda prisa y uno de los tablones hizo que me desestabilizara, cayendo cerca de un cubo que contenía algo que no habría querido describir.

—¿Pero, y las órdenes? —Grité a través del umbral de la puerta. Raiden se encontraba ya junto a su precioso caballo cuando se dignó a mirarme. Colocó al chico en la parte trasera con cuidado y montó con él.

No lo entendía, ¿acaso no había comprendido bien la misión? De pronto, todo aquel silencio, todo aquel secretismo me enfureció. Raiden llevaba muchos años como Soutjin, muchos más que la mitad de nosotros. Siempre había tenido el favor del Príncipe Mayor y de nuestro capitán, pero no estaba dispuesto a seguir con todo aquel extraño asunto sin saber a lo que debía enfrentarme. Raiden era mi mejor amigo, llevábamos juntos desde que yo era un crío, me había alistado como Soutjin por él, y solo por él.

—¿Dónde piensas llevarlo? —Pregunté colocándome delante de su caballo. —¿Qué pensará el Príncipe Mayor cuando se entere de que hemos desobedecido?

Cogió las riendas de su corcel, tratando de esquivarme. Primero me miró, pasé años tratando de averiguar el significado de aquellos ojos y después

miró hacia el norte.

—Ya no sirvo al Príncipe Mayor.

I

Ryon despertó a causa de un pájaro que canturreó demasiado cerca de su ventana, se levantó de golpe y sacudió sus brazos temiendo, por un momento que el ave hubiera entrado para picotearle la cara. Suspiró y trató de calmarse cuando se vio solo en su habitación. Llevaba unas semanas teniendo horribles pesadillas que se reflejaban en su rostro con unas grandes y oscuras ojeras.

Sabía que quizás la causa fuera que hoy era su cumpleaños y aquello le producía escalofríos en la nuca.

El chico se levantó tan rápido como pudo al percatarse de lo tarde que debía ser. Se vistió rápidamente con unos pantalones negros y una camisa holgada de color gris oscuro. Se recogió el cabello negro y liso en una media coleta y tras calzarse, se observó por un momento en el espejo.

Sus ojos, claros como el oro líquido le devolvieron la mirada, tenía el aspecto de siempre, cansado y paliducho.

Dejó su habitación atrás y se deslizó por las escaleras hacia el comedor.

El castillo era tan grande que, desde su habitación, situada en el ala de los criados hasta el comedor, había casi cinco minutos a paso rápido.

El último tramo lo hizo tan deprisa que se topó de lleno con el pobre Ayok, este se asustó tanto que cayó de bruces al suelo con el cesto de las manzanas que había recogido aquella mañana. Ryon se disculpó mil veces antes de retomar su marcha, aquella mañana no podría ayudarle.

Ayok se levantó y recogió con pesadez todas y cada una de las manzanas mientras retomaba su cantinela de nuevo. Nunca hablaba, solo cantaba una y otra vez una horrible canción que nadie había oído nunca.

Trató de peinarse cuando estuvo frente al comedor, pero su cabello negro no obedecía de leyes gravitatorias. Encontró, como había temido a sus tíos acabando de desayunar.

Suspiró.

Raiden ojeaba un libro distraídamente y Siro lo miró de reojo con una sonrisa y un gesto a camino entre la desaprobación y la diversión. Decidió disimular lo mejor que pudo y se sentó al lado de este último, en silencio. Trató de coger un trozo de pan con miel, pero Raiden dejó estrepitosamente el periódico en la mesa, haciendo que el chico soltara casi con un brinco lo

que había intentado llevarse a la boca.

Cada mañana era la misma historia. Ryon despertaba demasiado tarde para el gusto de su tío Raiden, que le obligaba a prepararse su propio desayuno como castigo a su impuntualidad. El chico le repetía una y otra vez que si no le obligaran a quedarse hasta tarde despierto con sus tareas todo aquello no sucedería, pero Raiden y Siro también trasnochaban y se levantaban cada mañana frescos como rosas y ambos eran mucho más viejos que él así que aquella excusa había sido siempre inútil.

La educación de Ryon solo se podría haber definido de una forma: estricta.

Raiden había aplicado en él todo lo que un guerrero Soutjin debía saber y si no hubiera sido por la mano izquierda de Siro, seguramente lo hubiera matado a los doce años.

Ryon tragó saliva al ver la seria expresión de su tío mientras sorbía el té, no se atrevió a mirar a Siro para pedir ayuda, se limitó a suspirar y esperar. Este último acabó de comerse su pan con miel mientras anotaba cosas en uno de sus cuadernos, fingiendo como siempre que tenía demasiado trabajo.

El comedor de los Soutjin era una sala reservada solo a estos, la mayoría de las veces evitaban a Raiden cuando se encontraba comiendo o tomándose el té de la noche, a pesar de ser una de las mejores estancias del castillo.

—Deberías cortarte el pelo. —Su tío y futuro capitán lo miró con gesto de desaprobación. Raiden tenía el cabello largo hasta la cintura y siempre solía llevarlo recogido en una trenza o un moño. Durante los años, Ryon había sido testigo de cómo se había ido tornando poco a poco en gris. Siro en cambio, siempre se había rapado, era uno de los pocos Soutjin que había visto con la cabeza rapada. Ambos llevaban una barba bien recortada que les daba un aspecto sabio y orgulloso, y a pesar de su avanzada edad, gozaban de un buen porte gracias a su estricta alimentación y entrenamiento. —¿Qué quieres que hagamos por tu cumpleaños?

Ryon había pensado encerrarse en su cuarto por su décimo noveno cumpleaños, esperando que el día pasara pronto y sin complicaciones, pero sus tíos nunca se olvidaban. Más bien al contrario, parecía que siempre esperaban con ganas ese día. Suspiró y se pasó una mano por la cabeza, repelinándose en cabello. Siro sonreía con picardía.

—Quizás ir a la ciudad y celebrarlo en alguna taberna. —Dijo el chico en un susurro y con cierta esperanza.

—Bueno, ¿Qué hicimos el año pasado? —Preguntó Siro con ironía. Los tres sabían la respuesta perfectamente. El año pasado lo habían tirado a un profundo pozo de las afueras para que lo escalara con sus manos y pies desnudos. El peor había sido cuatro años atrás. Los Kotei consideraban los quince años como la mayoría de edad, así que lo habían llevado a las profundidades del bosque y lo habían dejado ahí seis días y seis noches con nada más que su ropa. Ryon agitó su cabeza y contuvo una arcada al pensar en las cosas que había hecho para sobrevivir.

—Quizás fuimos poco originales. —Sugirió Raiden a su amigo, tratando de burlarse de su pupilo. Aquello confundía al chico, parecía haberle leído el pensamiento con aquel semblante serio que siempre tenía y dejando el té encima de la mesa. —Este año es especial.

—Yo solo quiero desayunar. —Se quejó el chico cuando sus tripas rugieron. Raiden lo miró y asintió levemente con la cabeza, tras ese gesto dirigió su atención a los ventanales que tenía enfrente, observando los jardines del palacio.

—Está bien, ayuda a los criados a limpiar la cocina y puedes comerte los restos del desayuno. —Ryon no esperó más y se apresuró a correr hacia las cocinas. No tenía ganas de seguir hablando con sus tíos y aún menos de las intenciones que pudieran tener respecto a su cumpleaños.

Durante aquella época, un halo de misterio se apoderaba de esos muros y toda la familia Imperial junto con sus tíos evitaban su compañía cuanto les era posible. Solo Yotom respondía a sus preguntas, aunque con alguna que otra evasiva. Ryon nunca se había sentido del todo parte de la corte, como si quisieran tratarlo como a Ayok, dándole alguna que otra tarea, pero dejándole a su aire para que no molestase.

Agitó la cabeza alejando el pasado y se concentró en su futuro. Solo había una cosa en la que pensaba desde hacía tiempo, aquel era el año en el que le permitirían alistarse como Soutjin. Sabía que estaba más preparado que la mayoría de los novicios e incluso algunos veteranos. Normalmente, los nuevos reclutas eran aceptados como soldados a los quince años, pero Siro se había opuesto cada año que se le proponía. Raiden le había prometido que, si se entrenaba duro cada día durante algunos años, podría convencer a su tío y aquel pensamiento fue el que dibujó una sonrisa en su rostro.

Llegó hasta las cocinas y tratando de no intercambiar demasiadas palabras con los criados los ayudó a limpiar los utensilios, fregó a conciencia las

cazuelas y barrió el suelo de los restos de harina. Se limitó a frases cortas y monosílabos cuando los gestos no fueron suficientes.

Su premio fue un desayuno de pan con miel y mantequilla caliente y zumo de manzana. Lo devoró de inmediato sentado en la mesa de los criados mientras los observaba.

—Te vas a atragantar. —Dijo Leandre, un viejo bárbaro que siempre le había curado las heridas que se hacía de niño cuando correteaba por el jardín. Era un hombre bondadoso y siempre sonreía y tenía palabras amables para todo el mundo, nunca perdía la paciencia, ni con el lerdo de Ayok a pesar de sus muchos desastres, parecía el único que seguía queriendo escuchar aquella canción que tarareaba una y otra vez. El viejo se sentía orgulloso de haber sido de los primeros hombres de Snoglia que habían sido acogidos y educados por los Kotei y consideraba que los que no apreciaban al Imperio tenían reblandecido el cerebro.

Ryon le sonrió levemente con la boca llena de pan y se ayudó del zumo para acabar de tragárselo todo. —¿Seguirás desayunando aquí cuando te hagas Soutjin?

Ryon lo dudaba, al menos esperaba que no fuera así. Se limitó a encogerse de hombros y salió de la cocina evitando cruzarse con más criados.

Deambuló por la planta baja del palacio hasta que oyó a la princesa Neul que jugaba con un caballo con ruedas de madera por los pasillos. Se dirigió hacia allí cuando vio que hablaba con el retrasado de Ayok.

—Buenos días, Ryon. —La niña tenía el cabello negro y largo y llevaba un aparatoso vestido de túnica que le hacía sudar. Ryon no adoraba en especial a los niños, pero al fin y al cabo aquella niña que no aparentaba más de siete, era en realidad diez años mayor que él.

—¿Qué hacéis? —Preguntó el chico mirando al hombre de casi cincuenta años.

—Nada. —Se encogió ella de hombros. —Me contaba cosas sobre los Soutjin. Ryon abrió los ojos de par en par.

Si, seguro.

Ryon fue a despedirse cuando apareció el perro de la familia, Joy. El chico respondió al cariñoso animal y lo acarició enérgicamente. Yotom vino corriendo detrás de él. Ryon había sido educado con los modales propios de un soldado, pero él siempre lo había tratado como a un hermano, así que solo hacía reverencias si veía a alguien cerca.

—¡Buenos días! —Yotom se acercó a su amigo con una amplia sonrisa, que dejaba ver su blanca dentadura. Ryon sonrió hasta que le enseñó el conejo muerto que traía entre las manos. —¡Mira lo que hemos cazado Joy y yo!

El chico miró a su amigo, estaba sucio y llevaba el cabello oscuro recogido en un moño deshecho. Sus ojos negros y rasgados sonreían de satisfacción. Saludó a su hermana pequeña dándole un beso en la mejilla y dejándole manchas de tierra en la cara.

Le hizo señas a Ryon para que lo siguiera y ambos se dirigieron a la habitación del Príncipe heredero.

Dejó el conejo ensangrentado en una mesa como si se tratara de un sombrero y se desvistió de prisa, entrando en la bañera que le había preparado el servicio que desprendía vapor y aromas afrutados.

Las enseñanzas de los Soutjin tenían como base ideológica el honor, la lealtad y la austeridad, la habitación de Yotom era muy distinta a la de Ryon. Esta última no tenía ni la mitad de espacio que la del príncipe, ni una cama con dosel, en su lugar tenía un camastro individual con un par de sábanas que debía limpiar él solo cada cierto tiempo. El baño del príncipe disponía de una gran bañera donde se relajaba con agua caliente y de tanto en cuando perfumada. Ryon, al igual que el resto de Soutjin, tenían un baño común que solían utilizar por turnos.

—¿Aun no sabes que te han preparado para hoy? —Preguntó el príncipe mientras se frotaba con una esponja. Yotom nunca había estado de acuerdo con sus tíos en lo que a su cumpleaños se refería, entre otras cosas porque solía ser él el que se encargaba de ayudarlo a curarse y a veces hasta a darle de comer.

«Debes aprender a curar tus propias heridas» Le dijo el año pasado Siro, cuando este volvió con una rama atravesándole la mano al tratar de usarla para trepar desde lo profundo del pozo. Lo había intentado, pero al final y sin que nadie lo supiera, Yotom le ayudó con la fiebre durante la última semana.

Ryon se apoyó en la cornisa de la ventana y miró hacia el jardín interior. Neul se encontraba cerca del lago y lanzaba piedras tratando de hacerlas rebotar en la superficie. El día aún estaba despejado, pero al norte ya se podía ver como una gran tormenta iba aproximándose desde las nevadas montañas. Yotom odiaba el invierno, en realidad odiaba casi todo lo relacionado con aquella fría tierra. Una vez le confesó a Ryon que nunca comprendió que su

padre decidiera echar raíces en aquel lugar una vez muerta su madre.

—Nada bueno. —Respondió finalmente en un susurro, pensando de nuevo en su cumpleaños. Miró el conejo muerto de reojo que seguía inmóvil sobre la mesa, como si aquello fuera una pista o una señal de lo que iba a suceder esa noche.

Yotom era un gran jinete y cazador, cosas que a Ryon no se le daban bien en exceso, prefería la espada al arco y sus piernas a montar a caballo. Yotom había sido educado para ser el gobernante de Snoglia una vez que Reshi muriera, pero en su tiempo libre se dedicaba a la caza, tanto de animales como de mujeres. Ryon sonrió, era extraño pensar que quizás nunca vería a su mejor amigo reinando, al fin y al cabo, Reshi era joven y seguramente viviría más que él.

«Es la maldición de la familia Imperial, tener que ver a tantos soldados y amigos morir.» Le dijo Reshi una vez a su capitán durante una cena, cuando pensaban que Ryon no los escuchaba.

—Bueno, —Dijo Yotom con un movimiento que hizo que el agua se revolviere. Creo que esta noche podríamos tratar de mejorarlo.

Ambos se quedaron en silencio hasta que Yotom salió de la bañera, envolviéndose en una toalla y dejando que de su oscuro cabello cayeran gotas y gotas de agua, empapándose el torso desnudo.

—Ya sabes, —Continuó el príncipe, ignorando su estado. —Esta noche podríamos ir al pueblo de Celise.

Le guiñó un ojo.

El pueblo de Celise era un poblado situado a una hora al norte del palacio. No conocían el nombre real de aquel lugar, era demasiado pequeño para considerarlo siquiera, pero la taberna era de la Dama Celise.

Solían ir a visitarla cuando podían escaparse sin que el Príncipe Menor ni Raiden se percataran, siempre era idea de Yotom, pero no podía negar que una vez ahí se lo agradecía. Dejaron de hacerlo cuando Siro los sorprendió volviendo de madrugada y les hizo prometer que no volverían a hacerlo a cambio de no delatarlos ante Raiden. De eso hacía ya algunos meses.

Ryon miró al Príncipe que se secaba el cabello con fuerza y se sentaba en la cama tras ponerse la ropa inferior.

«Los Imperiales no perciben el tiempo como nosotros» se había limitado a decir Raiden cuando el chico había preguntado por la edad del Príncipe Menor y la de su hijo Yotom. Miró a Yotom, que apenas aparentaba diez

años más que él.

Le vino a la mente la primera vez que lo vio, cuando era pequeño. Ryon apenas recordaba nada de su vida los primeros años que pasó en aquel castillo.

«No sabías hablar. Nos costó mucho enseñarte, te negabas a obedecer daba igual las veces que te castigásemos.» Eso le había explicado Siro, pero él apenas lo recordaba.

Yotom había pasado algún tiempo en Kotei y no fue hasta un par de años después que volvió para instalarse definitivamente en Snoglia y ya entonces tenía aquel aspecto, recordó que la primera vez que lo vio le pareció que tenía un aura capaz de encandilar hasta la piedra más dura. Así eran ellos, todos ellos. De una belleza tan abrumadora que incluso dolía.

—La familia imperial no celebra cumpleaños, eso es solo para ti. —Le había dicho una mañana de invierno, algunos años atrás. Ryon se había resfriado y Raiden le había castigado sin salir de su habitación, que era tremendamente aburrida.

Ryon volvió al presente y suspiró, mirando de nuevo por el cristal, esperaba ver la ventana de la tercera planta del ala este sin las cortinas echadas, pero no fue así. Volvió a pensar en el plan que le había propuesto Yotom, sabía que si los cogían acabaría llevándose él todas las culpas como solía ocurrir por costumbre, pero por otro lado la idea de alejarse de sus tíos era demasiado tentadora.

—Decidido. —Dijo Yotom, dando la callada como respuesta —Nos vemos después de cenar en la salida de la cocina, intenta evitar al Capitán Raiden.

Ryon se levantó. Eso sí le parecía difícil, Raiden era el espíritu del palacio, estaba siempre en todos lados y conocía exactamente lo que iba a ocurrir antes de que pasase.

Tocaron a la puerta, era una criada. Yotom le hizo señas para que se acercara y esta obedeció con una reverencia y comenzó a cepillarle el cabello. Ryon miró a su amigo, que con un ligero movimiento de la cabeza le indicó que se marchara y él con otra pequeña reverencia se cerró la puerta tras de sí.

Mientras caminaba por los pasillos de los dormitorios principales recordó que su tío le había prometido practicar con él si acababa sus tareas diarias. Corrió hacia su habitación esperando que tuviera tiempo de acabarlo todo antes de la hora de comer y maldiciéndose por haberse olvidado por

completo.

Se sorprendió al encontrarlo en el pasillo que daba a las habitaciones Imperiales contemplando una enorme pintura colocada al final de una de las paredes. Raiden solía deambular solo por el palacio, podía pasarse un día entero sentado en el jardín y sin comer en un estado que él llamaba “Voluntad Glacial”.

La Voluntad Glacial era un estado mental que como solía decir Raiden, había sido olvidado por los Soutjin. Era tan abstracto que resultaba imposible definirlo de alguna forma. Ryon, durante sus años de aprendizaje solo había podido comprenderlo de un modo muy vago y lo definía para sí mismo como si tratase de parar su corazón, cerrándolo dentro de un cofre con candado y poniendo la mente tan en blanco que ya no pudiera oír a su alrededor nada y todo a la vez.

Había tratado de aprender y una vez hasta creyó que lo había conseguido por unos instantes, pero Raiden lo despertó de un golpe en el brazo cuando notó que su pupilo había dejado de respirar y su corazón se había parado. En realidad, no creía que ningún Soutjin a parte de Raiden fuera capaz de adaptar la Voluntad Glacial, al menos en aquellos tiempos.

«Antes todos los Soutjin sabían hacerlo» decía Raiden. Siro lo negaba tajantemente, diciendo que era un don muy poco común, tanto que a menudo creían que Raiden era la mismísima reencarnación de Ronin, el primero de todos.

El retrato que su tío parecía admirar representaba la familia real al completo. El emperador Inot aparecía bastante joven, junto a sus cinco hijos, los cinco príncipes. Ronin, comúnmente llamado el Príncipe Mayor, era el más apuesto de todos, se encontraba sentado a la derecha de su padre. Raiden le había contado que era normal entre la familia imperial poner el nombre del venerable Ronin a los primogénitos. De pequeño, solía confundirlos a menudo en los libros de historia. Ronin, el primero de todos había vivido mucho antes que el emperador Inot, y mucho antes de cualquier emperador conocido en la primera era del hombre, cuando el mundo era siempre oscuro y las criaturas cuadruplicaban a los hombres.

Al Príncipe Mayor Ronin nunca lo había visto en persona, no tenía por costumbre viajar y siempre eran el resto de príncipes los que le visitaban en la capital de Raldan. Raiden viajaba siempre junto a Reshi a la capital y le había prometido al chico que algún día lo llevaría con él. Ryon no solía preguntar

sobre ninguno de los príncipes, pero Yotom le había explicado que las relaciones entre ellos eran algo tensas, en especial con Ronin, que parecía odiar profundamente a su hermano menor y a Raiden sin tratar de ocultarlo ante el resto.

Juno, el segundo hijo, aparecía a la derecha del Príncipe Mayor. Tenía el rostro más redondeado y bondadoso de todos, además era el Príncipe al que Ryon más comúnmente veía. Siempre le decía que adoraba a su hermano menor, pero que sus visitas se debían sobre todo al buen licor de Snoglia. Nunca se marchaba del país con menos de cuatro o cinco carruajes repletos de barriles. En el retrato aún no se apreciaba la barriga que tenía actualmente, fruto de su buena vida. Reinaba en Valda, la región al sur de Snoglia. Un lugar grande y lleno de terreno rocoso, donde los habitantes vivían en cavernas y los palacios se fundían con las montañas.

Drats aparecía a la izquierda de su padre, junto a su gemelo Valro. El primero era el mayor de ambos y tenía unas facciones que Ryon habría definido como de zorro malvado. Reinaba en Zingar, una región pantanosa al oeste de Valda, Siro le había contado historias sobre los Zingarianos, decía que construían sus casas encima de los árboles porque vivían entre los pantanos y se movían por un complejo sistema de puentes y elevadores que el mismo Drats había diseñado para ellos. En general, Zingar era una región muy despoblada y considerada hostil, llena de ladrones y maleantes así que casi ningún Soutjin deseaba ser destinado al príncipe Drats.

Valro, aunque era su hermano gemelo no se parecía demasiado a Drats. Tenía la cara más suave y menos puntiaguda, aunque Ryon solo lo había visto una vez y hacía muchos años. Era el Príncipe de Ho, Raiden solía llamarla la tierra nueva. Se encontraba entre los tres reinos, al este de Valda, sur de Zingar y al norte de Raldan y prácticamente todos sus habitantes eran descendientes del Imperio Kotei, y apenas quedaban bárbaros. Aquella era la tierra de las hadas, o eso se solía decir. Era la región más poblada de todas y donde la tierra era más fértil. Ryon recordó vagamente a Valro, que los había visitado una vez y aunque Ryon no sabía bien lo que había ocurrido entre los muros del castillo, antes de tres días se hubo marchado para no volver a visitarlos jamás.

Bárbaros era el término que utilizaban los Kotei para referirse a los que no eran nacidos o de sangre descendiente del Imperio. Siro siempre los maldecía diciendo que cada vez era más difícil distinguirlos tras los años de

ocupación del Imperio en el Nuevo Mundo. Ryon trataba de estar de acuerdo con su tío, pero al fin y al cabo era uno de ellos y la amargura le carcomía por dentro cuando pensaba en todo aquel asunto.

Por último, Ryon miró a su Príncipe Menor en el cuadro, Reshi. Se encontraba sentado al lado de su padre, con una media sonrisa. Era el más joven y el último hijo del Emperador. Se preguntó si él solía mirar aquella pintura cuando paseaba por allí.

Se acercó a su tío en silencio, esperando no interrumpir el estado de Voluntad Glacial en el que se encontraba.

—¿Te he contado la historia de Ronin y el león? —Preguntó Raiden sin mirarlo. Ryon negó con la cabeza, colocándose a su lado. —Ronin, que era un hombre sabio y paciente, había decidido emprender un peregrinaje solo, ataviado con una capa y una flauta. Caminó durante más de doscientos días y llegó a la última ciudad de Kotei, antes de que se llamase Kotei. Encontró a un Rey que no era Rey en una ciudad no habitada por los hombres. El Rey le dijo que en el castillo vivía un León de color negro como la tinta y la oscuridad de la noche. Había ocupado parte del castillo y todos sus súbditos lo habían abandonado ante aquella amenaza. Ronin accedió a ayudar a aquel rey y, a cambio de un plato de sopa caliente al día, vivió durante un tiempo en aquel castillo. Decidió que para cazar aquel oscuro león debería ser como el león. Así que durmió como un león, aprendió a moverse como un león y dejó de hablar hasta que lo que su boca emitía no era más que rugidos. El león había aprendido a vivir con él y con el tiempo acabó confiando en él. Una noche sin luna, Ronin se acercó al león y con un afilado cuchillo mató a la fiera. Aquella noche cambiaron dos cosas en el castillo y dos cosas en Ronin. Lo súbditos volvieron al castillo y el rey que no era rey volvió a serlo de nuevo. En cuanto a Ronin, se desposó con la hija del monarca y tuvo tres hijos y tres hijas, y aquella noche, su cabello se hizo negro.

Esperó para asegurarse de que Raiden hubiera acabado.

—Los tres hijos y las tres hijas de Ronin y la princesa fueron los primeros miembros de la familia Imperial. —Aseguró Raiden, mirando al chico por primera vez desde que se había puesto a su lado.

—¿Ronin aprendió más del león viviendo con él que matándolo? —Preguntó Ryon, que sabía que en todas las viejas historias siempre había una alguna especie de lección que haría que viera el mundo con distintos ojos, aunque eso nunca ocurría. Raiden lo miró.

—Ven conmigo.

II

Deambularon por el castillo hasta llegar al ala militar, Raiden se paró enfrente de la puerta de Armas, un enorme portalón de madera rojiza que siempre estaba cerrado para cualquiera que no tuviera el rango Soutjin. Aquella magnífica puerta ocultaba una gran sala donde los soldados se reunían para planear estrategias y donde guardaban todas sus armas y vestimentas.

Entrar era un privilegio reservado para unos pocos y Ryon pudo notar como le latía de pronto el corazón, emocionado.

—Raiden, —Preguntó el chico cuando estuvieron frente a la puerta. — ¿Ha habido algún Soutjin bárbaro alguna vez?

Tras años de conquista, era normal ver hijos de bárbaros y Kotei por todo el continente. Era ya muy difícil distinguir a los originarios de cada región. Pero que un bárbaro pudiera formar parte de la élite Soutjin...al fin y al cabo aquellos soldados eran el orgullo del imperio.

El capitán de los Soutjin se paró y pareció pensar durante un instante, luego abrió la puerta, que emitió un sonido profundo, como si dejara escapar toda la sabiduría que contenía aquella sala. Ryon trataba de acostumbrarse a los silencios de su maestro, intentando adivinar siempre las respuestas, pero la gran mayoría de veces seguían siendo todo un misterio para él.

Entró en silencio mientras Raiden permanecía en el umbral de la puerta, observándolo. Trató de dar un vistazo rápido pero su interior le ordenó que se lo tomara con calma para poder atesorar cada uno de los rincones de aquel lugar.

Todo estaba a oscuras, pero la luz que entraba entre las cortinas era suficiente para hacerse una idea de la magnificencia de la sala. El centro tenía un gran mapa con el Nuevo Mundo y la Isla Kotei dibujados y unas sillas a su alrededor y en la pared se podían ver lienzos de escenas de la vida de Ronin, el primer Soutjin.

Su tío giró y se dirigió hacia el pasillo de nuevo, indicándole que ya llevaban allí demasiado tiempo. El chico aceleró el paso para alcanzarlo, pero ya había desaparecido. Ryon suspiró y sonrió, tenía el corazón latiéndole al ritmo de un tambor.

El Capitán Raiden se podía describir, sin miedo a equivocarse como un hombre extraño. Quienes pasaban poco tiempo con él lo admiraban, pero sus subordinados, aunque a grandes rasgos lo respetaran, trataban de evitar su compañía a toda costa. Era un hombre muy meditabundo y pocas veces entablaba algún tipo de conversación, Ryon había aprendido con los años a obedecerlo a base de miradas, señales o incluso algún que otro mamporro.

El chico se dirigió hacia la armería sin pensárselo demasiado, aquello le había puesto de tan buen humor que le habían entrado ganas de practicar con la espada hasta que las manos le sangraran y el cuerpo le abandonara de puro agotamiento. Nunca le habían dejado utilizar una espada de verdad, pero era la costumbre para los nuevos que se les asignaba una única espada a la que quedaban ligados de por vida una vez que fueran nombrados Soutjin.

El concepto del honor era algo muy importante entre los Kotei y el pilar fundamental de los Soutjin. Para ellos, el hecho de tener una simple espada no significaba que fueras un guerrero y menos aún, alguien valiente. Los sables no eran simples espadas, eran algo fundamental para todo Soutjin y su deber era ser digno de portarlas. El acero Kotei era algo muy valioso y muy difícil de conseguir así que, si tu espada se rompía o si tenías el coraje de perderla, tu servicio acababa junto a ella. En cambio, las espadas que sobrevivían a sus amos eran entregadas a los nuevos hombres que debían conocer la historia de sus antiguos portadores.

Ryon siempre recordaría las veces que les había preguntado a sus tíos preocupado cuál sería su destino si el acero Kotei se acababa antes de que le dieran a él su primera espada, pero ellos se reían, afirmando que en Snoglia había más acero que en ningún lugar del mundo conocido.

Notó como se le erizaba la piel, aquella mañana nada podría quitarle su buen humor. Sabía que no tendría que dormir en las habitaciones de los criados nunca más, ni lavarse su propia ropa, ni sería castigado por tonterías como solía hacer Raiden cada vez que se le antojaba, a veces con razón. Quizás hasta podría salir a beber con Siro de vez en cuando.

Sonrió al pensar en él. Era sin duda su tío favorito y el Soutjin con el que mejor congeniaba en parte, porque el resto de los soldados no podían ni verlo y en la mayoría de los casos acababa llevándose una buena tunda si se topaba con ellos cuando estaban de mal humor. Siro era una persona que se llevaba bien con todo el mundo, era un buen líder y tenía más empatía que Raiden.

—Ryon. —La voz conocida de este lo interrumpió de pronto cuando salía

al patio. —Ven, tengo una sorpresa.

Caminó con Siro en silencio y con paso dudoso por el solitario patio hasta los jardines de las princesas. Habría querido evitarlos a ambos hasta el final de la noche y no lo estaba consiguiendo en absoluto.

En aquella época empezaba a hacer frío por las mañanas y era difícil ver a nadie fuera del castillo, especialmente a Soa la hija mayor, tenía una salud muy delicada y apenas se movía de su habitación.

No faltaba mucho para que empezara la época de las nevadas y algunos criados ya comenzaban a preparar las despensas para pasar el invierno. La respiración se le condensaba en vapor y un escalofrío le recorrió la nuca. Se frotó los brazos desnudos y se arrepintió de no haber cogido una capa, su tío parecía ir muy cómodo con la suya puesta, aceleró el paso para entrar en calor obligando a Siro a hacer lo mismo. Las capas de los Soutjin eran realmente útiles, Siro siempre las adulaba como si fueran el mejor invento del mundo, sobre todo cuando volvía de sus viajes. Decía que siempre podían servirte de abrigo y de lecho cuando te faltaba una buena cama donde dormir.

Todos Soutjin lucían capas de color azul noche salvo el capitán, que la tenía de color granate para dar a conocer su alto rango.

Ryon dejó de mirar hacia abajo cuando llegaron al camino de las caballerizas mientras trataba de poder saltar los charcos que las lluvias habían dejado y alzó la vista. Los jardines del palacio eran casi más grandes que el mismo edificio. Habían sido construidos para la difunta esposa de Reshi que había muerto hacía muchos años al dar a luz a Neul. Ryon nunca la había conocido y a parte de Soa, nadie hablaba nunca de ella. Habían plantado cientos de flores y distintitos árboles, además habían añadido una fuente en la parte central y lo habían poblado con distintos animales como ciervos y pavos reales. Aquel jardín parecía ajeno al resto del mundo, que era mucho más hostil y salvaje. Siro le había contado que habían decidido invertir todos los recursos en aquel lugar en vez de reforzar los muros del palacio, que comenzaba a verse algo viejo. «Los jardines no alejan a las criaturas» le había dicho Siro en aquel entonces al Príncipe Menor, pero este no le había hecho caso. Su tío siempre solía quejarse de que Reshi nunca le escuchaba, al menos, no como lo hacía con Raiden.

Las caballerizas se encontraban en uno de los laterales de los jardines. Eran más grandes que la habitación de Ryon y abarcaban unos cien caballos, todos para la familia imperial y los Soutjin.

—¿Sabías que en Ho se le hace un regalo a la persona que cumple años?
—Le preguntó Siro que se acercó a su caballo y quitándose sus guantes, comenzó a acariciarle el hocico. Ryon negó con la cabeza, los años le habían enseñado a no fiarse de sus tíos y aún menos en lo que a su cumpleaños se refería. —Raiden y yo hemos decidido comprarte algo. Bueno, más bien yo.
—Eso último lo dijo en un susurro cómplice.

Siro se acercó a otro caballo, una preciosa yegua de color grisáceo y ojos negros. Miró a su sobrino y sonrió.

—Es para ti. —Le dijo abriendo la puerta de madera, esta salió tímidamente.

Ryon se acercó a ella. Jamás había recibido un regalo, sus tíos seguían “El camino del Soutjin” y una de las reglas era evitar el apego material. Claro que ellos tenían caballos, pero un Soutjin lo necesitaba para desarrollar sus funciones. Ryon alzó una mano lentamente y lo acarició. —Tendrás que cepillarlos y darle de comer, ahora será tuya y deberás hacerte responsable de él, ¡ah! y ponle un buen nombre.

—¿De verdad? —preguntó Ryon entrecortadamente, no estaba seguro de cómo reaccionar. Siro le hizo señas para que se acercase y le dejó algo de espacio. El chico no lo dudó y con suma delicadeza lo acarició. Se moría de ganas de cabalgar y con una mirada suplicante sonrió a su tío. Este se rio entre dientes y asintió con la cabeza. Le colocó la silla y se montó, lo acarició el cuello con timidez al principio, pero cuando ella movió la cabeza de forma simpática lo repitió con más confianza. Le dio unos golpecitos para que se moviera.

—Ha visto más mundo que tú y yo juntos, —Admitió su tío, acompañándolo hasta a puerta y abriéndola de par en par para dejarlos pasar. —Viene de Raldan, la encargamos al mayordomo de Ronin una yegua la última vez que viajamos al sur para el solsticio de primavera.

Del sur...aquello era extraño, el chico recordó las veces que les mandaban presentes desde el sur. Todas las frutas tenían siempre un aspecto tan colorido y fresco...que siempre había pensado que todo lo que venía de los lugares cálidos debía ser así. La yegua era grisácea, fría. Como si hubiera ido perdiendo el color a medida que avanzaba hacia el norte.

Cabalgó más allá del jardín, al bosque donde Yotom solía cazar, dejó atrás el castillo y se adentró entre la espesura de los árboles. Al poco notó como el frío desaparecía y entraba en calor. La yegua saltó un tronco e hizo

que Ryon se desestabilizara, pero volvió a recobrar el equilibrio y sonrió, acariciándole el pelaje. Le ordenó que se detuviera cuando llegaron a un claro.

—¿Necesitarás un nombre, cierto? —La acarició de nuevo entre jadeos y miró alrededor, la yegua alzó la cabeza siguiendo el murmullo del viento que removían las hojas de los árboles. Ryon la observó —Hoja será un buen nombre para ti. —Sentenció él con un susurro, ella no hizo ningún movimiento.

El calor comenzó a abandonarle y notó un repentino frío que vino acompañado de unos diminutos copos de nieve, debían ser los primeros del año. Tiró de las riendas de Hoja y dio media vuelta. Podía ver el castillo a lo lejos, entre las copas de los árboles más lejanos, había cabalgado más lejos de lo que pensaba. Miró hacia el sur y sintió un extraño deseo de seguir cabalgando lejos, sin pensar si debería volver. Ser Soutjin sería muy duro, demasiadas responsabilidades, pero podría salir de aquel castillo.

Dirigió su mirada hacia el norte de nuevo, la tormenta estaba ya encima del castillo.

Sus tíos le habían obligado a memorizarse la historia de Snoglia. Había sido construido por Dalian como último asentamiento al norte más de mil años atrás. Con los años, los bárbaros habían edificado sus casas alrededor por la protección que ofrecía. Al final y con las guerras de conquista, el pueblo había ido emigrando más al norte y el castillo había quedado demasiado al sur para la mayoría de los bárbaros de Snoglia.

«Esa gente no está bien de la cabeza —Solía decir Siro cuando veía a los criados salir al exterior en pleno invierno ataviados solo con una ligera capa de piel —¿Cómo se puede vivir con tanto frío?»

Reshi había escogido aquel castillo como palacio principal porque a su mujer le gustaba la idea de vivir en un lugar nevado y tras la conquista fue declarado capital de Snoglia y el Príncipe Menor y su esposa dieron a luz a Soa entre aquellos muros.

Era cierto que la gran isla Kotei tenía un clima muy distinto, al menos en comparación con aquella región. Yotom siempre se la describía como el lugar más bonito que había visto nunca, le solía enseñar pinturas e ilustraciones de los libros y había podido contemplar sus majestuosos lagos y sus cerezos en flor, que mantenían la frescura más tiempo que en cualquier otro lado, al menos eso se decía siempre.

Ryon sabía que todos los soldados Soutjin habían nacido en Kotei, era común que vivieran allí hasta que el emperador escogiera a los que estuvieran preparados y los enviaba como súbditos para que sirvieran a alguno de sus hijos hasta su muerte. La única excepción a esa regla había sido Raiden. «La traición lo convirtió en capitán» Decía Siro cuando él no estaba cerca y había bebido demasiado. El chico nunca había entendido aquello, pero estaba claro que era algo del pasado y que Siro le guardaba un extraño rencor, y los años y los golpes le habían enseñado a tener la boca cerrada.

Sintió un escalofrío repentino, la nieve caminaba a medias entre la lluvia y los copos.

Lo cierto era que toleraba el frío, quizás porque había nacido allí o eso le habían contado. Seguro que se debía a su sangre bárbara. Se miró las manos instintivamente, estaban rojas y la nieve se tornaba agua en cuanto le tocaba. Siempre había sido tan pálido que Yotom bromeaba sobre lo mucho que se parecía a un Kotei cuando cerraba los ojos. Pero sus ojos...ahí era donde se encontraba la verdad.

De pronto vio como salía un ciervo de entre la maleza, a su izquierda. Parecía no haberlos visto y pastaba tranquilamente. Tenía una cornamenta enorme de la que colgaban algunas ramas y hojas que debían de habersele enredado. Hoja pisó el suelo, rompiendo algunas ramas y el venado los miró al instante. Ryon nunca había visto a ninguno tan cerca y aún menos, que este lo mirase a los ojos directamente.

El ciervo permaneció quieto durante unos minutos que parecieron eternos y Ryon pensó que podría acercarse y tocarlo, quizás hasta montarlo. De pronto el ciervo dio un salto ligero y grácil se perdió entre los matorrales. Ryon sintió una extraña tristeza, como si algo en su interior le dijera que jamás volvería a ver algo tan hermoso como aquello. Sacudió la cabeza, borrando todas sus ideas de golpe. Hoja relinchó, casi parecía que hubiera pensado lo mismo que su amo. El chico sacudió las riendas para marcar el trote y se dirigió al castillo.

Dejó a Hoja en las caballerizas, decidió desensillarla y cepillarla él mismo tras el paseo, siempre había sido un poco blando en cuanto a los animales se trataba y le gustaba que confiaran en él. Buscó unos azucarillos en el armario de los pajes y se los ofreció acariciándole el hocico.

—Descansa, vendré a verte luego. —Le dijo a la yegua, que pareció entenderlo haciendo un ligero movimiento de cabeza. Dejó a su nueva amiga

y cruzó los jardines con rapidez antes de que su cuerpo se quedase totalmente paralizado bajo la nieve y la lluvia.

III

Deambuló por el palacio en busca de Raiden, se moría de ganas de practicar con el sable y quería agradecerle el regalo que le había hecho, aunque hubiera sido idea de Siro. Se topó de nuevo con Ayok, que llevaba unos cubos vacíos y caminaba deprisa hacia las cocinas.

—Oye, Ayok. —Dijo él sin saber bien si le entendía. —Siento lo de esta mañana, tendría que haberte ayudado cuando te empujé. Fue sin querer.

El hombre sonrió, enseñando los pocos dientes que quedaban. Ryon solía evitarlo siempre que podía, pero sentía que había sido demasiado descortés con él, que solo trataba de hacer su trabajo.

—Ryon. —Le dijo cantando.

—¿Qué? —¿Había oído bien?

Ayok sonrió de nuevo y comenzó a cantar la misma estúpida canción de siempre. ¿Había dicho su nombre? Le observó con detenimiento cuando este se alejó por el pasillo cantando y tarareando. Desde que tenía recuerdos, Ryon siempre había recordado al hombre en ese estado, lleno de cicatrices en la cara y con el cabello rapado. Siro le había contado que había sido un gran hombre y un gran Soutjin, pero tuvo un accidente con su caballo y tras meses postrado en la cama, había acabado así.

No encontró a su maestro cerca de los lugares donde solía verlo a menudo, y consideró que era un buen momento para practicar los movimientos del Aido antes de que Raiden lo pusiera a prueba esa noche.

La sala de armas se encontraba cruzando los jardines al lado del patio principal del palacio, donde los Soutjin solían entrenar con la espada. Los soldados vivían en aquella parte del palacio y era extraño ver a algún miembro del imperio en aquella zona, salvo a Yotom que disfrutaba de practicar con la espada y el arco de vez en cuando. El patio estaba empedrado y algo descuidado, con enredaderas y maleza en las columnas que lo rodeaban. El centro tenía un pequeño pozo que utilizaban para los para recoger el agua tras los entrenamientos.

La sala estaba llena de espadas y lanzas colgadas en la pared. Había unas telas que caían verticalmente de colores claros, colgadas de trozos de madera, tenían escritos poemas y dichos de las enseñanzas de Ronin, el primer

Soutjin. *Conocer a tu enemigo es conocerte a ti mismo*, rezaba uno.

La teoría era que los soldados estaban obligados a entrenar entre aquellas paredes 3 horas diarias a solas, y por lo menos cinco en parejas o grupos. Pero lo cierto era que la mayoría solían pasarse el día vagueando y bebiendo.

Ryon se quitó las botas y se paró en el centro de la sala, el suelo estaba recubierto con una madera flexible y una tela gruesa que daba un agradable tacto en los pies y amortiguaba las caídas de los entrenamientos.

Inspiró y exhaló para despejar su mente y colocó las manos por encima de su cabeza, con los brazos extendidos. Dejó caer levemente su cuerpo hacia adelante y se estiró, cerrando los ojos.

Realizó los movimientos que Raiden le había enseñado uno a uno, como siempre solía hacer por lo menos, una vez a la semana desde que era pequeño. Le había enseñado que el Aido era fundamental para casi todos los aspectos de la vida, además de imprescindible para la pelea Soutjin. Siro le había insinuado en más de una ocasión, que aquel tipo de pelea estaba prácticamente olvidada y la mayoría de Soutjin se limitaban a aprender las bases para después mejorar cada uno su técnica con la espada.

«Raiden es de la vieja escuela. el Aido era bueno antes, en los tiempos en los que se desconocían las técnicas de los Soutjin. Ahora es mejor que cada uno desarrolle su propia técnica, el Aido es solo una base. ¿Acaso a todos los animales se les da bien nadar?»

Trató de concentrarse, olvidando la voz de Siro en su cabeza. Hizo todos los movimientos con los ojos cerrados, para no desconcentrarse. Raiden siempre lo reprimía cuando lo veía, «No cierres los ojos, mantente atento a tus enemigos» le decía siempre, acompañando sus palabras con algún golpe en la nuca o bastonazo en las piernas. El Aido era un arte que llevaba tiempo realizarlo al completo, para acabar todos los movimientos podías tardar al menos dos horas. Daba igual el tiempo que lo practicaras, era tan complejo que ningún Kotei lo dominaba nunca por completo.

Ryon colocó sus pies rectos para finalizar, tras una hora y algún que otro tropiezo y desequilibrio y se secó el sudor de la frente con el brazo.

—Has fallado el último movimiento, y el octavo también. —Dijo una voz tras él. Raiden tenía los brazos cruzados en una expresión casi indiferente, solo casi. —Si hubieras peleado contra un bárbaro te hubiera desestabilizado y habrías caído.

Ryon suspiró. Jamás había realizado el Aido de forma correcta, para

Raiden siempre había algún fallo, aunque fuera minúsculo. Ryon se acercó a su maestro y lo saludó con una leve reverencia de cabeza, tratando de que no percibiera esa pequeña burla.

—No he fallado el octavo movimiento. —Aseguró el chico.

—Hasta Ayok sería capaz de realizar el Aido mejor que tú. —Dijo Raiden con un suspiro desenfadado, como si simplemente, estuviera diciendo una verdad tan absoluta como que el sol se ponía por el oeste.

Su maestro se descalzó y se dirigió a una de las paredes donde se encontraban los sables de madera. Cogió dos y le lanzó uno a Ryon que lo atrapó al vuelo.

Se colocó enfrente del chico y puso su pie derecho por delante de su cuerpo, agachándose un poco y extendió el largo sable que medía casi un metro.

Se enzarzaron en una pelea de estocadas y cortes laterales en la que Raiden le asestó casi todos los golpes, sin descanso. Ryon sabía que su única posibilidad era aprovecharse de la agresividad de este. Trató de serenarse, estudiando al milímetro cada movimiento. En una milésima de segundo, encontró una oportunidad entre el brazo y la pierna derecha de su maestro y con la rapidez de un gato agarró el sable con ambas manos y fingió el movimiento de corte en el costado. Raiden exclamó y se llevó por instinto una mano al estómago y Ryon con satisfacción dejó caer su brazo y se detuvo.

—¿Qué tal capitán? —Dijo sonriendo y dejando que su maestro recobrara el aliento. —La edad no perdona.

Raiden inspiró con fuerza y cogió el sable de nuevo. Con un rápido movimiento barrió los pies del chico, que cayó hacia un lado y alzó la espada de madera golpeando con fuerza al suelo, Ryon apartó la cara al último momento y miró a su maestro atónito. Si no lo hubiera esquivado, le hubiera partido la mandíbula.

—Pavonearse no es propio de un Soutjin. La lucha debe ser honorable.

Ryon se levantó jadeando por el sudor y la adrenalina. Raiden dejó caer el sable de madera al suelo y se calzó.

—Recógelo todo y limpia el suelo. —Finalizó, antes de calzarse y desaparecer tras la puerta.

Ryon decidió no encararse con él y lo dejó correr, sabiendo que había ganado y que su tío sería incapaz de reconocerlo. Recogió los sables y los

colocó con cuidado en el soporte, cogió un cubo de madera y uno de los trapos que había en la esquina de la sala y se dirigió hacia el pozo central del patio para recoger agua.

El cielo estaba tan nublado y oscuro que no parecía ser cerca del mediodía. El chico se asomó al pozo y observó como caían algunas gotas de lluvia, haciendo grandes ondas en el agua.

No era la primera vez que derrotaba a Raiden en combate, pero sí que era la primera vez que no contrataba y se lo tomaba de aquella forma tan personal. El chico suspiró, ¿A qué se debía aquello?

Limpió la tela del suelo hasta que quedó seca y sin sudor. Hizo lo mismo con el trapo y tiró el agua sucia en una rejilla que había en el patio y daba a las cloacas.

Se dirigió hasta su habitación, esperando no toparse con nadie por el camino. La pelea con su tío lo había puesto de mal humor y prefería estar solo, al menos hasta la hora de comer.

Subió las escaleras hasta el pasillo derecho y mientras caminaba se asomó por uno de los ventanales.

La princesa Neul se encontraba en el jardín jugando con unos palos y cuerdas, parecía tratar de crear una trampa para cazar conejos. Con ella se encontraba Juki, su niñera.

Yotom estaba con ellas, sentado en un tocón y fumando su pipa. Ryon sabía que el motivo real por el que su amigo se pasaba algunas mañanas con su hermana pequeña no era otro que Juki, a la que trataba de conquistar sin aparente resultado.

Juki había sido enviada desde la isla Kotei. Las niñeras eran casi una especie de élite en el Imperio. Siro le había explicado que la crianza y educación de las nuevas generaciones era una pieza fundamental para el Imperio. Ryon no le daba demasiada importancia, lo cierto era que nunca había pensado tener hijos. Siempre había creído que su futuro estaba con los Soutjin, lo había sabido desde siempre y, en cualquier caso, jamás se había planteado hacer otra cosa. Sus tíos lo habían preparado desde pequeño para ser un soldado.

Observó de nuevo por la ventana y vio como Juki miraba al cielo y extendía su brazo derecho y la palma hacia arriba. Parecía que comenzaba a llover con intensidad. Neul tiró de las faldas de la chica y los tres se dirigieron hacia la entrada al palacio.

Miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que no había nadie que pudiera verlo y se deslizó hacia el busto de un antiguo emperador que se encontraba cerca de una de las habitaciones principales.

Con una mano sujetó la cabeza de piedra y con la otra extrajo un pequeño pergamino del tamaño de su dedo meñique de una de las fosas nasales del viejo. Siempre que se acercaba a aquel busto de mármol, recordaba que nunca les había preguntado a sus tíos por el nombre de la representación artística.

Se dirigió hasta el final, bajando las escaleras que llevaban a unos pasillos que solía emplear el servicio y en una esquina desenrolló el pergamino con cuidado. En él había una especie de dibujo formado por triángulos y círculos. Lo dobló de nuevo y dio un rodeo para volver a su habitación con el pergamino escondido en la manga.

IV

Siro abrió la puerta y dejó atrás su habitación. No había vuelto a ver a Raiden desde el desayuno y suponía que ya no lo volvería a ver hasta la hora del almuerzo. Deambuló hasta el ala oeste y pasó de largo las habitaciones de los príncipes hasta llegar frente al despacho de su Príncipe Menor.

Reshi era un hombre que siempre adoraba estar ocupado y cuando no lo estaba, su humor desmejoraba considerablemente. Sus pasatiempos preferidos eran la lectura, la música y la caza junto a su hijo. Nunca había dedicado demasiado tiempo a sus dos hijas y Siro no le culpaba por ello. Soa era la reencarnación de su madre, una anciana enfermiza atrapada en el cuerpo de una chica y la pequeña era tan rebelde que sacaba de quicio a cualquiera.

Tocó la puerta y con modestia abrió lentamente. Reshi se encontraba, como siempre solía hacer, sentado detrás de un enorme escritorio, enfrascado en un libro de tapa de piel de color granate. Lo miró alzando levemente la vista y le sonrió, mostrando unas finas arrugas en los ojos y las comisuras de los labios. Dejó el libro apoyado en la mesa de caoba e invitó al soldado a tomar asiento.

—Gracias. —Dijo este sentándose en el sillón y dándole un rápido vistazo a las estanterías que cubrían prácticamente todas las paredes, salvo por la puerta y un enorme ventanal tras el Príncipe.

Siro veía demasiada debilidad en el Príncipe Menor, la conquista de Snoglia había sido la más dura y larga de todo el Mundo Nuevo y la falta de mano dura de Reshi habían desembocado en años y años de revueltas en el país.

—Dime, en qué puedo ayudarte. —Reshi no era un idiota, sabía que el motivo de la visita no era otro que pedirle algún tipo de favor. Siro nunca había tratado de caerle bien, sabía que si se le permitía vivir en el palacio era por Raiden.

El Príncipe dio unos toquecitos en la mesa con la yema de sus dedos. Siro sonrió tratando de encontrar las mejores palabras para empezar a hablar.

Reshi se apartó unos mechones de cabello negro, colocándolos detrás de su oreja y cerró el libro sin marcar la página.

—Hoy es el día de Ryon. —Comenzó a decir el Soutjin sin parecer nervioso. El Príncipe asintió, esperando que la conversación no tomara el mismo camino de siempre. —Había pensado que quizás hoy podríais escuchar mis consejos.

Reshi suspiró y cerró sus oscuros ojos lentamente, pidiendo paciencia. Siro colocó una mano sobre la mesa.

—Es demasiado peligroso para los Soutjin, la reputación...

—Siro, hemos hablado de esto demasiadas veces...—El Príncipe se colocó los dedos en la sien y negó la cabeza, no tenía ganas de escuchar al viejo soldado. —Sabes que no voy a cambiar de opinión.

—Reshi, si me escucharais solo un minuto, Raiden le tiene demasiado cariño al chico para verlo. Será un fracaso, lo mataran mientras duerme... Escuchadme, escuchadme como lo hacéis con Raiden...

—Basta. —Concluyó dando un manotazo a su libro, estaba rojo de ira. —Siro, siempre he confiado en ti y en Raiden. Os considero a ambos mi familia...pero me obligasteis a tomar esa decisión hace muchos años cuando aparecisteis con el crío en brazos. No voy a cambiarla ahora.

Siro supo que la conversación había concluido, apretó los puños con rabia y miró los ojos negros como la noche de Reshi.

—Entonces, os veré en la ceremonia de esta noche, Príncipe. —Se levantó y le dedicó una leve y forzada reverencia y abandonó la sala.

Siro cerró la puerta tras de sí y levantó la vista para encontrarse con su capitán.

—¿El Príncipe está ahí? —Preguntó Raiden distraído, si había escuchado algo de aquella conversación, no pensaba decirlo. Siro asintió y se marchó.

Resopló y trató mantener la calma. Aún nadie le había dicho al chico que pensaban nombrarlo Soutjin aquella misma noche, podía imaginarse su cara cuando se enterase. Supuso que se lo dirían al mediodía, cuando estuvieran todos juntos.

Se dirigió hacia las cocinas para ver si podía beber algo que le calmara los nervios antes de que acabara pegándole un puñetazo a alguien.

Siro no era partidario de la medida que había tomado durante años Reshi, trataba de integrar en la corte al mayor número posible de bárbaros, rodeándose cada vez más de enemigos. «Lo único bueno son las mujeres» Se dijo para sí. Había demasiada diferencia entre las mujeres Kotei y las de Snoglia. Las bárbaras eran mujeres con más volumen y con variopintos

cabellos y color de piel, pero también eran menos delicadas que las mujeres de Kotei, que poseían un encanto casi angelical y el cabello y los ojos negros eran sin duda las marcas de calidad de la isla.

Abrió con un empujón la puerta de la cocina y un olor a galletas y caldo de cebolla invadió sus fosas nasales. Encontró a la pequeña Neul con Juki, su nodriza. Ambas comían y se sonreían animadamente mientras Neul tiraba trozos al suelo para que el chucho de Yotom se los comiera.

—Buenos días. —Saludó él entrando en la estancia. Juki se sobresaltó y se puso de pie saludando torpemente con la cabeza.

—Buenos días, señor. —Dijo ella nerviosa. Siro sonrió y acarició la cabeza de la pequeña princesa Neul.

Juki era otro ejemplo más de lo bueno del imperio Kotei. Una chica delgada, con rostro cetrino y cabello largo y negro, una clara muestra de la buena herencia del imperio.

Siro saludó a Tarina que iba cargada de ollas, aunque eso no le impedía mostrar su voluminosa delantera. Este sonrió cuando la imaginación comenzó a jugar con su mente, disimuló cogiendo un trozo de pan recién horneado y mojándolo en la salsa que estaban cocinando al fuego. Tenía un exquisito sabor a cebolla.

—Yo quiero probarlo. —Le espetó Neul mirando fijamente aquel trozo de pan lleno de salsa. Siro volvió a mojarlo y se lo acercó a la pequeña princesa.

—¿Tu hermana nos honrará hoy con su presencia? —Preguntó el soldado por cortesía, sabiendo la respuesta antes de formular la pregunta y cogiendo una servilleta para limpiarse los restos de las manos.

—Papá dice que Soa está muy cansada. —Dijo la niña con la boca llena de pan. Siro no pensó en preguntar más y se limitó a encogerse de hombros y asentir con la cabeza.

Soa era la hija mayor del Príncipe Menor, pero había nacido débil y apenas salía de su habitación. «No tiene ganas de vivir» Había dicho una de las eminencias médicas que habían sido enviadas desde la Isla Kotei para tratar de sanarla años atrás. Siro nunca había oído que una mujer tan joven enfermara por la simple idea de aborrecer la vida, aunque la falta de alimentos y la poca actividad física ayudaran.

—Dejad ya de comer —Reprimió Tarina con su voz grave. —Marchaos ya y preparaos para el almuerzo.

Siro se colocó detrás de la silla que le correspondía en la mesa del comedor, a su derecha se encontraba Raiden y a su izquierda se sentaría Ryon, que de nuevo hacía honor a su impuntualidad. Neul y su nodriza se habían sentado a la izquierda de su padre y Yotom acababa de aparecer tomando el asiento de la derecha del Príncipe y dejando vacío como siempre el de sitio de Soa, que nunca ocupaba.

Ryon apareció con la máxima seriedad que pudo, tratando de disimular su impuntualidad y evitando la cara y las risas de Yotom. Esperaron a que Reshi apareciera y como siempre, se sentaron después de él.

Comieron casi en silencio salvo por Neul que preguntaba cosas a su padre sobre lo que ocurriría aquella noche en la ceremonia de Ryon. Él se limitaba a responderle con sonrisas efusivas mientras veía como el chico trataba de poner la oreja.

—Veo que tratas de disimular, está bien. Es normal que estés contento. — Reshi se dirigió al chico. Este se frotó la nariz, el Príncipe no solía hablar con él muy a menudo y siempre había tenido la impresión de que la mejor forma de caerle en gracia era no acercarse mucho a él. —Imagino que tus tíos ya te habrán explicado lo que debes hacer.

—Pues no. —Ryon los miró con un gesto acusador. —Entonces. ¿Será hoy?

Reshi asintió, y Ryon se agarró con fuerza a la silla, esperando que no se le notara la emoción tan descaradamente. Raiden se limitó a toser con disimulo y Siro abandonó la mesa casi de inmediato.

Siro sintió como la habitación le daba una ligera sacudida. A partir de aquella noche, él y Raiden ya no tendrían poder en las decisiones del chico, ya no podría impedir que saliera del castillo y en breves, recibiría sus primeras misiones en las que exploraría el mundo y saldría del palacio y de la protección que este ofrecía. ¿Cuántos años se había esforzado en mantenerlo encerrado? Ahora todo eso se esfumaría, de la noche a la mañana. Siro ya solo sería otro compañero más, de mayor rango, pero compañero al fin y al cabo y solo Raiden tendría algún tipo de autoridad en aquel muchacho, todo aquello para él solo significaba una cosa: la desolación estaba al llegar.

Se dirigió hacia su despacho y cogió un pergamino, mojó su pluma y comenzó a escribir.

V

Ryon se aclaró la garganta y tras dirigirle una mirada hacia su amigo y otra hacia Juki abandonó el comedor. Yotom le respondió con una sonrisa cómplice, estaba realmente contento.

Se deslizó hacia su habitación mientras revisaba que nadie lo siguiera ni hubiera soldados que pudieran sorprenderlo en los pasillos, después de torcer a la derecha volvió dando un rodeo y subió las escaleras hacia los aposentos imperiales. Se paró enfrente de una de las puertas y giró el pomo para meterse rápidamente en la habitación.

—Has tardado. —Le dijo una dulce voz susurrante a sus espaldas. — Pensé que no habrías recogido mi nota.

—Siempre piensas lo mismo. —Le contestó él mirándola.

Soa sonreía con sus finos y rosados labios. Sus ojos, tan negros como los de las hadas lo miraban desde abajo. Siempre había tenido la manía de tirarse en el suelo como si fuera un gato, así que el Príncipe había ordenado revertir todo el piso con una tela gruesa, para evitar que se enfermara. Ryon se quitó las botas antes de avanzar hacia ella. Esta se estiró y los larguísimos y finos cabellos azabaches se le deslizaron por los hombros como si fueran cascadas de seda. Tenía el cabello tan largo que cuando se sentaba, todos los mechones le arrastraban por el suelo, pero siempre se negaba a que se lo cortaran, solía decir que en cada cabello vivía un espíritu que la protegía y que, si se los cortaba morirían.

—¿Qué has hecho hoy? —Le preguntó ella sentándose y dejando que la enorme bata de color rosa y amarillo que la cubría se deslizase ligeramente por su clavícula desnuda y cetrina, descubriendo ligeramente el contorno de uno de sus pechos.

—Prepararme para el gran día. —Dijo él deslizando sus dedos por el hombro desnudo de Soa. Ella lo miró y le sonrió casi con picardía. El chico se detuvo cuando sus dedos llegaron a la mejilla y miró hacia la mesa que tenía junto a la enorme cama. —No has comido nada. —Suspiró con cansancio.

Ella se encogió de hombros, mirando hacia la ventana.

—Hoy mi arrendajo no es feliz. —Dijo ella con cierto tono melancólico.

Ryon observó la jaula del pájaro azul que había al lado de la ventana. Estaba quieto y los miraba de reojo.

—Eso es porque no has comido nada. —Ryon se levantó y cogió la bandeja de comida y se acercó a ella, sentándose a su lado. Esta miró el pan y la sopa como si fueran de otro mundo y suspiró. Se llevó la molleja del pan a la boca y masticó lentamente. Después, se levantó dejando que la túnica le arrastrara por el suelo y se acercó a la jaula, colocando entre las rejas el pan que le sobraba.

El arrendajo esperó a que ella se alejara y pio, acercándose y picoteando ligeramente las migas.

Ella se quedó plantada frente a las cortinas que cubrían las vistas al jardín.

—A veces pienso que mi madre está en el alma de este pequeño pájaro. —Dijo sin mirar a Ryon. —¿Crees que es ella? ¿Qué me diría si lo fuera? — Se llevó un dedo a los labios—Quizás querría volver a Kotei, mi abuelo me echa de menos y yo no soporto este castillo...Ella adoraba este lugar, ¿sabes? Mi padre lo conquistó solo por ella...

Ryon ya no supo si seguía dirigiéndose a él, se levantó y se colocó a su lado. Hacía algunos años que ya era más alto que ella, pero aún no se acostumbraba a mirar hacia abajo para encontrarse sus ojos. La observó detenidamente, era tan hermosa que dolía, pero a la vez tan frágil como una mariposa. Sus pestañas eran espesas y parecían los aleteos de esta, tratando de alzar el vuelo. Era la más vieja del castillo, más incluso que Raiden, aunque su cuerpo apenas aparentaba los dieciocho años.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y él vio que estaba llorando. Siempre hablaba de abandonar el palacio, pero nunca la había tomado en serio. En gran parte porque no soportaba la idea de no volverla a ver.

Cogió uno de sus largos mechones negros y lo besó, ella sonrió con tristeza, él la besó en los labios y la apartó de la ventana.

Ryon despertó con dolor de cabeza arrepintiéndose al instante de haberse quedado dormido en el suelo. Miró a Soa que respiraba plácidamente a su lado con la bata abierta y mostrando su desnudez. La cubrió con aquella prenda que parecía un edredón y se levantó para vestirse.

No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado ahí, y supuso que era mejor apresurarse y marcharse antes de que alguna criada apareciera por la puerta. Se lavó el cuerpo rápidamente con una toalla mojada, se vistió y cerró la puerta cuando salió.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia los establos. La llovizna se había transformado en un aguacero.

Encontró a Raiden en los jardines tocando su flautín, bajo un inmenso árbol y absorto en sus pensamientos. El capitán no había reparado en su presencia y trató de no interrumpirlo, dio un ligero rodeo y se metió en las caballerizas.

A veces venían músicos bárbaros a tocar para ellos, pero su música y la de Raiden eran muy distintas. Ellos tocaban con instrumentos distintos y con... alegría. Raiden dejaba que las notas fluyeran de forma melancólica. Ryon siempre había pensado que quizás esa música le recordaba a su hogar y eso lo ponía triste.

Siro siempre contaba que todas las mujeres nobles de Kotei se enamoraban profundamente de Raiden cada vez que tocaba, pero que jamás había dejado que ninguna lo sedujera. Su tío aseguraba que era para mantenerse en el camino del Soutjin, pero Yotom siempre bromeaba diciendo que seguramente tuviera otro tipo de gustos. Pensó en lo que diría si se enteraba de que Soa y él se veían a escondidas, y el pánico lo invadió al instante, ni Yotom lo defendería.

Hoja lo saludó al verlo, con un ligero movimiento de cabeza, parecía que le gustaba la música. Ryon le sonrió y sacó unos azucarillos de la caja de los criados y se los ofreció, esperando que no estuviera mimándola demasiado.

Aprovechó para cepillarla y pasar un tiempo junto a ella para reforzar su vínculo, quizás algún día la necesitaría más que nunca. Le acarició de nuevo el hocico y la dejó saboreando su comida, ahora sería su nueva compañera en las nuevas misiones que estuvieran por llegar. Un cosquilleo le recorrió la nuca y sonrió satisfecho.

Aceleró su marcha a medida que se intensificaba la lluvia. Encontró a Juki corriendo sola hacia el castillo, sujetando el asa de dos cubos repletos de leche. Corrió a ayudarla y esta se sobresaltó.

—Gracias. —Le dijo casi en un grito que se perdía en el repiqueteo de las gotas contra los tejados. Él negó con la cabeza y ambos se apresuraron a ponerse a cubierto. —Son para Tarina, quiere hacer un pastel especial hoy, creo que es por ti.

Juki comenzó a estrujarse el cabello, estaban tan empapados que bajo sus pies se había formado un charco. Ryon se sacó la camiseta y trató de usar las pocas partes secas para quitarse el agua de la cara y del cabello.

—Lo llevaré yo. —Dijo él cogiendo los cubos del suelo. —Tú ves mejor a secarte antes de que te enfermes.

No le dio tiempo a la chica para que le replicara y comenzó su marcha hacia la puerta de la cocina cargando los dos cubos.

—Pero bueno, ¿tú de dónde vienes? —Pregunto Tarina, atónita. Se cruzó de brazos haciendo que sus pechos rebotaran. —Había mandado a Juki. —Dijo con cierto tono molesto.

Ryon suspiró y le entregó los cubos con la leche que se había salvado, Tarina era una mujer que se acercaba peligrosamente a la cincuentena, pero poseía la fuerza de tres hombres y Ryon siempre había sospechado que le podría partir la mandíbula de un solo tortazo. Cogió los cubos de leche como si nada y los metió en una olla que puso en el fuego.

—Vamos, vete ya. Deberías bañarte y vestirte. No sé cómo puedes pasearte medio desnudo por aquí, vas a escandalizarme a las chicas. —Tarina nunca hablaba de las criadas utilizando aquella palabra, Ryon suponía que cuando te acostumbrabas a ser un criado, a menudo lo olvidabas.

Ryon le dedicó una encantadora medio sonrisa y se escabulló por la puerta, no sin antes coger un trozo de pastel dulce cuando esta le dio la espalda.

El baño de los soldados estaba prácticamente desierto y los hombres que se bañaban eran tres ancianos. Suspiró aliviado.

El chico agradeció enormemente que los Soutjin más jóvenes no se encontraran por allí, así podría relajarse. Se desvistió y dejó su ropa en un rincón. Se metió en una de las bañeras dejándose envolver por la calidez del agua e inspiró hondo. Los baños de los soldados eran un recinto vaporoso, con una especie de sauna y una bañera enorme en el centro, que parecía casi un pequeño y cálido lago. Habían decorado el lugar muy vagamente y se decía que aquellas estancias habían sido cámaras de tortura de los antiguos bárbaros muchos años atrás.

Ionjii apareció hablando junto a Shin, que se aclaraba su larga y oscura trenza en uno de los lavaderos. No los había visto, chasqueó su lengua maldiciéndose. Notó como el corazón se le aceleraba de pronto y por un momento, decidió abandonar la estancia al escuchar su voz.

En general no había ningún soldado aparte de Siro y Raiden que se dignasen a hablar con él, pero Ionjii le tenía un especial desprecio.

La cultura Kotei era muy compleja, pero sobre todo muy tradicional. A

pesar de los esfuerzos del Príncipe Reshi tratando de integrar a los bárbaros, muchos seguían pensado en ellos como seres inferiores y despreciables. Ryon, por supuesto, sabía que, aunque había sido criado por el mismísimo capitán de los Soutjin, no podía esperar que el resto lo recibieran con los brazos abiertos como a un nuevo hermano si su sangre era bárbara.

Nunca había tenido demasiados recuerdos de su niñez, pero los pocos que guardaba estaban protagonizados por Ionjii y sus múltiples palizas.

Los ignoró y hundió la cabeza mientras trataba de despejar la mente y calmarse. Las veces que había intentado entablar algún tipo de relación con ellos se había llevado una buena tunda.

—Tu gran día ha llegado. —Ryon sacó la cabeza, se quitó el agua de la nariz y abrió los ojos para encontrarse con Ionjii, que lo miraba desnudo y con los brazos cruzados. —Debes estar muy contento.

Su voz retumbaba por la estancia cavernosa.

Ryon cerró los ojos para tratar de ignorarlo.

—Eh, bárbaro. Te estoy hablando. —Le dijo este con un tono más grave y persistente. Ionjii no era precisamente un tipo atractivo, le quedaban unos pocos pelos grisáceos que se concentraban en la parte de la nuca y detrás de las orejas, tenía algunos dientes casi negros y se empeñaba en tratar de dejarse crecer una despoblada y rala barba. Al menos conservaba gran parte de su musculatura, que a sus años uno ya podría darse por satisfecho.

Ryon dio un profundo resoplido, haciendo que el aire saliera por debajo del agua, formando burbujas.

Ionjii se puso de cuclillas, lo cogió por el cuello y lo alzó sacándole los hombros del agua. Ryon le cogió el brazo con ambas manos.

—Maldito mocososo. —Dijo este. Shin se acercó rápidamente a donde se encoraban y sonrió con malicia, no esperaba que lo ayudara, nunca lo hacían. —A partir de esta noche dejarás de ser el protegido del capitán.

—Pero tú seguirás siendo igual de feo. —masculló con dificultad el chico, casi como un acto reflejo.

Ionjii respondió sumergiéndolo con ambas manos bajo el agua. Ryon le cogió una de las manos y con toda la fuerza que pudo le retorció los dedos, este le soltó.

—Déjalo, Ionjii. —Dijo Shin cogiéndole el brazo. Ryon miró desafiante al viejo Soutjin y este le dedicó una de sus repugnantes miradas, que duró casi un minuto entero.

Ambos se marcharon, dejándolo solo en la estancia que había quedado silenciosa. Ryon sumergió la cabeza y la sacó de nuevo lentamente, tratando de no temblar. Solo tenía clara una cosa de todo aquello, Ionjii lo quería ver muerto.

Acabó de bañarse tratando de apartar sus pensamientos y cogió una toalla para secarse.

Se miró al espejo y unos ojos claros y amarillos le devolvieron la mirada. Se acercó para mirarse el mentón y el cuello, todavía sin rastro de barba. Sus brazos y pecho estaban llenos de cicatrices que le había dejado Raiden durante sus años de entrenamiento, pero era algo sin importancia. «Las verdaderas cicatrices se hacen ahí fuera, chico». Le había dicho su tío Siro, mientras le enseñaba el beso que le había hecho una espada en el pecho peludo. «Esto significa, que has sobrevivido»

VI

No fue hasta casi el ocaso cuando llamaron a la puerta de su habitación.

—Señor, ya es la hora. —Dijo la voz de una criada desde el otro lado. Ryon se desnudó y se puso una camisola blanca y unas sandalias de mimbre. Se peinó el cabello negro, que le caía hasta la nuca y se lo recogió detrás de las orejas con un moño.

El cielo estaba nublado y Ryon no podía ver las estrellas, pero dio gracias por que hubiera parado de llover. Se estremeció de frío al salir al jardín, estaba anocheciendo y la luna se encontraba en su cuarto creciente.

Nadie le había explicado nunca lo que debía hacer, ni cómo debía actuar. Ningún Soutjin había sido nunca nombrado en Snoglia, pero Siro se había negado en rotundo a viajar a Kotei.

En el jardín le esperaban todos los soldados del castillo junto al Príncipe Menor, Yotom y sus tíos, todos arrebuados bajo sus calientes capas y produciendo vapor al respirar. Ryon trató de mantener la compostura y se abrió paso entre la multitud, sabiendo que debía dirigirse al lago.

El lago del palacio era un lugar sagrado entre los bárbaros. En Kotei, la ceremonia se celebraba frente al mar porque ellos creían que Ronin había aparecido por primera vez en aquellas tierras surgiendo del mar como si de un tritón se tratara. En Snoglia, aquel lago era llamado Veelar y era tan grande que se necesitaba casi un ciclo lunar para recorrerlo en bote. Los bárbaros decían que las bases de su pueblo habían comenzado al sur del Veelar, así que el Príncipe decidió que aquel sería un buen comienzo para todos los nuevos Soutjin.

Habían colocado antorchas en la orilla y la luna se reflejaba en la superficie, cada vez más nítida. Ryon notó como sus zapatillas se llenaban de barro y agua a medida que se acercaba a la orilla.

Oyó como los grillos cantaban, escondidos entre los matorrales y pudo ver como las luciérnagas comenzaban a hacer su espeluznante aparición. Un acto reflejo le hizo mirar hacia el castillo, aun sabiendo que era imposible que Soa pudiera verlo desde su habitación y aunque pudiera, dudaba de que aquello le interesase lo más mínimo.

Ryon permaneció de pie mientras Raiden, como capitán de los Soutjin,

formulaba el discurso inicial por el que su pupilo debía tomar juramento.

Ryon repitió las palabras y juró defender a su Príncipe, al Imperio y a sus superiores ante cualquier amenaza y, además, juró seguir los pasos que había tomado Ronin, el primero de todos. Lo juró por todo, juró que perdería su vida antes que su honor y que jamás desertaría o les traicionaría.

Tras el juramento se metió en el lago sin pensarlo demasiado. El frío lo paralizó como si fuera una cuchilla que se le clavaba en el pecho, en las piernas y en los brazos y tras sumergir la cabeza notó como el agua le presionaba la sien y los ojos. Los abrió para ver la negrura del fondo, todo se volvió silencio y sombra al instante y salió casi de inmediato, temiendo por un instante, que la dama del lago pudiera llevarlo con él. Miró a sus tíos esperando que no se hubieran percatado de aquello. Observó a Siro, que le dedicaba una mirada gélida. Yotom le hizo unas leves señas y asintió con aprobación, aquello lo tranquilizó de pronto y no pudo evitar sonreír.

Caminó lo más deprisa que pudo hacia Reshi, que le esperaba con una capa de pelo de oso y una gran sonrisa, la primera que le había dedicado, o al menos que él recordase.

Caminaron hacia el interior del castillo mientras todos los soldados le daban la enhorabuena con gesto fingido a ojos de su Príncipe, aunque no lo sintieran y en su interior soñaran con verlo caer, pero saber que todo lo malo había acabado y lo que le esperaba dentro del castillo era un fuego caliente y una buena taza de sopa lo animaba bastante.

Lo acompañaron el Príncipe Reshi, Yotom y sus tíos que se sentaron a su lado dejando que la criada les sirviera té caliente. Ryon lo aceptó agradecido y observó los posos en el fondo de su taza, tratando de calentarse las manos. Recordó de pronto que Reshi siempre solía decir que el destino de cualquier hombre podía leerse en los posos del té que tomaba. Si fuera así, lo único que veía era una gran mancha oscura.

La ceremonia continuó cuando Ryon dejó de temblar y entró en calor. Lo condujeron a su nueva habitación y las criadas lo bañaron y lo vistieron con el uniforme de los Soutjin.

Unos pantalones de tela ancha y de color gris oscuro, una blusa sencilla de color crema, un jubón de color negro sujetado por una faja oscura y gruesa de color púrpura que le cubría el estómago y finalmente la capa azul noche que hacía a su vez funciones de poncho.

Se quedó atónito durante unos instantes, jamás le habían probado el traje

antes, pero aun así le quedaba como anillo al dedo.

Las criadas le secaron el cabello y se lo peinaron, recogidoselo en una media coleta. Una de las criadas le miraba de una forma extraña, casi parecía gustarle. Quizás se debía al traje que llevaba, Siro siempre decía que el uniforme les encantaba. Se sonrojó sin quererlo y se observó en el espejo.

Decidió no seguirle el juego a la chica, estaba demasiado nervioso y contento a la vez como para pensar en otra cosa que no fuera su nueva posición. Estaba tan eufórico que apenas había reparado en que aquella habitación era realmente preciosa.

Ahora tenía una cama ancha, un gran ventanal en el piso superior con vistas a las montañas del norte, alfombras de pelo de oso y hasta un fuego para él solo.

Tras casi una hora de preparaciones y acicalamientos, el chico se dirigió a la sala de armas, donde le esperaban Reshi y Raiden, con un precioso sable entre las manos.

Era lo más bonito que Ryon había visto nunca, debía medir como un metro de largo. La empuñadura era tan gruesa como la hoja y tenía el tamaño exacto para que se pudiera sujetar con dos manos, estaba adornada con unos relieves de extraños dibujos, Ryon no tardó en comprender que se trataba de la representación de una escena de caza, con lobos y venados. Pensó en el ciervo que había visto aquella misma mañana. La vaina era negra y sencilla, sin dibujo alguno, pero relucía como una piedra preciosa.

El chico la cogió con ambas manos y tras un breve silencio decidió desenvainarla. La hoja curva le sonrió brillando tímidamente. En aquellos instantes supo que sería lo único que siempre le acompañaría.

—Te entrego a Ryon. —Dijo el Príncipe con solemnidad, hablando con la espada. —Deberéis cuidaros mutuamente y proteger el Imperio en su nombre. Su nombre es Brisa.

Ryon se colocó el sable con el cinto, sujeto a su faja y sonrió. Recibió las felicitaciones con modestia y esperó a que Yotom entrara en la sala.

—Ahora viene lo bueno. —Dijo Yotom con una sonrisa pícaro, colocándose a su lado. —Por cierto, las criadas están cuchicheando y dicen que estas muy guapo.

Habían preparado un gran banquete con músicos en el salón. Era una sala que pocas veces se había utilizado desde la muerte de la esposa de Reshi, salvo en contadas ocasiones como cuando había visitas importantes. Recordó

la última vez que habían cenado en aquel salón, cuando les había visitado Valro, y de aquello hacía ya unos cinco años.

Tomaron asiento todos los invitados, incluidas Neul y Juki. Ryon no se sorprendió al ver que Soa no había aparecido, aunque no quisiera admitir que aquello le doliera un poco.

Los tres músicos comenzaron a tocar una canción algo lenta, para ambientar la velada, pero suficientemente animada para que los comensales no se durmieran. Le habían cedido a Ryon lugar de honor, a la derecha del Príncipe y aquello lo abrumaba profundamente.

Sirvieron una gran variedad de entrantes y platos, demasiados para los pocos comensales. Neul disfrutó de ensuciarse las manos con el puré de patatas y los guisantes y Juki le reía las gracias a Siro, que contaba anécdotas de sus viajes una vez que hubo hidratado su garganta.

—Una vez, Raiden y yo entramos en una cueva, cerca de un acantilado para ponernos a cubierto, hacía un tiempo del demonio, nunca había visto una tormenta como aquella. —Bebió vino de nuevo y continuó. Raiden hacía como si no se tratara de él y apenas miraba a su amigo. —El caso es que me giro, ¿y qué veo?, el maldito escondite de los piratas del Barón Arthur. Maldita sea, llevábamos meses tras ellos y todas las pistas que teníamos nos llevaban a callejones sin salida y de pronto, ¡bum! Ahí estaba su guarida...

—Pero ¿cómo sabíais que era del Barón? —Preguntó ella fascinada. Siro sonrió haciéndose el interesante. Ryon miró de reojo a Raiden, que seguía sumido en su acostumbrado silencio mientras degustaba un bocado del cerdo con salsa y se centraba en contemplar su plato.

Había tantas velas en la sala que parecía casi media tarde, Reshi animaba a los músicos y agradecía a todos los sirvientes sus labores cada vez que pasaban a su lado. Yotom parecía algo molesto, debido quizás a la fascinación de Juki con Siro. Ryon no pudo evitar sonreír con malicia.

—Verás, estudiamos durante meses al Barón Arthur, su modo de actuar, sus tesoros favoritos... y cuando llegamos ahí y vimos su barco amarrado en el lago del interior de la caverna... pues lo tuvimos claro. Así que nosotros dos nos hicimos cargo de toda su tripulación, unos cincuenta hombres o quizás más. Y mientras esperábamos al Barón, decidí cogerle uno de sus famosos puros y me lo fumé ahí.

Siro rio a carcajada limpia. Era extraño, a Ryon no le parecía que todo aquello tuviera la menor gracia, pero Juki se llevó una mano a la boca para

tapar su risa de forma educada.

—¿Y era tan horrendo como se cuenta? —Preguntó ella viendo que Siro se llevaba la copa del vino a los labios de nuevo, indicando que había acabado su historia.

—Y más de lo que os podéis imaginar, querida. Tenía un diente de oro y una boca enorme, y toda la cara cubierta de un espeso pelo negro. Era enorme. Parecía un oso en lugar de un hombre.

Juki asintió y aplaudió entusiasmada.

—Pero...—Dijo ella de pronto, llevándose un dedo a los labios, pensativa. —Esta historia me la contaron de niña, y siempre decían que el Barón fue un mercenario del sur...

Siro rio, el resto de la mesa quedó en silencio. Juki comenzó a ruborizarse, temiendo que hubiera metido la pata hasta el fondo.

—Bueno, en aquellos tiempos Raiden y yo vivíamos en el sur.

Juki se llevó el tenedor a la boca y miró hacia su plato, desconcertada, sin comprender nada y temiendo volver a preguntar.

Ryon pensó en aquellas historias, recordaba cuando era más pequeño y su tío Siro se las contaba cuando se iba a la cama. Cerró los ojos unos instantes, quizás ahora podría comenzar a contar él algunas.

«Bueno chico, es que Raiden es muy singular, ya sabes. Creo que es el único Soutjin que ha conseguido un título de capitán gracias a una traición.» Le decía siempre Siro, pero cuando trataba de profundizar y preguntar alguna cosa más de aquel asunto, su tío se reía, le daba unas palmadas en la cabeza y cambiaba radicalmente de tema.

Después de la cena, la princesa Neul los deleitó con un baile torpe pero muy divertido que consistía básicamente en dar vueltas, caerse y saltar y no siempre en ese mismo orden.

Yotom esperó el momento adecuado para sacar a bailar a Juki sin levantar sospechas y consiguió disfrutar de unos tres bailes seguidos, antes de que su hermana pequeña la reclamara para jugar.

Ryon miró a los músicos. Uno tocaba el laúd con una gran sonrisa y aspecto bonachón. Otro, algo más gordo tocaba un flautín y danzaba con los pies de una forma casi elegante. El último, que cantaba y tocaba el violín tenía una cicatriz en la mejilla y un aspecto más fornido, casi apuesto. Bárbaros contratados por Reshi para aquella noche.

Algunas veces, llegaban viajeros de todo tipo al palacio. Algunos con

interesantes historias y otros simplemente emigraban hacia el sur en busca de una tierra más agradable. Ryon nunca sabía cuántos quedaban en el norte, más allá del castillo, pero siempre los imaginaba grandes y de aspecto imponente.

Tocaron durante casi una hora más hasta que el Príncipe Menor les ofreció algo de beber y de comer para agradecerles el trabajo y darles un descanso. Todos aceptaron de buen grado y se sentaron en la mesa.

—¿Cómo os ha ido el viaje? —Preguntó Yotom a sus invitados, uno de ellos masticó con rapidez el pato y bebió del vino para ayudarse a pasarlo.

—Muy ameno, alteza. —Respondió el músico del laúd. —Gracias a los cielos no nos hemos topado con ningún mercenario.

—¿Hay mercenarios por estos caminos?, ¿cómo no sabíamos nada? —Preguntó el Príncipe Menor preocupado ante aquella noticia.

—Bueno, son una nueva banda. —Dijo el hombre gordo del flautín mientras se quitaba las migas de pan que le habían caído en la barriga. —Son rumores muy vagos, alteza.

—¿Y cómo son esos rumores? Por favor contadnos. —Raideen dejó de mostrarse ausente y de pronto, todos parecieron recordar que el capitán estaba presente en la mesa.

—Veréis, alteza. Son una banda extraña. Algunos dicen que son comerciantes, otros dicen que son un grupo de hombres armados, como el clan de los Strech... además tampoco se sabe seguro el número de hombres...

—¿Estáis diciendo que se disfrazan? —Preguntó Yotom rascándose la barbilla. El hombre gordo trató de aclararse la garganta, algo nervioso.

—Eso es lo que parece, alteza. —Dijo el violinista, entrando por fin en la conversación con una sonrisa.

—¿Se disfrazan? Podrían ser cualquier cosa entonces. —Raideen se cruzó de brazos, mirándolo fijamente.

—Sois muy astuto, capitán.

Silencio.

Raideen se levantó tirando su silla hacia atrás por el impulso y desenvainando su sable, se lanzó hacia ellos. El violinista sacó su arco y deslizó un fino cuchillo que había escondido dentro de la vara.

Siro imitó a su capitán y se abalanzó hacia la princesa y Juki para protegerlas del hombre gordo del flautín, que había escondido un fino punzón

en su instrumento. Siro acabó con él de un tajo, desparramando su estómago y sus tripas por la mesa. Juki gritó al ver toda aquella sangre.

Ryon dio un salto en la mesa y empujó la silla de Yotom con el pie para evitar que el hombre del laúd le clavara la daga que había sacado como por arte de magia del estuche de este.

Desenvainó a Brisa y de pronto sintió como si el tiempo se parase. Brisa lo miró y él le devolvió la mirada, le sonreía y le indicaba con claridad demasiada lo que debía hacer. Sonrió y sintió como se dejaba caer sobre una profunda y eterna oscuridad, placentera, donde un ser le observaba y se reía ante el espectáculo. De pronto y con un rápido movimiento hizo bailar a Brisa para cortarle la cabeza. Tras eso sintió como una punzada de dolor le recorría la cabeza y su mano derecha agarraba de nuevo el sable, mientras la sangre brillaba en él y el cuerpo del enemigo caía encima de la mesa.

El violista fue rápido y corrió hacia el Príncipe Menor, que trató de protegerse con las manos como acto reflejo, el hombre blandió su fino cuchillo, pero Reshi lo esquivó y este consiguió solo arañarle el brazo. Raiden fue tan rápido como el viento y con una estocada atravesó al músico clavándole su sable en la espalda y atravesándolo hasta el estómago, justo antes de que este arremetiera de nuevo.

Todos se quedaron parados, sin mover ni un músculo durante unos largos minutos. Estaban empapados en la sangre de los enemigos, pero todavía no se daban cuenta o lo ignoraban. El primero en moverse fue el capitán, que le dio la mano a Reshi para ayudar a que se incorporase. Enseguida aparecieron algunos Soutjin en la sala, Raiden les dio de inmediato la orden de revisar e inspeccionar el carromato con el que habían llegado aquellos extraños hombres.

El médico atendió a todos los presentes en la sala, el corte del Príncipe parecía solo superficial y no hubo nada de lo que preocuparse, salvo reponerse del miedo.

Lo primero que ordenó Reshi fue que llevaran a las chicas a sus habitaciones y un par de Soutjin velaran por ellas toda la noche para que se sintieran seguras.

Después de que Raiden inspeccionara los cadáveres, los criados limpiaron toda la sala.

El capitán aconsejó al Príncipe que se reunieran en la sala de los Soutjin de inmediato.

VII

Ryon cruzó las puertas de aquella sala por segunda vez y tomó uno de los asientos frente a la mesa. Esperó en silencio a que el Capitán entrara y escuchó con atención lo que tenía que decir.

—Bien. Raiden, te escuchamos. —Dijo el Príncipe Menor temiendo que, si no acababan de tratar aquel tema, caerían todos de puro agotamiento en cualquier momento.

Reshi se había lavado la cara, pero conservaba restos de sangre en el cuello y la camisa y le habían vendado el brazo, aun así, parecía menos asustado que Ryon.

—Los soldados han registrado el carronato y no han encontrado nada. —Comenzó a decir Raiden, con tranquilidad. —Nada fuera de lugar, parecían una troupe de músicos normal y corriente.

—Quizás lo eran. —Intervino Ryon sin querer. Se calló de pronto cuando todos lo miraron, pero Raiden asintió, indicándole con un gesto de la mano que podía continuar. —Quizás solo fueran unos músicos. Alguien podría haberles pagado. He visto los instrumentos, parecen demasiado caros para unos simples mercenarios que lo usarían como tapadera. No parecían profesionales, quizás alguien les compró esos instrumentos y les metió las armas. O quizás me equivoque, quizás solo eran unos mercenarios de poca monta que sabían tocar cuatro cancioncillas y mataron a los de la Troupe para entrar al palacio.

—Ambas teorías parecen razonables. —Dijo Yotom, mostrándole apoyo al chico con una sonrisa, pero Ryon se arrepintió al momento, pensando que solo había dicho disparates.

—¿Y en tu opinión, que deberíamos hacer? —Preguntó Reshi a su hijo.

—Convoquemos a los Barain. —Dijo con seguridad. —Ellos podrían ayudarnos.

Siro resopló refunfuñando y Yotom lo miró.

—Perdonad, Alteza. Pero esto ha sido obra de bárbaros, no creo que pedirles ayuda a otros de su misma calaña sea la solución. ¿Y si esto va más allá de lo que creemos y tenemos a un traidor entre esos cinco?

—Siro, los Barain siempre han sido nuestros aliados, no tiene sentido

pensar en una traición, y menos en una tan mal elaborada. —Reshi no parecía tener demasiada paciencia aquella noche y cada palabra que salía de sus labios la decía con pesadez y sin paciencia. Ryon pensó que aquel ataque le había envejecido unos diez años.

Siro no tentó a su suerte y decidió mantenerse callado, pero no ocultó su gesto refunfuñón.

—Está bien, mandaremos mensajes a los Barain. —Concluyó Reshi con un suspiro. —Por esta noche será suficiente, todos estamos demasiado alterados para pensar con claridad, mañana continuaremos.

Se levantaron obedeciendo a su Príncipe.

—Ryon. —Reshi llamó al chico, este se paró y dejó que todos salieran, quedándose solos. —Gracias por haber salvado a Yotom, has reaccionado muy deprisa. —Dijo este con una agradable y sincera sonrisa, como si no hubiera esperado demasiado de él y aquel acto le hubiera sorprendido. —Mañana le ordenaré a las criadas que te preparen un buen trozo de pastel y lo lleven a tu habitación para desayunar.

Su habitación, pensó Ryon de pronto. Le gustaba mucho su nueva habitación, la cama parecía demasiado mullida, como si hubieran atrapado nubes en un día soleado y las hubieran colocado todas dentro de las sábanas. Necesitaba tumbarse en aquella cama cuanto antes.

—Gracias, Alteza. —Contestó el chico con una reverencia.

Encontró a Yotom escondido en las sombras de una estatua de un oso pardo. Le puso la mano sobre uno de sus hombros y sonrió con tristeza.

—Me temo que nuestra salida nocturna deberá aplazarse.

Ryon apenas durmió aquella noche. Lo ocurrido en el banquete no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Las veces que se quedaba medio dormido, soñaba con la cena, y con Brisa, que le hablaba y le felicitaba por haber degollado a aquel hombre de un solo tajo.

Miró a su alrededor, las llamas habían desaparecido del hogar y en su lugar quedaban unas ascuas que apenas emitían luz. Se levantó y colocó un tronco encima, tratado de avivar el fuego y encogiéndose de frío. Abrió las cortinas de par en par, la luna desaparecía entre las copas de los árboles y un fuerte viento azotaba las ventanas haciéndolas crujir. Casi podía oír la inquietud de los caballos. Se puso una túnica encima de la ropa interior para tratar de entrar en calor. Miró hacia su cama para buscar a tientas una vela que encender en la cómoda.

Brisa estaba ahí, ¿había dormido con la espada a su lado? ¿tanto miedo tenía?

Sonrió para sí. Si los Soutjin no lo mataban un día de estos, moriría en la primera misión que le encomendaran.

Brisa parecía observarlo mientras encendía la vela y se quedó frente al sable, con los pies desnudos, cruzados en la cama.

—Necesito tu ayuda. —Se oyó decir. Esta no respondió. Ryon sonrió, sintiéndose como un imbécil.

La habitación tenía algunos libros sobre la historia de Ronin y el camino del Soutjin, pero Ryon se los había leído ya demasiadas veces para poder entretenerse con ellos hasta que llegara la luz del alba.

Sus ventanas daban al jardín y podía ver la habitación de Soa, que parecía tener algunas velas encendidas. Solía pasarse las noches en vela, dibujando o simplemente mirando por la ventana. Sabía que era una estupidez pensar en verla, quizás lo mejor era no volver en algunos días, sobre todo con aquel alboroto que se había formado.

Se acercó a la estantería y encogiéndose de hombros cogió el libro de las aventuras de Ronin, abriéndolo por la mitad y leyendo para sus adentros.

Ronin había sido maldecido por el demonio al que había derrotado en batalla. Había pagado su victoria con su espada y ahora vagaba sin rumbo por los bosques, lejos de los hombres que podían corromperlo. Finalmente, y tras muchas tierras recorridas y muchos años quemados al sol lo habían encontrado, y el rumor de que Ronin había perdido su espada en batalla se había expandido por todo el continente, así que decidieron matarlo. Pero Ronin era sabio, y con sus manos derrotó a los hombres, sin tocarlos. Y aquel rumor también se extendió, hasta llegar a los oídos de uno de los hijos de sus hijos del que en aquel entonces era rey y decidió invitarlo y construirle una nueva espada, a cambio de sus servicios.

Ronin aceptó la espada, pero decidió permanecer junto al rey solo el tiempo que él considerase necesario.

No le forjaron una espada corriente como la de los hombres, sino un fino y largo sable para cortar con la velocidad del viento, como él había hecho tantas veces con sus manos. Y aquella arma, por primera vez tuvo un nombre, y Ronin la bautizó como Silbadora.

Silbadora fue leyenda, como su portador, y Ronin supo que ya nunca podrían separarse, cuando uno cayera, el otro debería caer con él.

Y así mismo, el destino de Ronin y el del Rey quedaron ligados para siempre, como siervo y señor.

Ryon se quedó dormido en la butaca que tenía frente al fuego. Despertó con el sordo golpe del libro contra el suelo. Se frotó los ojos y se giró hacia la ventana, amanecía con una ligera llovizna.

Se despertó con dolor de cuello y con la sensación de no haber dormido más de diez minutos aquella noche.

No tenía demasiadas ganas de escuchar a sus tíos discutiendo sobre lo que había ocurrido, así que decidió que las criadas le llevaran el desayuno a su habitación. Disfrutó de la tarta que Reshi le había prometido y sin prisa la degustó.

Se vistió con el uniforme, tardando más de la cuenta en hacerlo él mismo. Se colgó a brisa de su cinto y se miró en el espejo por última vez. Tenía que cortarse el pelo.

Bajó hacia el comedor casi a medio día, pero no encontró a nadie. Pensó que quizás pudieran estar en la sala, hacía frío y aquel lugar del palacio solía ser de uso común cuando se acercaba el invierno.

Se topó con Raiden que caminaba a paso rápido, dirigiéndose en dirección contraria a la sala.

—¿Capitán? —preguntó Ryon al ver que había interrumpido los pensamientos de su tío.

—Acompáñame. —Dijo tajante.

El chico optó por no preguntar y lo siguió.

Salieron por una de las puertas que daban al jardín, cruzaron alrededor de la torre y llegaron hasta el peor lugar del palacio.

Ryon tragó saliva, nervioso.

Cuando notó las gotas de lluvia tocándole la punta de la nariz, se puso la capucha de su nueva capa, agradeciendo tenerla consigo en aquel momento.

Cruzaron una puerta reforzada de acero y bajaron una empinada escalera de piedra, con forma de caracol. Dejaron atrás la luz de la mañana y se adentraron en las sombras y el calor de las antorchas mientras descendían en silencio.

Comenzó a escuchar lamentos lejanos y sintió como se le erizaba la piel. Habían llegado a la prisión del palacio. Ryon le tenía pavor a aquel lugar desde que había visto como un comerciante que solo se había acercado al palacio para vender telas y joyas, era apresando y encerrado de por vida por

orden de Raiden. Algunas noches, cuando Yotom y él volvían de alguna que otra juerga nocturna, lo oía sollozar con el eco de las paredes de piedra. Nunca se atrevió a visitarlo, aunque Yotom le hubiera tentado a hacerlo. Hasta que un día, simplemente dejó de escucharlo.

Tragó saliva, comenzaba a sentir el peso de la capa sobre sus hombros y de pronto recordó que de pequeño había tenido muchas veces pesadillas con aquel lugar, pensó si se encontraría al comerciante, viejo y huesudo. Suspiró y agitó su cabeza, tratando de dispersar aquellas ideas y mantenerse firme, antes de que Raiden notara su nerviosismo. El capitán no pareció percatarse y siguió bajando más y más hasta que el calor volvió a hacerse frío y el aire se condensó, haciendo que fuera cada vez más difícil respirar.

La escalera acabó en un pasillo largo y estrecho. Había puertas a los lados, pero descartó preguntar que debía haber tras ellas. Cruzaron dos umbrales al fondo, atravesando habitaciones vacías hasta que llegaron a una especie de estudio.

Había un hombre viejo junto a un chico más joven y pecoso. El viejo escuchaba con sus oídos llenos de pelos canosos como el chico, un bárbaro de cabello rizado y rubio le leía. Debía tener a lo sumo doce años y su acento era casi impecable.

—Capitán. —Dijo el viejo levantándose con un esfuerzo y sonriendo. — Me alegro de verlo.

El chico joven hizo una torpe reverencia cuando el anciano le soltó un golpe en la nuca. El asunto de las reverencias era sencillo y complejo a la vez, esto último sobre todo para los bárbaros.

—Doctor...—Dijo Raiden asintiendo y tratando de acelerar los formalismos. Entraron por la puerta que tenían tras el estudio y Raiden le hizo una señal a Ryon para que lo siguiera. El chico joven y pecoso esperó y entró el último.

Ryon se topó con una sala que apestaba, parecía más bien una cueva y tenía cuatro mesas amplias y un alcantarillado en el suelo por el que parecía perderse un líquido oscuro que el chico trató de esquivar para que no ensuciara su capa. Había una rejilla en el techo que apenas daba luz y todo estaba iluminado con antorchas en las paredes. En tres de las cuatro mesas vio los cadáveres de los músicos, uno de ellos sin cabeza, al que reconoció de inmediato y se llevó instintivamente una mano al cinto donde estaba Brisa. La cuarta mesa solo tenía lo que parecía ser sangre seca.

Ryon se llevó una mano a la nariz y se estiró el cuello de la capa para tratar de protegerse del olor. Los otros tres acompañantes parecían no notar aquel hedor o disimularlo estupendamente, cosa que le puso aún más nervioso.

—Veréis, —Comenzó el doctor cogiendo un cortaplumas muy pequeño y fino, del tamaño de un dedo índice. —Cuando vos capitán, le clavasteis el sable a este hombre, observé que el corte no había quedado del todo limpio. Mirad.

Raiden se acercó como si nada a la herida que tenía el torso desnudo del cadáver, casi rozando su aguileña nariz en la herida.

—¿Veis? —El Doctor cogió un trozo de piel y comenzó a estirar. Ryon soltó un grito ahogado sin querer, pero cerró la boca al ver que la piel se le desprendía tan fácilmente como si fuera una tela y debajo de esta se podía ver otra piel, de otra tonalidad diferente.

—¿Brujería? —Preguntó el niño de doce años que observaba pacientemente aquella escena y parecía tomar notas. Los bárbaros adoraban la brujería, o eso decía siempre Siro. Para ellos todo lo que no tenía una explicación a simple vista tenía que tratarse de obra de un dios o de una bruja, que para ellos moraban por toda la tierra de Snoglia. El Doctor se encogió de hombros en una extraña actitud y miró al Capitán.

—Es como si llevara un disfraz de piel. —Sentenció Raiden que había permanecido callado. —Tratad de quitársela toda, y al resto también. Quiero ver que aspecto tienen en realidad.

El joven tragó saliva, pero asintió. Se colocó unos guantes y un delantal y sin esperar más se puso manos a la obra con el hombre al que Ryon había decapitado.

El Doctor miró a Ryon fijamente, como si acabara de percatarse de su presencia por primera vez.

—Esos ojos...—Dijo él casi en un susurro. Ryon apretó la mandíbula, manteniéndose en guardia contra algo que no entendía bien de que se trataba. Luego, como si acabara de darse cuenta de algo, el Doctor sacudió la cabeza con una sonrisa y se puso manos a la obra, ignorándolo completamente.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó, cuando hubieron subido ambos por las escaleras que daban al exterior y pudo respirar aire fresco de nuevo.

—Algo a lo que deberás habituarte. —Respondió Raiden. Ryon estaba acostumbrado a esa clase de respuestas, por esas razones siempre se había

sentido más conectado a Siro que al Capitán. —Los bárbaros son menos respetuosos que nosotros.

Ryon decidió no darle importancia y asintió encogiéndose de hombros.

VIII

En el castillo hubo mucho revuelo aquel día, los criados preparaban todo lo necesario para el viaje que iban a emprender aquella tarde.

Raiden había insistido tras lo que parecían horas y horas de meditación durante la noche, que la mejor opción era reunirse junto a los Barain y

planear juntos una estrategia tras recabar suficiente información. El capitán parecía ser el único que no pensaba que aquel acto se había llevado a cabo por simples mercenarios y Ryon tras lo que había visto en las mazmorras coincidía un poco más con él.

Ryon se pasó por el busto en cuanto tuvo ocasión de estar solo, pero como imaginaba Soa no le había dejado ningún mensaje. Sabía que no la vería en un tiempo, pero ella era demasiado etérea para que le importaran los asuntos de los Soutjin.

Siro daba órdenes a los criados que metían el equipaje en los carruajes y el capitán se limitaba a limpiar el filo de su sable con su gesto meditabundo, sentado en un banco de piedra y aprovechando que la lluvia parecía haber querido darles un poco de tregua aquel mediodía.

—¿Cuándo partiremos? —Preguntó el Ryon a Siro, tratando de no aparentar impaciencia. Él lo miró sin sonreír, dejando que se le notara cada vez más su desacuerdo con todo aquel asunto.

—En un par de horas, el Príncipe está acabando de redactar las cartas para los Barain. —Asintió, esperando no tener que lidiar con aquel humor durante todo el viaje y se alejó hacia el castillo, dejándolo tranquilo. Esperaba al menos estar a tiempo de poder despedirse de Yotom.

—Ryon. —Lo llamó su capitán de pronto. Se acercó a él con fastidio y se sentó a su lado. —No me has dicho que opinas sobre lo que hemos visto esta mañana.

Ryon se acordó de los cadáveres y del olor. Lo cierto era que no había querido pensar demasiado, por no decir nada y cada vez que trataba de recordar le venía a la mente la imagen de Brisa cortando el cuello del músico. Notó como la sangre se le calentaba y rápidamente se encogió de hombros y miró a su tío, que parecía seguir esperando una respuesta.

—Quizás podría tratarse de una enfermedad que tenían ¿no?, hay muchas que hacen que se te desprenda la piel, ¿cierto? —Su tío lo miró largo rato con algo de curiosidad, que fue transformándose en decepción y finalmente asintió.

Lo dejó marchar sin más preguntas y este no esperó para ponerse a correr.

Quizás pudiera encontrar a Yotom en los establos y de paso prepararía a Hoja para el viaje. Se topó con él antes de llegar al jardín, y le pareció que caminaba con prisas.

—Ryon. —Saludó. —Buscaba a mi hermana, pero no sé dónde puede

haberse metido ese pequeño demonio. ¿Te marchas ya?

Ryon asintió, se dieron la mano con fuerza y se sonrieron.

—Recuerda pedir siempre por Ezelred, tiene los mejores licores de Snoglia.

Ryon asintió y lo observó mientras se marchaba trotando.

Arrancaron la marcha entrada casi la tarde. El Príncipe Menor viajaba en el carruaje principal junto a dos Soutjin a caballo, abrían el paso Siro y Ryon mientras que Raiden cabalgaba en la retaguardia junto al carro del equipaje y las provisiones.

No había salido el sol aquella tarde, pero parecía que la lluvia no volvería por el momento y eso era buena señal, aunque el frío comenzaba a paralizarlos hasta los huesos.

—¿Cómo es El Hogar? —Preguntó Ryon mientras trataba de calentarse las manos enguantadas, frotándolas entre sí.

—Bueno, es como una fortaleza, —Dijo Siro que miraba al frente, arrebujándose en su capa. —pero tienen una manera de pensar y una forma de hacer las cosas distintas a las nuestras, ellos siempre pregonan que todos los que tengan buenas intenciones son bienvenidos. Lo cierto es que vive gente de todo tipo, hasta hijos de duques que se quedaron sin tierras en la conquista, o incluso cortesanas que son demasiado viejas para ejercer su profesión.

—Una extraña comunidad. —Concluyó Ryon. Su tío asintió y sonrió.

—Pero no por ello menos peligrosa, —Siro se encendió su pipa con dificultad por el trote del caballo y se la llevó a los labios. —En El Hogar reina la anarquía y el Príncipe Menor puede correr peligro, al cruzar las puertas pierde todos sus títulos y es un visitante más, al igual que nosotros. No tendremos más autoridad que un guardia.

Ryon miró hacia los árboles que colindaban el camino y suspiró, pensativo. Siro comenzó de pronto a silbar una conocida canción y al poco, todos los hombres de su alrededor comenzaron a cantar.

Si yo muero planta una flor,
crecerá con tus lágrimas
y cuando se haga un árbol,
Podrás llorarme en su sombra.

El chico trató de despejar su mente, siempre había odiado aquella canción, una vez se te metía dentro, la melodía te acompañaba durante días.

Nunca había comprendido porqué a Siro le gustaban tanto las canciones de amor, se suponía que los Soutjin debían permanecer alejados de todo aquello que los tentara y los apartara de su deber. Sonrió de pronto para sí, lo cierto era que su tío nunca había sido lo que se consideraba un buen Soutjin, pero eso no lo hacía menos importante. Bebía, fumaba, comía hasta reventar y flirteaba a todas las mujeres que se le acercaran a más de cinco metros. Pero lo cierto era que Ryon prefería mil veces su compañía a la de Raiden, al igual que casi todos. Lo consideraba mucho más divertido.

—¿Qué te ocurre, chico? —Preguntó Siro, que había acabado la canción entre risas con los hombres.

—No comprendo por qué no vienen ellos al palacio, fuera de los muros estamos desprotegidos, y los bárbaros tienen ventaja, conocen bien estas tierras. Además, a los Barain les hemos recibido algunas veces, ¿no es cierto? Recuerdo haber visto alguna vez a la viuda Alexandra. —Ryon acarició el lomo de Hoja y miro a su tío.

—Bueno, ella no vino por ningún asunto oficial, por así decirlo. —Ryon alzo las cejas, sorprendido. ¿A qué se refería? Siro miró de reojo a Raiden y se rasco la mandíbula, torciendo el gesto. —Lo cierto es que dudo que estemos más protegidos en palacio...aquel lugar es un coladero y El Hogar es terreno neutral. Los Barain corren el mismo peligro dejando sus castillos para reunirse con Reshi.

El chico miró la expresión de su tío. Dudó por unos momentos si debía continuar aquella conversación.

—Pero tú no lo crees así. —Afirmó finalmente recordando el episodio de la noche pasada. Siro sorbió y se pasó el dorso de la mano por la nariz. Mirando a ambos lados.

—No, no lo creo. Joder, que frio hace.

El calor, al igual que el sol, les había abandonado entre los picos de las montañas del oeste y poco a poco Ryon barajó la posibilidad de cortarse las orejas. Echaba de menos el calor de su nueva cama y sentía que no había tenido demasiado tiempo para disfrutarla.

Siguieron el camino del ocaso hasta que fue imposible ver entre la espesura de los árboles. Repasó el mapa mentalmente y recordó que la mayoría de los Barain vivían al oeste, excepto Ezelred, que tenía su castillo al sur. Era el último terrateniente que se podía encontrar antes de entrar en Valda, el reino del Príncipe Juno.

—Acamparemos aquí. —Raiden apareció como un caballero de la noche, impertérrito y ajeno al frío de los hombres. Su caballo era Pesadilla, lo habían apodado así sus enemigos. Él le llamaba Melodía por su incansable relincho cuando este tocaba el flautín a su lado. Pesadilla era de color negro como la noche y hacía que cualquier caballo a su lado pareciera un asno. —Si continuamos podríamos desorientarnos y perdernos. Nos apartaremos del camino algunos pasos y mañana continuaremos.

Raiden obligó al chico a bajar del caballo y acompañarlo entre los árboles y protegidos por la oscuridad de la noche, deambularon buscando un buen lugar donde montar el campamento. Ryon escuchó el murmullo de un arroyo y guió a su Capitán hasta el lugar.

—Te digo que en una isla del sur los hombres y las mujeres van completamente desnudos. —Aseguraba Kamij, bebiendo junto al resto de los Soutjin. Ryon se había sentado lejos de ellos junto a unos arbustos, pero podía escuchar perfectamente su conversación, la cual encontraba realmente absurda.

—¿Estás ya borracho? —Preguntó la voz de Ionjii, de pronto Ryon sintió un escalofrío y tuvo que asegurarse de que las luces de los fuegos no delataban su posición.

Siro y Raiden cenaban con el Príncipe Menor, pero ahora que Ryon ya no era su pupilo, quedaban atrás aquellos tiempos en los que compartiera mesa con ellos. El chico se comió el insípido guiso con mucho pan y agua mientras miraba las estrellas que se extendían como un manto sobre los picos de los árboles y la luna iluminaba la nieve de las montañas.

Cinco Soutjin los habían acompañado sin contar a Ryon, Raiden y Siro. Cinco enemigos que tendría que vigilar si no quería acabar una de esas noches colgado de un árbol.

—¿Acaso eres una rata? —El chico se levantó de un sobresalto, Ionjii estaba a su lado, no lo había escuchado moverse. Lo cogió rápidamente por el brazo y lo arrastró hasta el centro, junto a la hoguera para exhibirlo como un trofeo de caza. El resto lo rodearon rápidamente para evitar que se le ocurriera la idea de escaparse. Ryon notó como se le ponían los pelos de punta, no tenía sentido escaparse, solo podía tratar de plantarles cara a esa pandilla de imbéciles.

Ryon acudió a sus conocimientos del Aido y adoptó la postura del viento, desafiando a Ionjii con la mirada.

—¿Y esa mirada? Eres como un puñetero gato asustadizo...—Ryon aprovechó aquella oportunidad y atacó, propinándole un golpe con la mano en el cuello y otro en el costado. Ionjii gimió y se agachó instintivamente. Ryon sonrió y de pronto dos soldados lo agarraron por los brazos y lo inmovilizaron.

—Puto niño, es cierto que su sangre es de barro. —Dijo uno de ellos, Ryon creyó que era Markath pero no estuvo seguro. Prefirió no asegurarse, ya que Markath siempre había sido cortés con él, solía hasta saludarlo cuando se cruzaban por los pasillos del palacio.

Ionjii le pegó tres veces en el estómago, Ryon sintió una punzada de dolor seguida de otra y otra. Se mordió el labio sin querer.

Cuando era pequeño había llorado con aquellos golpes, mucho. Hasta que hubo aprendido lo suficiente como para escabullirse o plantarles algún que otro puntapié cuando estaban a solas.

—Siempre te has creído mucho, ¿verdad? —Comenzó a escupir Ionjii lleno de ira. —Con tus aires de principito y niño consentido. Ahora no van a protegerte, mocoso. Pienso matarte, ¿me oyes?

Acto seguido le pegó un puñetazo en la cara, tenía las manos enguantadas y notó como un chasquido y una oleada de dolor le subían hasta la nariz. Miró al suelo y pudo ver su propia sangre.

—¿Que está pasando aquí? —Ryon no podía abrir los ojos, pero la voz de Siro lo tranquilizó de pronto. —Soltad al chico.

Obedecieron y Ryon cayó al suelo. Ionjii le escupió en el hombro y se alejó.

—Podrías haberle dicho a tu capitán que le enseñara a respetar a los suyos, Siro.

No hubo respuesta.

Ryon notó como una mano amistosa le rozaba el hombro, pero el chico la apartó con un manotazo, avergonzado.

—Vamos a limpiarte. —Insistió su tío. Ryon dejó que lo guiara hasta el arroyo y le limpiara la cara ensangrentada. —Uy, creo que te han roto la nariz...bueno, tienes la suerte de ser el Soutjin más apuesto de Snoglia.

Ryon sonrió ligeramente. Pudo abrir los ojos y vio la cara de Siro, que lo miraba preocupado.

—Ryon...no deberías tratar de buscar pelea con ellos, no puedes ganarles.

—Podría haber ganado a Ionjii si hubiera sido una pelea honorable, estoy seguro. —Dijo escupiendo la sangre que le había entrado por la boca y bebiendo agua. Su tío le colocó unos pedacitos de tela en los orificios de la nariz, apenas podía ver su silueta con la tenue luz de las hogueras.

—Mira...Raideen es un hombre honorable, y estoy de acuerdo con que te haya enseñado la tradición del Aido, pero es un arte demasiado antiguo. La mayoría no lo usamos nunca desde nuestro nombramiento...

Ryon suspiró, quizás tuviera razón, pero le había dado un buen golpe antes de que Markath interviniera.

—Siro... ¿Por qué me ha dicho que tengo tierra...en la sangre?

—¿Sangre de barro? —Preguntó su tío. Ryon asintió, corrigiéndose.

—No les hagas demasiado caso, son hombres viejos, han visto demasiadas cosas.

Ryon lo miró frunciendo el ceño, pero Siro se levantó y con unas palmadas en la cabeza se alejó, ordenándole que marchara a dormir de inmediato.

Aquella sería la primera de muchas noches en las que Ryon dormiría con Brisa a su lado.

Tardaron unos días en llegar a El Hogar, pasaron del bosque a una vasta estepa y finalmente hasta las montañas que escondían aquella gran fortaleza.

Ryon pudo apreciar una enorme fortificación de roca viva, rodeada de

antorchas llameantes que le proferían un aspecto de horrible prisión, de aquellas que se les describían a los niños en los cuentos y donde solo graznaban cuervos y siempre era de noche. Casualmente llegaron al caer el sol y bajo una incansable lluvia, por lo que el chico se llevó una primera impresión poco grata del lugar.

Siro se adelantó hacia el portalón que era tan alto como un árbol y tan ancho que parecía necesitar de cuatro hombres para abrirse. Ryon notó como las gotas de lluvia le caían sobre la nariz casi insensible y miró instintivamente al cielo, pero no pudo ver ni la luna ni las estrellas. Más allá de la montaña no había más que un paraje totalmente desierto y cubierto por poco más que barro y roca.

—Totalmente expuestos. —Se dijo él para sí.

—Es más seguro de lo que crees. —Dijo Raiden que había situado su caballo al lado del chico sin que este pudiera notarlo. —¿Aún te duele?

Ryon se ruborizó y negó con la cabeza, mintiendo. Sentía que si Raiden lo veía peleándose con sus hermanos soldado le decepcionaría demasiado. Se metió bajo la capucha para evitar la creciente lluvia y apretó sus guantes para enfundárselos, el estómago era lo que más le dolía y le costaba hasta respirar, quizás tuviera alguna costilla rota. No estaba dispuesto a hacerse notar débil delante de los Soutjin, eso era lo único que no pensaba darles. Observó a Siro mientras intercambiaba unas palabras con el que parecía el guardián de la puerta. Al poco, dos hombres les abrieron el paso, arrastrándolas con dificultad en el barro.

Cruzaron con rapidez y en silencio, Ryon miró al hombre que les había abierto. Le faltaban algunos dientes, era muy gordo y calvo y con cara de malas pulgas, aquello no hacía más que agravar sus preocupaciones e instintivamente llevo una mano a la empuñadura de Brisa.

Estaba tan oscuro que Ryon se limitó a seguir al grupo hasta que llegaron a un establo. Desmontó y dejó que los hombres se encargaran de Hoja tras darle unos golpecitos con cariño en el hocico.

El Príncipe no tardó en salir de su carroza y siguió al guía entre la lluvia y los truenos, este subió por unas escaleras y entró, portando una antorcha, al interior de la fortaleza.

Sintió de pronto el calor de la acogedora estancia, llena de tapices y alfombras para mantener a raya el frío. Había una mesa con algunas frutas y panes con muy buen aspecto y suficientes sillas para todos. Ryon se quitó la

capa al darse cuenta de que comenzaba a subir la temperatura de su cuerpo y la colgó en unos percheros que había frente al fuego.

—Podéis comer cuanto queráis, os están preparando las camas para esta noche. —Dijo un hombre que apareció con los brazos abiertos.

Iba muy bien vestido, con una túnica de color azul y con un enorme colgante, tenía un hermoso cabello plateado, que seguramente habría sido negro, recogido en una extraña trenza cayéndole por el hombro derecho. Hizo una corta reverencia al Príncipe y les dirigió una cálida sonrisa a los demás. Ryon pudo darse cuenta de que aquel hombre era Kotei.

—Me alegra que nos recibas, Virdu. —Dijo Reshi, que no parecía molesto por la baja inclinación de la reverencia. Ambos se agarraron los brazos derechos por la altura del codo. Era costumbre en Snoglia saludarse de aquel modo como gesto de buena voluntad. Si dejabas que te agarrasen el brazo de la espada, significaba que tus intenciones eran buenas.

Comieron y bebieron suficiente para llenarse la tripa antes de dormir. Siro aprovechó para beber lo suficiente como para caer redondo aquella noche y Raiden decidió tocar una pieza de música para Virdu.

Ryon no pudo evitar probar uno de los licores que había en la mesa. Hasta entonces había bebido con Yotom a escondidas ya que como futuro Soutjin, debía mantenerse alejado de toda bebida espirituosa, al menos hasta ser nombrado. Los bárbaros tenían distintas costumbres y se consideraba que todo hombre y mujer tenía edad de beber una vez que hubiera cumplido los quince años. Yotom le decía que aquella diferencia se debía a la esperanza de vida ya que, al parecer en Kotei se vivía mucho más tiempo que en Snoglia. Pero Ryon sabía que nadie vivía tanto como la familia Imperial.

Le agradó el sabor a cerezas de aquel licor y se sirvió un poco más. Virdu lo miró y soltó una carcajada.

—Este es nuevo. —Afirmó peinándose el espeso bigote gris. —Vamos chico, no te cortes, este licor lo ha traído la Viuda Alexandra. Para mi gusto es demasiado dulce, pero exquisito para paladares más finos, sin lugar a duda.

Por “finos” se refería a poco acostumbrados a la bebida.

Ryon sintió de pronto como sus mejillas se ruborizaban y el resto de sus compañeros lo miraban con una sonrisa dibujada en sus caras.

Virdu les explicó la situación actual de El Hogar. El frío había llegado tarde, pero con fuerza. Por suerte habían cosechado lo suficiente como para dar de comer a los habitantes prácticamente todo el invierno.

En aquel lugar no había criados. Todos desempeñaban distintas funciones y se las apañaban solos, daba igual de donde vinieran. Los médicos, por ejemplo, jamás se negaban a curar a nadie, aunque no tuviera como pagarles. A cambio, trabajaban para ellos una vez curadas sus dolencias. Ryon nunca había viajado por Snoglia, pero por lo poco que sabía de los libros y las enseñanzas de sus tíos, sintió que aquel lugar estaba mucho más avanzado que el resto del país.

El chico notó como el licor le comenzaba a marear y a revolver el estómago. Al ser tan dulce, había tomado demasiado sin darse cuenta. Se sintió acalorado y notó como sus mejillas se tornaban rojas y calientes. Trató de mantenerse sereno mientras callaba y escuchaba la conversación del Príncipe con Virdu.

—Tienes que beber agua. —Le dijo Siro cuando todos se hubieron levantado tras la cena y se disponían a retirarse. —Sino mañana no habrá quién te levante.

Ryon trató de llegar hasta su habitación tocando la pared para no perder el equilibrio. Maldecía el licor de la viuda Alexandra y solo quería llegar a su cama para que todo aquel mareo pasase lo más rápido posible.

Tuvieron la cortesía de darles habitaciones separadas, solo unidas por una especie de sala común. Agradeció ser el primero en retirarse y evitar confrontaciones innecesarias.

IX

Durmió durante lo que le parecieron días, hasta que despertó cuando rompía el alba. Se levantó todavía sintiéndose algo mareado y con la boca pastosa, sabiendo que seguramente habría dormido unas pocas horas. Yotom siempre se reía de él, decía que no sabía beber, algo que parecía imprescindible para la vida cotidiana. Se levantó y se puso una túnica oscura, cortesía de los anfitriones. Se calzó y salió a hurtadillas, entre los ronquidos de sus hermanos.

Deambuló por aquel castillo en busca de las cocinas, todo estaba en silencio y parecía que en cualquier momento algún fantasma aparecería para asustarle. No dejaban ningún candelabro encendido durante la noche y toda la luz provenía de las ventanas. Inconscientemente aceleró el paso y bajó las escaleras, metiéndose en la primera puerta que encontró.

Suspiró al darse cuenta de que aquello parecía una biblioteca, con decenas de pasillos llenos de estanterías y libros. Su estómago le rugía tratando de reprimirle por su poca orientación.

—No podéis pedirme eso, Alexandra. —Ryon reconoció la voz de Raiden, que susurraba. Aquello lo sorprendió y no pudo evitar quedarse parado, tratando de averiguar si le habían oído entrar.

—Sabéis que yo lo dejaría...todo, por vos. —La voz de la mujer era amable y triste a su vez, parecía estar a punto de llorar. Comprobó que seguía siendo invisible y se quedó parado, tratando de escucharlos.

—Alexandra, aquello pasó hace demasiado tiempo —La voz de Raiden era impenetrable y dura como la roca —Ahora sirvo a otro Príncipe y a otro propósito.

Hubo un silencio que duró algunos minutos, Ryon pensó en marcharse antes de que lo descubrieran, la fama de fisgón era algo que no quería ganarse.

—¿Esto lo hacéis por el Príncipe, por vos, o por ese chico? —Ryon sintió como el corazón le daba un vuelco y se paró de pronto, justo antes de girar el pomo de la puerta. —Lo vi ayer, subiendo con el resto. Es como ver un gato rodeado de panteras...Lo encontraréis muerto en su lecho tarde o temprano, se os partirá el alma...

—Basta. —Cortó de pronto Raiden, claramente dolido por las palabras de aquella mujer.

Ryon decidió marcharse antes de que Raiden saliera de la estancia y se escabulló a paso rápido, tratando de perderse entre los pasillos.

Encontró la cocina en una especie de sótano que tenía la fortaleza, construida dentro de la roca de la montaña. Aprovechó que todavía no se habían despertado los criados y se comió algunos restos de embutido que había sobrado de la noche anterior y bebió agua.

Cuando estuvo lleno se dio cuenta de que aquella escena que había presenciado respondía muchas de las preguntas que siempre se había hecho sobre Raiden y las extrañas visitas de una de los Barain al palacio y a la vez, se creaban otras tantas incógnitas que no podía resolver.

Pensó en aquella mujer, siempre la había visto como a una mujer altiva, de largo cabello castaño y estrechas caderas, que parecía pavonearse delante de los Soutjin exigiendo todo tipo de tonterías a los soldados cuando se le antojaba. Raiden simplemente aceptaba todos aquellos encargos y la seguía como un esclavo allá donde ella fuera. Las palabras que le había dicho la viuda parecían escogidas para hacer daño al capitán. Siro siempre hablaba de mujeres, aunque nunca lo tomaba demasiado en serio cuando lo hacía, casi nunca eran palabras amables sino más bien todo lo contrario, salvo cuando alababa su físico.

Ryon no pudo evitar sonreír, lo cierto era que apenas sabía nada sobre mujeres. Las pocas veces que había tenido contacto con ellas había sido en las escapadas que hacía con Yotom...cuando ellas aparecían como hurracas atraídas por el oro del Príncipe, y con Soa. Pero ella... Soa era diferente, ella no era una mujer, era un hada que había permitido en su longeva vida dedicarle algunos suspiros de su tiempo.

Despertó bien entrada la mañana siguiente con un leve dolor de cabeza, se encontraba en la habitación que les habían asignado. Trató de dedicarle unos minutos a recordar la charla que su capitán había tenido con la mujer y de cómo había llegado a su cama, pero todo parecía cubierto por una nube negra y espesa. Parecía imposible distinguir si lo ocurrido aquella madrugada había sido un simple sueño.

Se levantó y con esfuerzo buscó el timbre del servicio. Tardó algunos segundos en percatarse de que no había ninguno. Maldijo para sí y se adecentó como pudo con el espejo y el agua fría que le habían dejado en una

tina, cerca de la cama.

La habitación, aunque diminuta, era agradable. Tenía unas bonitas vistas a las eternas y nevadas montañas del Este. Parecía haber nevado toda la noche y una fina capa blanca adornaba el alfeizar de su ventana y cubría todo el páramo y los árboles. Pudo ver a lo lejos un pequeño animal que se movía a saltos entre los montículos de nieve, quizás fuera un conejo, por unos instantes se preguntó hacia dónde podría dirigirse con aquel frío.

Bajó a desayunar tras asearse y vestirse y encontró sin sorprenderse al resto de Soutjin que habían terminado prácticamente todo el desayuno y apenas le habían dejado algunos restos. Suspiró sabiendo que tendría que acostumbrarse a aquellas cosas. Sin dar los buenos días se sentó a comer. Los idiotas se limitaron a mirarlo, tratando de hacer notar que la presencia del chico no era bien recibida.

Algunos soldados mostraron caras dispares al ver que se sentaba junto a ellos, de algún modo habían creído que existía una especie de pacto no hablado sobre el espacio compartido con él y por sus rostros, parecía que aquella mañana lo había roto. Ryon masticó un trozo de pan frío con mermelada, ignorando completamente al resto y creando sonidos casi desagradables a propósito. Tenía que admitir que le gustaba un poco provocarles, aunque tenía claro que había cierto límite, su nariz y estómago estaba ahí para recordárselo.

Siro apareció con una taza que desprendía un agradable olor y se sentó a su lado.

—¿Qué es? —Preguntó Ryon observando aquel líquido negro. Siro sonrió.

—Es café. —Dijo él oliendo la taza y sorbiendo. —Con azúcar es realmente delicioso. —He pedido a los anfitriones que nos dejen llevarnos algunos sacos de grano. Será perfecto tenerlo en el castillo.

Raiden apareció fugazmente por la puerta y se dirigió hacia el pasillo. Ryon se levantó de un salto y lo siguió. Este caminó deprisa, sin percatarse de que el chico iba detrás o simplemente ignorándolo, giró una esquina y lo siguió. De pronto notó un fuerte golpe en la espalda y cayó al suelo, aturdido. Raiden lo miraba desde arriba, claramente enfurruñado.

—¿A qué ha venido eso? —Preguntó Ryon llevándose una mano a la nuca.

—Quizás si no hubieras bebido tanto ayer hoy podrías haberme

esquivado. —Contestó él.

—No tiene nada que ver. —Se levantó y se sacudió el uniforme, solo dolido en espíritu. —¿Dónde están los Barain? No he visto a nadie salvo a nosotros desde ayer.

Se dio cuenta de la mentira a medida que la iba diciendo, pero se mantuvo firme para que su capitán no lo notara.

—Reunidos con el Príncipe. Ahora no se nos permite la entrada, es un gesto de buena voluntad.

—Buena voluntad sería hacer las reuniones por la tarde.

Raiden lo ignora y comenzó a caminar de nuevo, llegando hasta la biblioteca en la que se había reunido con Alexandra la noche anterior. Ryon lo miró disimulando y el viejo capitán entró, cerrando la puerta tras de sí.

La chimenea estaba encendida y olía a castañas asadas. Había algunos extraños y variopintos personajes sentados y enfrascados en enormes libros. Ryon reparó en un grupo que llevaba las mismas túnicas verdes y doradas y la cabeza totalmente rapada. Raiden parecía ignorarlos y se sentó en una de las butacas y cerró los ojos. Ryon pasó su peso de una pierna a otra, sin estar seguro de porqué lo había seguido hasta ahí.

—¿Qué es lo que dice Ronin sobre los licores? —Preguntó Raiden con los ojos aún cerrados. Ryon esperó para estar seguro de que la pregunta fuera dirigida a él y memorizó el libro.

—Que nos alejan del camino del Soutjin. —Contestó él repitiendo una de sus miles lecciones, pero sin avergonzarse. —Sigo sin entender por qué, Siro bebe casi cada noche y es un buen Soutjin, además, he escuchado que los Zingarianos consideran que los estados alterados que provocan las bebidas te acercan más a la divinidad.

—Pero tú no eres Zingariano. —Reprochó Raiden alzando un poco la voz.

—Tampoco soy Kotei. —Desafió el chico cruzándose de brazos.

Raiden suspiró y lo miró a los ojos.

—Ryon, tu camino es el camino del Soutjin, es el que debemos seguir todos desde el momento en el que somos elegidos...

—Yo no fui elegido, me encontraste muerto de hambre en la calle y decidiste que podría servir al Príncipe.

Raiden lo desafió a que continuara, pero Ryon sintió que había traspasado el límite y cerró la boca al ver que todos los presentes lo miraban molestos.

Sintió como el calor le enrojecía las mejillas y apretó los puños, en aquellos momentos comprendió porque lo había traído hasta la biblioteca para sermonearlo. Dio media vuelta y se marchó sin mirar atrás.

A veces no comprendía porque Raiden era el capitán, Siro era mucho más alegre y comprensivo, y se llevaba mucho mejor con todos los soldados. La imagen de Raiden se había reducido con los años a un viejo cascarrabias que los hombres parecían respetar por ser uno de los más antiguos Soutjin.

Anduvo hasta el exterior, el sol irradiaba un agradable calor y hacía que la nieve brillara. Sin rumbo fijo deambuló por los exteriores de la fortaleza, descubrió que cultivaban todo tipo de plantas medicinales, habían transformado un jardín interior en un pequeño paraíso. Las aves piaban alegres y lo invadió una breve felicidad, pero esta fue acallada al poco tiempo, el chico se arrepentía de haberle gritado a su maestro. El hogar se había construido, aunque no lo pareciera, sobre un terreno fértil y un manantial que brotaba del interior de la base de la montaña. Habían aprovechado la piedra al máximo y lo habían transformado en una gran fortaleza.

Cuando se hubo calmado pensó que lo mejor que podía hacer era volver a las estancias y pedirle disculpas a su tío. Como decía Raiden una y otra vez, el rencor y el odio te alejaban del camino del Soutjin.

Observó cómo algunos hombres y mujeres iban y venían con leña y cestos de comida. Las mujeres no llevaban largas faldas, sino pantalones de cuero como los hombres. Ryon se extrañó, pero pensó que debía ser muy difícil trepar a los árboles y trabajar en el campo con falda.

Deambuló hasta el mediodía por aquella extraña aldea y pudo apreciar lo grande que era en realidad. Las calles y las casas eran de piedra y se formaban entre las rocas naciendo desde dentro de la montaña, pero a su vez dejando que la luz del sol iluminara prácticamente todos los rincones.

Ryon se llevó las manos a las axilas, arrepintiéndose de haber salido a toda prisa y no haberse hecho con unos guantes. Escuchó música, risas y gritos provenientes de una taberna al final de la calle y al momento decidió asomarse para huir del frío.

Aquel lugar era bastante grande y con un fuego ardiendo en la hoguera, centrada entre las mesas. Aunque era de día, las velas de los candelabros estaban encendidas y a coro cantaban junto al músico una canción que conocía: *Vuelve costurera*. Parecía que estuvieran celebrando una gran fiesta

y fuera ya pasada la media noche.

Pensó abandonar aquel lugar de inmediato, parecía una celebración a la que claramente no le habían invitado. Pero la imagen de Raiden hizo que le hirviera la sangre de pronto, la alternativa era mucho más agradable. Se sentó algo alejado de la gente y esperó a que un mozo pelirrojo, de ojos verdes y con grandes manos se acercara con un trapo en las manos. Pidió vino caliente y especiado, el mozo miró su ropa y el sable que había dejado apoyado en un lado de la silla.

—Están prohibidas las armas aquí dentro, pero haré la vista gorda por tres monedas de oro. —Ryon lo miró sorprendido, de pronto reparó en que el joven tenía razón, Brisa estaba a su lado. ¿Cuándo la había cogido? No podía recordarlo. Se llevó las manos a los bolsillos algo molesto, no había pensado que pudieran pedirle dinero, pero era cierto que aquel lugar no era exactamente parte del Imperio.

—Yo invito. —Dijo una voz tras de él. Era un hombre anciano, tenía el cabello y la barba casi blanca y los ojos tan azules como la profundidad del cielo a plena luz del día. Aún tenía todos los dientes, al menos eso era lo que parecía a simple vista. Sin pedir permiso se sentó a su lado en la mesa con un bufido que casi apaga la vela del centro, se llevó la mano al bolsillo interior de su túnica y pagó al mozo con una sonrisa. —Ponme otro a mí también de lo que haya pedido, chico.

El pelirrojo asintió y se alejó sonriendo con una buena propina.

—Kuo es un buen chico, no os preocupéis. —Comentó, como si pensase que Ryon fuera a castigarlo por su osadía. —Dejad que adivine joven, es la primera vez que venís a el Hogar. —No era una pregunta. —No esperéis que os sirvan gratis solo por ser un miembro del Soutjin, me llamo Gereld por cierto. —Ryon lo miró, este sonreía con la boca cerrada, como si fuera el dueño de la taberna y la aparición de Ryon fuera lo más divertido de aquella celebración. El chico observó sus ropajes, limpios pero muy austeros, lo cierto era que parecía un vagabundo aseado.

—Ryon. —Contestó, tratando de no parecer desagradecido por la bebida que le había pagado el anciano. Kuo apareció al momento, con una sonrisa algo forzada y dejando la comanda en la mesa de madera, se volvió con el resto de los hombres, que lo llamaban entre risas y palmas.

Nadie parecía haber reparado en el Soutjin, fue algo que agradeció.

—Es un gran músico. —Afirmó el anciano llevándose la jarra a los labios

y soplando antes de beber un pequeño sorbo. —Qué extraño. —Dijo este casi divertido. —Tengo la sensación de que he invertido bien esta copa, Ryon el Soutjin. Es como cuando uno se levanta por la mañana, se asea como de costumbre y de pronto abre la puerta esperando al lechero y aparece un extraño hombre que le ofrece un baúl lleno de oro.

Ryon no pudo evitar reírse, acababa de describir el inicio de un antiguo cuento para niños llamado El oro de la Baronesa, a Yotom le encantaba aquella historia y siempre les pedía a los bardos que se la contaran una y otra vez.

Descartó la idea de que fuera un vagabundo, hablaba de forma correcta y bebía hasta con educación, evitando caer en el griterío que invadía la taberna.

Estuvieron cierto rato en silencio, escuchando la música y bebiéndose el vino antes de que se enfriara. Ryon pudo adivinar que aquello era la continuación de una boda que se había celebrado la noche anterior, solo quedaban algunos invitados y los novios parecían haber abandonado la fiesta demasiadas horas antes.

—¿Y qué te trae por El Hogar? Estás lejos del castillo de tu amo. —El viejo se había tragado las formalidades junto al vino y al poco pudo ver que no pensaba marcharse y dejarlo a solas, como hubiera deseado.

—No es mi amo...—Respondió molesto. —De cualquier modo, quiero agradeceros la copa y prometo devolvéroslo con intereses, no quiero que os sintáis obligado a hacerme compañía.

—Joven Soutjin, tu compañía es suficiente precio créeme, no me debes nada. Quizás un poco de conversación para este viejo médico sería una buena propina.

Ryon miró al hombre que le sonreía enigmáticamente.

—¿Sois médico? —Gereld torció la boca.

—Fui médico. —Aclaró. —Ahora solo enseño a los más jóvenes. No me gusta presumir, joven Soutjin, pero tengo cierta fama entre la gente de aquí.

Ryon puso los ojos en blanco, sí que parecía gustarle presumir.

—¿Es cierto que dejáis que os paguen con trabajo? —Ryon le sopló al vino y se calentó las manos con la jarra de barro. El viejo sonrió al percatarse de que tenía toda la atención.

—Sí. Es más, fui yo quien tuvo la idea cuando llegué aquí hace casi treinta años. —No ocultó lo orgulloso que parecía sentirse de aquella hazaña—. Verás, El Hogar es un lugar en medio de la nada, se tuvo que trabajar

muy duro para llegar ser lo que es hoy. —Gereld paró de hablar, el mozo pelirrojo dejó de tocar, recibió unos aplausos y bajó del escenario tras una breve reverencia y algunos besos de las mujeres. Dejó que uno de los presentes lo invitara a sentarse en su mesa y a beber, Ryon lo observó un rato hasta que con unos breves agradecimientos dejó el laúd y volvió a colocarse detrás de la barra.

De pronto ya no parecía el mismo músico, la cabeza se había transformado en la del músico del laúd que los atacó en el palacio. Imaginó a Brisa cortándole el cuello con un limpio tajo, como si la carne fuera mantequilla y la hoja de su sable estuviera tan caliente que desprendiera humo. Parpadeó con fuerza y con una manó tocó la vaina de Brisa, casi como para tratar de calmarla.

—Al principio los que venían aquí eran gente que lo habían perdido todo en las guerras de la conquista. —continuó Gereld, sin percatarse de que Ryon había comenzado a sudar. —Era un lugar pobre y no había nada, pero la tierra era buena. Un par de personas, entre ellas el abuelo de nuestro actual líder Virdu, vieron el potencial de este páramo. Abandonó a los Kotei y junto a sus compañeros sacaron adelante el lugar y poco a poco se expandió. Lo Barain querían hacerse con este sitio, ¿lo sabías? pero nuestro querido Príncipe decidió que debería ser un territorio neutro. Si la gente de aquí había podido sacarlo adelante por su cuenta, era porque merecía ser un lugar fuera del control del Imperio. Así que yo viajé aquí solo con mis conocimientos y mis años de medicina y prosperé. —El viejo tosió durante unos segundos, bebió del vino especiado y prosiguió. —Curaba a viejos terratenientes y nobles, pero la gran mayoría de los pacientes eran pobres, ¿me explico? Así que un día, una joven se presentó en mi casa y me pidió que curara a su hermana de una fiebre bastante horrible. Me ofreció, a cambio, quedarse como mi criada, ayudarme con los pacientes, ya sabes, limpiar sábanas...esas cosas. Así que supongo que ahí lo decidí. Al poco, ella aprendió tanto de medicina como yo y enseñó a todo el que quería aprender.

—¿Y qué fue de aquella joven? —Preguntó Ryon acabándose la taza.

Otro músico decidió ponerse a tocar, el alcohol parecía haberle afectado y soplaba el flautín de forma algo desafinada. Decidió tocar algo alegre, quizás para que la gente no reparara en su estado y comenzara a cantar arrastrados por la embriaguez y la emoción de la música.

—La mató un Soutjin. —Ryon lo miró sin saber qué decir. Por un

segundo pensó en llevar su mano hacia Brisa, pero el viejo sonreía, y aunque lo hacía de forma triste, no parecía enfadado. —Tuvo que salir de El Hogar para buscar unas medicinas que no llegaban, yo ya era viejo y no podía viajar. No volvió jamás, supongo que ahí decidí dejar de ejercer.

Estuvieron largo rato en silencio, como si la música y la diversión se hubieran ido lejos de aquella mesa, apartada en una esquina. Ryon fingía, como suponía que también hacía el anciano, escuchar la música y el gentío mientras se encerraban en su silencio.

—Gereld, —Dijo el chico sintiendo que su voz había sonado demasiado alta, por encima del murmullo del fondo. —¿Puedo haceros una consulta médica? —preguntó bajando el volumen para que nadie pudiera escucharlos. El viejo asintió curioso y acercándose a la mesa para escucharlo mejor, había vuelto a sonreír. —¿Alguna vez habéis visto una enfermedad que genere una doble piel?

Pidieron otra ronda de bebidas, más bien las pidió el viejo, que había decidido no dejar escapar aquella oportunidad para pavonearse ante el joven. Gereld se acarició la barba pensando mientras.

—¿Cómo? Te refieres... ¿como si fuera un lagarto? —Asintió. —Esa piel, ¿se desprende sola? ¿Se va cayendo del cuerpo?

—Es más bien como si fuera un disfraz de piel. —Aseguró Ryon, el anciano apenas parpadeaba. —Debajo del disfraz, tiene un aspecto totalmente diferente.

El viejo abrió los ojos sorprendido y por su expresión Ryon se arrepintió casi al momento de haber sacado aquel tema.

—No conozco ningún caso así, joven Soutjin. —Dijo agitando la cabeza con rotunda negación. —Hablas de brujería muy antigua, y si alguien del Impero me oyera hablar de tal cosa, no sé qué sería de mí...

Aquello fue lo último que le dijo. Se levantó y se alejó cantando y agitando su copa, como si tratase de evitar que lo vieran junto a él. El chico se sintió un intruso casi al instante. Kuot lo observó mientras recogía sus cosas y se marchaba sin despedirse.

Decidió volver al edificio principal, esperando que Raiden hubiera olvidado el incidente de aquella mañana y con el estómago rugiéndole cada vez de forma más intensa. El sol comenzaba a esconderse entre los nubarrones y el cielo se tornaba gris.

X

Subió las escaleras principales, saludando a los habitantes de la fortaleza con un ligero gesto. Entró en la sala frotándose las manos y acercándose al fuego, disfrutando de nuevo del calor de la chimenea. Siguió, sin poder evitarlo, el olor a cerdo asado y a cebollas caramelizadas, llegando hasta las cocinas que ya eran su lugar favorito de la fortaleza.

—¿Dónde estabas? —Preguntó Siro al verlo entrar. Ryon observó que su tío masticaba una extraña pastilla de color negro, parecido a un trozo de carbón. —Es chocolate, Pruébalo. Es increíble la variedad de comida que tienen aquí.

Ryon mordió un trozo y lo saboreó, era lo más rico que había comido nunca y no pudo evitar sonreír, ¿era la primera vez que sonreía desde que había salido del castillo? Siro le dio unas palmadas en la espalda.

Los criados comenzaron a salir con bandejas que olían realmente bien, iban y venían a toda prisa y se sirvieron en su mesa generosas porciones de todo lo que sacaban para comérselo después. Aquello le pareció tan extraño y distinto al palacio del Príncipe que quedó pasmado durante algunos instantes antes de que Siro lo golpeará en un hombro.

—Vamos, están esperándonos. —Caminó junto a su tío en silencio, tratando de despegarse los restos de chocolate que le habían quedado entre los dientes. —Creo que sería mejor que supieras lo que esta tarde van a decirte. Han creado una especie de ejército mixto, junto a unos Barain y el Príncipe ha considerado que debías formar parte del equipo de expedición.

—¿Expedición? —Ryon se paró en seco, pero Siro lo ignoró y abrió las puertas del comedor.

Raiden se encontraba sentado en una gran mesa en el centro de la estancia, junto al Príncipe, la Viuda Alexandra y a otros cuatro desconocidos que supuso que eran los Barain, además de Ionjii, que tenía la nariz arrugada como si estuviera oliendo mierda de caballo.

—¡Ryon, acompáñanos! —Reshi le tendió la mano con una sonrisa, señalando una silla vacía al lado de Raiden. —Me gustaría presentarte.

El chico obedeció y se sentó, rechazando el vino que quería servirle la criada. De pronto hacía demasiado calor.

—Ryon, ya conoces a Alexandra. —Dijo señalando a la mujer que lo miraba estudiándolo detenidamente, esta sonrió casi por obligación y lo saludó con un gesto de cabeza. Ryon recordó las palabras que le había dedicado la noche anterior y que además era la fabricante del licor que lo había dejado indispuerto, sonrió e hizo un leve gesto con la cabeza, devolviéndole el saludo. —Ezelred —Continuó Reshi.—. Es un gran comerciante, tiene los mejores vinos del país. Nos ha traído algunas muestras de sus mejores adquisiciones. —Dijo señalando las diferentes botellas de la mesa.

Ryon lo miró, recordó las palabras de Yotom antes de despedirse y como había alabado aquel vino. Era el hombre con la piel más oscura que había visto nunca. Llevaba muchos pendientes en las orejas y en la nariz, y tenía el cabello negro, corto y rizado.

—Gratz. —Señaló a un chico que debía tener la misma edad que él, con una cicatriz en la ceja derecha. Tenía el cabello rapado por la parte baja y largo arriba, de color rubio trigo. Vestía de forma algo afeminada. Lo miró y le saludó con una sonrisa que dejó ver que tenía un diente de oro. A pesar de sus estafalarias vestimentas, parecía realmente atractivo.

Ryon se fijó en la otra mujer, más bien parecía una niña. No pudo asegurar que fuera mayor que él. Lo miraba con curiosidad, tenía los ojos grandes y grisáceos. El cabello le caía sobre los codos como una maraña ondulada de un color rubio ceniza. Su nariz era muy chata y llena de pecas y tenía los labios muy gruesos. Tenía un aspecto salvaje e indómito, como una cierva recién salida del bosque. Estaba arrebuada entre unas pieles de oso y mantenía su posición con los brazos cruzados.

—Ella es Faline. La más joven de los Strech y una gran luchadora. Ambos sois nuevas incorporaciones a la familia.

Ryon tragó saliva. Strech, había dicho. Era la tribu más antigua que poblaba Snoglia y aunque habían jurado ser leales al Imperio, Siro nunca se olvidaba de ellos en las reuniones, quería mantenerlos siempre bien vigilados.

—Y por último Doran. Es el jefe del clan Strech. —Miró al hombre al instante, para evitar aquellos ojos que lo miraban con un extraño desprecio, como si lo conociera de mucho antes, como si supiera quién era y lo que pretendía. Doran era de mediana edad, pero era tan grande que parecía desentonar en aquella habitación. Tenía el cabello totalmente rapado y un poblado bigote que le daba un aspecto bonachón. Llevaba una gran cantidad

de tatuajes en sus musculosos brazos y en sus gigantescas manos. Parecía no tener frío, como si él mismo fuera el calor personificado. Lo saludó con un movimiento de dedos, uno solo era tan grande como dos de Ryon.

—Estábamos debatiendo sobre el mejor licor de la mesa. —Ryon frunció el entrecejo, no era la conversación que esperaba oír.

Se sentó en una de las sillas y observó como Siro los dejaba, cerrando la puerta tras de sí. ¿No estaba invitado a quedarse? Ionjii parecía el más enfadado de todos, pero solo Ryon, tras años de encontronazos con él, parecía poder adivinarlo.

El chico miró a Reshi de reojo...demasiado amable, demasiado atento. ¿Un Príncipe haciendo las presentaciones? Eso era cosa de los criados.

Decidió no preguntar por lo que hubieran acordado en la reunión y bajo la mirada de Raiden negó con un gesto de cabeza cuando le ofrecieron de nuevo una copa, mientras Gratz reía y se servía de nuevo.

—Es un vino joven, como tú. —Dijo Doran mirándolo a los ojos y sonriendo hasta con ternura. —Llevamos un tiempo queriendo conocerte, Ryon.

El chico abrió los ojos de par en par, sorprendido. Ionjii no pudo esperar para suspirar y poner los ojos en blanco. Realmente solo Doran, Ezelred y Gratz parecían ser los que quisieran conocerlo, las otras dos mujeres se limitaban a poner caras de aburrimiento.

—Por favor, ¿podemos continuar con lo que importa? —Ionjii dio un golpe en la mesa, interrumpiendo aquel inicio de lo que parecía una larga conversación.

—¿Conocerme a mí? —Ryon ignoró a su compañero.

—Bueno, te han mantenido en secreto mucho tiempo, es la primera vez que oímos que Raiden tenía un aprendiz. —Aquello no se lo esperaba. Ahora lo comprendía todo, no lo pensaban incluir en la susodicha expedición por ser mejor que los demás Soutjin, sino por Raiden... querían probar si había hecho un buen trabajo como tutor. —¿Qué tienes de especial, Ryon?

Lo miró a los ojos. Tenía los ojos muy redondos y grandes. Ryon lo miró sin poder parpadear.

—Que le siguió hasta el palacio. —Dijo Reshi bromeando. Todos rieron menos Ryon y su tío.

Lo cierto era que no recordaba nada antes de la vida en el palacio ni tampoco de sus primeros años en él, pero nunca había sentido demasiada

curiosidad y dudaba que hubiera sido un recuerdo feliz.

—¿Cómo va el asunto de los Strech? —Preguntó la Viuda Alexandra, cambiando drásticamente de conversación y mirando con una sonrisa hacia Doran y Faline. —¿Han empezado a moverse?

—Hemos encontrado algunos nidos. —Dijo Faline hablando por primera vez, con un marcadísimo acento bárbaro. —Siempre despiertan con las primeras nevadas, pero no hay nada nuevo en eso. Los tenemos bajo control.

Mientras hablaba y gesticulaba, Ryon notó que le faltaba el dedo meñique de la mano derecha. Tragó saliva y desvió la mirada antes de que ella se percatara.

Ryon había dado lecciones de historia junto a Yotom, sabía que los Strech eran unas asquerosas criaturas del tamaño de una vaca y muy parecidas a las arañas, no tenían ojos y se movían guiadas por el sonido. Siempre se decía que por aquel motivo se evitaba viajar demasiado al norte. Eran unos seres horripilantes que mataban y engullían a todo ser viviente que fuera tan idiota como para acercarse a alguno de sus nidos, por suerte solo parecían gustarles las heladas llanuras del norte, cosa que los mantenía alejados de las zonas con mayor población.

El clan Strech era una antigua familia que habían acuñado el nombre de ejército, las leyendas contaban que se había fundado con el objetivo de cazar y mantener a raya a estos monstruos.

El Príncipe Menor había quedado admirado por aquellas historias y la valentía de aquellos hombres y decidió concederles protección cuando conquistó Snoglia, hacía ya algunas generaciones. Además, había reforzado las ciudades del norte con muros de piedra y cada medio año les mandaba cargamentos de comida y otros enseres, cosa que le aseguraba la lealtad de prácticamente todos los bárbaros. Siro siempre solía decir que todo aquello era parte de un complicadísimo juego de estrategia.

Ryon esperó paciente durante toda la comida, mientras los Barain se dedicaban a intercambiarse palabras agradecidas y a beber licores y comer hasta hartarse para que empezaran a explicarle el motivo de aquella supuesta expedición, pero tras horas de parloteo e historias varias entendió que no lo harían, al menos aquella tarde.

Ezelred les explicaba que había aumentado la producción de cerveza, era una bebida que comenzaba a tener algo de popularidad entre la gente y aquello le parecía una buena inversión. Había construido unas once

destilerías con distintas familias de su confianza.

Doran les explicó que quería entrenar a Faline para que fuera la nueva capitana del ejército y él limitarse a mandar sobre las aldeas de los Strech. Aseguraba que la chica era una excelente luchadora además de ser inteligente y astuta, ella se limitaba a comer y beber ignorándolo por completo.

A la Viuda le preguntaron sobre sus nuevos pretendientes, pero se negaba a hablar de ello, insistiendo que estaba demasiado ocupada gobernando sus tierras y sacándoles provecho antes del invierno y Gratz los ponía al corriente en los últimos descubrimientos que había hecho con los explosivos y sus múltiples y complejos usos.

—Capitán. —Ryon aprovechó aquella noche que lo encontró a solas, deambulando hacia algún lugar desconocido, como solía hacer muy a menudo. —Quería disculparme por lo ocurrido esta mañana, mi comportamiento ha estado completamente fuera de lugar.

Raiden lo miró, demasiado serio para parecer querer perdonarlo, Ryon suspiró sintiéndose abatido.

—Yo también debería. —El chico frunció el ceño, sorprendido.

—¿Por qué deberías?

—Porque si hubieras sido cualquier otro de mis subordinados, ya te habrían dado diez latigazos.

Tras eso dio media vuelta y se marchó. Ryon no se atrevió a seguirlo, y debería haberlo hecho para contarle lo que había descubierto hablando con Gereld, suspiró y se dirigió en la búsqueda de Siro.

—¿Brujería? —Preguntó su tío riéndose mientras bebía una cerveza en las cocinas, parecía ser también su nuevo lugar favorito. —Estos bárbaros llaman brujería a todo.

Estaba algo achispado, tenía la nariz enrojecida y hablaba como si sus palabras dieran tumbos por su garganta.

Siguió bebiendo, dando por finalizada la conversación. Ryon no quiso insistir y con un suspiro desanimado se dirigió hacia la biblioteca, sin esperanzas. Trató de rebuscar entre los libros algo relacionado con lo que Gereld había dicho, pero no aparecía nada. Ni brujería, ni segundas pieles. Miró hasta entre los libros de mitología, pero seguía sin mencionar nada. Quizás aquel viejo no tuviera idea alguna de lo que Ryon había querido

explicarle, y sin embargo...

Aquella noche casi todos los habitantes de El Hogar ya sabían de la presencia del Príncipe y de los Barain. Se dieron ofrendas de todo tipo a los invitados y se preparó una gran cena en su honor.

Montaron dos carpas en los jardines y encendieron algunas hogueras en el exterior. Habían colocado farolillos de papel por todos lados y los habitantes iban y venían con bandejas llenas de comida. Debía haber al menos cien personas y unos cinco bardos que rondaban a los presentes cantándoles y contando historias. De pronto aquella fortaleza parecía un jardín lleno de hadas.

Ryon se había ataviado con su capa y sus guantes, pero parecía no hacer falta. La cantidad de gente y el calor de los fuegos eran suficiente para mantenerlos calientes bajo aquella luna.

Trató de cumplir su deber y vigiló los movimientos de los que se acercaban a Reshi, al menos las primeras horas. Siro había organizado turnos para que todos los Soutjin pudieran disfrutar de la celebración, cosa que había disgustado a Raiden.

Durante aquella noche, pero, se percató de algo extraño. La única persona que parecía no querer hablar con el Príncipe Menor, e incluso trataba de evitarlo era Faline.

—¿No te aburres ahí plantado sin beber ni comer nada? —Doran se había acercado a su lado, tenía los brazos casi tan gruesos como dos perros medianos, cruzados en su enorme pecho. Era, sin lugar a duda el más alto y grande de los cientos de invitados que había. Ryon tuvo que alzar la cabeza para mirarle a los ojos. El hombre le dio unos golpes en el hombro de forma casi afectuosa y sonrió.

—Bueno, es mi deber. —Contestó él encogiéndose de hombros. Doran asintió sonriendo y haciendo que su bigote se moviera hacia arriba. —¿Qué le pasa a ella?

Preguntó sin poder evitarlo, dejándose llevar por la calidez de la voz de Doran. El hombre miró en la dirección que señalaba el chico con sus ojos y soltó una risotada estridente, acallada por la música y las palmadas alrededor del fuego.

—Que es joven, como tú y los jóvenes sois demasiado pasionales. — Ryon no estuvo seguro a que se refería, pero le hizo pensar en lo que le había dicho a Raiden algunas horas antes. —¿Estás contento por acompañarnos?

—¿Cómo?

—¿No te lo han dicho aun? Tenemos algunas pistas a seguir sobre distintas bandas de mercenarios y queremos descartarlas todas para dar con quien atentó contra el Príncipe Menor.

No, nadie le explicaba absolutamente nada. Parecía que realmente contaban con él para aquella misión.

—¿Pistas?

Doran asintió y se encogió después de hombros, dando a entender que no podía revelar los detalles. Ryon suspiró y sonrió para sí, de pronto había dejado de ver a Doran como el amable hombre de las nieves.

Se separó de su acompañante y decidió sentarse detrás de una de las mesas alejadas, uno de los Soutjin le hizo una seña, dándole a entender que podía retirarse y el chico obedeció.

Muchos de los soldados se habían reunido en una de las mesas y dejaban que las mujeres se les acercaran mientras bebían y reían, alguno hasta se atrevía a bailar. Ryon no sabía, nunca le habían enseñado. Tampoco sabía cómo acercarse a una mujer ni qué decirle.

Sin poder evitarlo, le dirigió una rápida mirada a Ionjii, que se encontraba lo suficientemente lejos como para no distinguir al chico. Iba detrás de una chica mucho más joven que él y bastante guapa, Ryon no sabía demasiado sobre mujeres, pero no parecía sentirse cómoda con él.

Decidió desviar la mirada antes de meterse en problemas, no pretendía jugar al rescate de la dama en apuros.

El Príncipe hablaba con Ezelred de algo que parecía perturbar al Barain, pero Reshi le quitaba hierro con un gesto. Observó como como la viuda Alexandra había acorralado a Raiden en un rincón y hablaban acaloradamente, aunque más bien ella parecía discutir.

El gran Capitán Raiden, el mejor Soutjin vivo conocido, tenía una debilidad. Sonrió para sí y pensó en Soa y en la curvatura de su espalda cuando se sentaba de rodillas y en el liso cabello negro que le caía, acariciando el suelo. Dudaba que ella pensara en él en algún momento del día.

De pronto se topó con la mirada de uno de los bardos, que pareció saber en lo que estaba pensando y sonrió de forma pícara, guiñándole un ojo.

No pudo evitar sentirse abrumado y se alejó, con las mejillas ardiendo.

Al otro lado de los setos había un oscuro camino que parecía conducir

ladera abajo, hasta las casas vecinas. Se tomó unos instantes para disfrutar del silencio a medida que avanzaba y permaneció en la penumbra, amparado por la noche. La luna lo miraba sonriente y una ligera brisa acarició su rostro. Miró de forma instintiva a su cinto y acarició la empuñadura de su sable.

—¿Qué haces aquí? —Paró de caminar de pronto, ¿se lo decían a él? Aquella voz le resultó familiar, se dio cuenta de que era Ionjii. Se escabulló detrás de unos arbustos y enredaderas, esperando que fuera suficiente para esconderlo. —Creía que te habrían matado las arañas.

¿Con quién hablaba?

—Lo extraño es que tú sigas vivo. —Una voz de mujer. No, de niña. Con aquel acento tan marcado... Debía ser Faline.

—Perdona, ¿cómo dices? —Respondió él con tono burlón. —No entiendo ese acento de palurda. Quizás Furiosa te entienda mejor.

Un ruido agudo, de acero. Había desenvainado su sable, Ryon desenvainó sin pensárselo a Brisa.

—Si te vuelvo a ver cerca de mí te mataré. —La voz de Faline parecía estar cargada de odio. ¿Se conocían de antes? Seguramente fuera así—No eres nada, ni tú, ni ninguno de esos estúpidos soldados.

Hubo un silencio durante casi un minuto, y tras eso, el sonido de unos pasos alejándose hacia la fiesta. Respiró de nuevo, parecía que le estuviera cogiendo gusto a escuchar a la gente a escondidas.

—Tú, chico. —Dijo ella. —Sal antes de que te haga daño a ti también, tienes unos ojos tan amarillos que se distinguen como dos luciérnagas en esos arbustos.

Ryon no supo que contestar y decidió salir de su escondite. La chica era pequeña, él parecía sacarle una cabeza y era más corpulenta de lo que había parecido sentada en la mesa. Su cabello caía como una maraña hasta la cintura y estaba arrebujada entre pieles de oso pardo.

¿Le había llamado chico?

De pronto saltó sobre él como un cervatillo, le cogió los brazos para inmovilizarlo y le obligó a caer boca abajo. Le dolió la cabeza cuando se la golpeó contra el suelo de piedra. Ella sacó una especie de daga muy pequeña y de hoja curvada y se la colocó en el cuello.

—¿Qué quieres? —Preguntó gruñendo. Escupió algunas palabras en un bárbaro tan cerrado que Ryon no pudo comprender y le apretó el arma contra el cuello. —¿Qué quieres?

Sintió como se mareaba, el suelo parecía bailar bajo su cabeza y un rugido acarició sus oídos desde las profundidades de la tierra. Brisa vibraba.

El chico deslizó sus brazos para soltarse y de un manotazo la tiró al suelo, desenvainó y apuntó hacia su cara, dejando unos pocos centímetros entre el filo y su entrecejo.

—Solo pretendía ayudarte, estúpida. —Ella pareció no comprenderlo. Su pecho subía y bajaba de forma rápida y lo miraba desafiante y altiva. —Creo que ahora viajaremos un tiempo juntos.

Brisa se calmó, como si exhalara. Quizás solo quería brillar bajo la luz de la luna. La escondió y le tendió la mano como gesto de buena voluntad.

Ella se levantó sin aceptarla y tras mirarlo con sus enormes ojos dio media vuelta y se marchó perdiéndose entre los arbustos. Ryon suspiro incrédulo y se dirigió de nuevo a la fiesta, todavía le quedaba mucha noche por delante.

XI

Ryon pudo observar durante los siguientes días que en El Hogar la vida era muy distinta al palacio. Los habitantes trabajaban por un sueldo que se les pagaba cada ciclo y no había distinción entre ricos y pobres. Las casas eran todas iguales y cada cierto tiempo los trabajadores cambiaban de oficio para evitar caer en la monotonía y fomentar el aprendizaje. Hubo algunos días que pensó en ayudarles, por puro aburrimiento. El Príncipe, Doran y Raiden se pasaban los días encerrados en una sala. Los Barain fueron abandonando uno a uno la fortaleza y emprendieron su marcha hacia sus castillos. La mayoría de los habitantes comenzaron a ignorar la presencia de los Soutjin y Ryon se pudo atrever a deambular más libremente por aquel lugar. Siro dedicaba casi todos sus días a flirtear con todas las mujeres, hubo una en especial a la que trató de conquistar durante casi dos días. Era una mujer de mediana edad, pero de piel de ébano y cabello rizado y oscuro. Parecía jugar a un extraño juego en el que ignoraba a su tío la mayor parte del tiempo, pero si este se cansaba, volvía a provocarlo. Raiden por su parte había optado por castigarlo con su usual silencio, ignorándolo casi por completo y obligándolo a demostrar una vez más que había aprendido la lección. Reshi en cambio, actuaba totalmente al contrario y parecía preocuparse por su bienestar, a veces incluso demasiado y aquello no le gustaba al resto de los soldados.

La mañana de la partida fue un auténtico caos. El Príncipe preparaba su equipaje para dirigirse a palacio junto a la mayoría de sus soldados y Siro.

Doran, Faline, Raiden, Ionjii y Ryon se preparaban para partir al sur. Los habitantes habían decidido traer ofrendas y enseres para que los recordaran, Reshi decidió llevarlo todo a palacio salvo algunas cosas que Raiden pidió para ellos.

Marcharon casi al mediodía, cuando el sol calentaba lo suficiente y todos se hubieron preparado. El grupo había partido a caballo con lo puesto y algunas monedas de oro que se les había repartido para cubrir sus necesidades básicas en tierras más hostiles. Ryon tenía cinco monedas de oro, que equivalían a diez noches bajo techo con comida y quizás algún baño.

Cabalgó en silencio junto a su tío, tratando de no molestarle demasiado con su presencia y demostrando que podía hacer algo de penitencia por lo

ocurrido días atrás. Hoja parecía feliz por reanudar el paso, hasta Ryon podía notar que no le gustaba pasar demasiado tiempo sola y parada, era distinta a él.

El chico sabía que la relación con Raiden se había enfriado demasiado, más que nunca y no sabía hasta qué punto confiaría en él.

—¿Has vuelto a pensar en lo de las pieles? —Preguntó el chico poniéndose a su lado. Su tío se encontraba solo en la vanguardia del grupo y le pareció un buen momento para sacar el tema.

—Veo que tú sí. —Ryon asintió y miró alrededor.

—No sé si podemos fiarnos de los bárbaros, capitán. —Comenzó en un susurro. Trató de explicarle por fin lo ocurrido con el anciano de la fortaleza —Hablé con un médico la mañana después de nuestra llegada a El Hogar, cuando mencioné el asunto para conocer su opinión profesional se puso muy nervioso. Además, no he encontrado nada sobre el tema en ningún libro. Lo llamó Brujería.

—¿Desde cuando eres bueno buscando en la biblioteca? —Preguntó Raiden con cierto tono de burla, pero era cierto. —Pensaba que Siro era el único de nosotros que desconfiaba de los bárbaros.

—Quizás tenga razón.

—Desconfiar sin conocer es tener miedo, y tener miedo no es propio del Soutjin. —Raiden se deshizo la trenza de su cabeza, tenía el pelo tan largo que casi le rozaba al caballo en el trasero. —Quiero que aprendas de ellos, por eso he querido que nos acompañaras, tienen mucho que enseñarnos. Si tras este viaje piensas que fue alguno de ellos dímelo y te escucharé, mientras tanto te pido que permanezcas con la boca cerrada.

Ryon suspiró, al fin y al cabo, no pensaba escucharlo. Lo cierto era que Raiden la mayoría de las veces tan solo fingía escuchar, pero tomaba por su cuenta todas las decisiones importantes y aunque no solía equivocarse, le daba rabia. Aquello le hizo comprender un poco más a su tío Siro.

El viaje se iba haciendo menos pesado cuanto más al sur iban, pero Ryon seguía arrepintiéndose de no haber disfrutado más días del calor y el confort de la fortaleza. Los caminos poco a poco comenzaban a estar concurridos de viajeros y el sol calentaba más fuerte, deshaciendo la nieve y cargando el paisaje de tonos marrones y verdosos, dejando atrás los días cortos y oscuros.

La compañía no era la mejor del mundo, en realidad era horrible. Ryon no se acercaba a Ionjii, y este a su vez se alejaba lo máximo posible de los dos

Barain. Raiden era una especie de mediador entre todos y aquello se le daba realmente mal así que aparte de las ordenes más comunes, en aquel viaje reinaba un gran silencio.

Ryon seguía sin saber hacia dónde se dirigían, pero tampoco estaba seguro de si debía preguntar. Suponía que, si el viaje seguía hacia esa dirección algunas semanas más, acabarían entrando en las tierras del Príncipe Juno.

El cuarto día fue uno de los más extraños. Faline decidió acampar antes de que el sol se pusiera en la orilla de una pequeña laguna rodeada de montículos escarpados. Ionjii protestó hasta que Raiden le dirigió una de sus serias miradas.

—¿Qué es esto? —Preguntó Ryon aprovechando que el Barain estaba a solas, mientras recogía leña. El hombre suspiró algo preocupado, pero negó con la cabeza, dando a entender claramente que era algo que solo incumbía a la chica.

Montaron el campamento y cenaron. Aquella noche Faline miró hacia el agua y tras levantarse de su lecho y dirigirse hacia el lago se sumergió hasta los tobillos, susurrando unas extrañas palabras que Ryon no supo traducir. Cuando acabó, las luciérnagas y la luna iluminaban el paisaje y el chico pudo ver como ella lloraba.

A la mañana siguiente, volvió todo a la normalidad y reanudaron la marcha.

—¿Es una de las rocas esas? —Preguntó Ionjii riendo—¿La de veinte caras?

Se acercó a la gran roca con forma de águila que sobresalía en el cruce entre dos caminos.

Habían cabalgado toda la mañana y el mal tiempo parecía querer darles una tregua. Habían comido en una pequeña taberna cercana a un poblado a regañadientes de Raiden, que creía que debían seguir lejos de los lugares poblados y evitando gastarse todo el dinero en menos de una semana. Tras hablar con algunos lugareños habían partido con comida suficiente para algunos días.

—Es la Roca *Timla*, que significa verdad. —Dijo Faline, Ryon tuvo la sensación de que era la primera vez que la oía hablar en todo el viaje. —Da a los viajeros fuerzas para continuar su camino.

Ryon se acercó, había estudiado las leyendas y costumbres de los Kotei

hasta la saciedad, pero lo cierto era que no conocía prácticamente nada de Snoglia, salvo lo que los pocos libros enseñaban, aunque estos habían sido escritos por los eruditos de Kotei, que habían recopilado todo lo que sabían sobre aquellos bárbaros tras las conquistas. Tuvo una sensación extraña, como si por primera vez se hubiera dado cuenta de que aquel país había tenido una historia, unas costumbres y una vida antes de que el Imperio la invadiera.

—¿Quién las construyó? —A pesar de estar montado sobre Hoja, Ryon tuvo que alzar la cabeza para lograr ver el pico del águila. La roca estaba muy desgastada, pero parecía que de tanto en cuando, alguien la limpiaba y evitaba que las enredaderas la cubrieran por completo.

—Los reyes del pasado. —Dijo la chica antes de seguir la marcha, apartando la mirada de aquel majestuoso monumento.

Tras unos días de largas cabalgatas y cortos descansos divisaron una posada muy grande que estaba construida en medio de un cruce de caminos. Era una casa de tres pisos que parecía más bien un gran caserío y que en la puerta rezaba: Bienvenidos los que deseáis el bien a Verdua.

Algo alejado había un molino en un riachuelo y algunas casitas de madera que adivinaban la entrada a una villa.

Verdua era una antigua diosa nórdica, portadora de la vida y símbolo de la primavera. La diosa era venerada en muy pocas regiones del país y la mayoría de los norteños se habían convertido al culto de Ronin, hecho divino por los propios Kotei. Siempre había habido rencillas entre los norteños y la religión, ya que Verdua era la primera diosa, creadora de la tierra para muchos y para otros una mala traducción de la palabra *Bartia*, que en la lengua bárbara significaba Tierra.

—Es la posada de Olly. La conozco desde que era un renacuajo. —Doran les señaló el establo y dejaron los caballos. —Es una buena mujer, algo cabezona quizás, pero es amiga del Imperio.

—Ser enemigo está penado con prisión. —Susurró Ionjii. No había hablado demasiado durante el viaje, pero Ryon no pudo evitar darle la razón. Decidió callarse y no jugar con Doran y todos parecieron ignorar aquel comentario.

—Su marido construyó esta posada cuando se trabajaba en la mina. —Señaló unas montañas escondidas entre los árboles al este. —Luego, todos se marcharon al norte y su marido murió.

Raiden aceptó aquella parada al observar las caras de sus subordinados y acariciar a su caballo, que parecía agotado.

Entraron en la posada quitándose las capas de oso que llevaban los Barain, Raiden decidió quedarse con la suya así que los Soutjin le imitaron.

El piso inferior de la posada estaba concurrido por personajes de lo más variopintos. Tres hombres junto al fuego, siete granjeros acompañados de una cabra que bebía agua de un cuenco en el suelo y una familia con dos niños pequeños.

Una mujer gorda y algo vieja que tenía el cabello recogido en un moño le dio un manotazo a uno de los tres que se encontraban en el fuego ...

—Olly. —Dijo Doran con los brazos abiertos hacia la mujer gorda. — ¿No piensas saludarme?

La mujer comenzó a contestarle en bárbaro, pero enseguida se corrigió al ver quien acompañaba a su viejo amigo.

—Querido Doran, ¿no ves que estoy ocupada abofeteando a este borracho? —Tenía un acento suave, casi inexistente. —Se atreve a decir que mi marido habría llevado este sitio mejor que yo. ¿Cómo iba a llevarlo mejor si se pasaba el día bebiendo?

—Bueno...—Dijo Doran abrazándola y mirando al borracho que reía con la mano en la mejilla enrojecida. —¿Acaso no es lo que se le daba mejor?

Todos rieron y alzaron sus jarras de forma automática. Ryon quedó sorprendido.

—*Irniert* — dijeron todos a la vez antes de llevarse la bebida a los labios.

—Dime, ¿qué te trae por aquí, y acompañado de este grupo? ¿Te han detenido?

Doran sacudió la cabeza y sonrió, dando un fuerte golpe con la mano en la mesa.

—No he hecho nada malo en mi vida, mujer. Son otros motivos los que nos traen por aquí.

Todos se sentaron en una mesa algo alejada y dejaron que Olly les sirviera una especie de agua amarillenta que parecía ser cerveza artesana. Lo cierto era que sabía mejor de lo que parecía.

—Pero ¿quién pudo ser tan estúpido? —Preguntó Olly escuchando toda la historia sobre el ataque al Príncipe. Habían omitido casi toda la información importante. —Todo el mundo sabe que los Soutjin son los mejores guerreros del continente, en Snoglia nadie sería capaz de tramar algo

así.

—Lo cierto es que es el primer ataque desde la conquista. —Aseguró Ionjii encogiéndose de hombros, y era cierto. Los habitantes de Snoglia eran bravos guerreros, pero habían aceptado que los Soutjin eran soldados disciplinados y entrenados desde niños así que, salvo ataques de bandidos y piratas, no había habido ningún levantamiento o rebelión. —Y lo peor es que no tenemos ninguna pista, ningún rumor...

—Tampoco estamos seguros de que se trate de una conspiración, podría ser simplemente un ataque aislado. —Dijo Ryon. Ionjii pareció ignorarlo, lo cierto era que cuando se trataba de aparentar, lo hacía demasiado bien.

—Bueno, atacar al Príncipe es conspirar contra el Imperio. —Dijo la mujer. —Aquí rumores hay de todo tipo. Los comerciantes se quejan sin parar del Príncipe y de los soldados, pero no los imagino conspirando. Son solo hombres que no tienen suficiente para alimentar a sus familias.

Y en cierto modo no les faltaba razón para quejarse. El comercio era un tema tabú en Snoglia al menos, desde la conquista del Imperio. Los Kotei consideraban que los comerciantes eran ratas sin honor que hacían dinero a costa de comprar y vender cosas que ellos jamás habían fabricado. Siempre había habido problemas entre los comerciantes y el Imperio y al final, el gremio había pasado casi a la clandestinidad. Todo funcionaba mientras no se cruzasen en el camino de ningún Soutjin.

—También hay mercenarios que vienen y van, actualmente hay un grupo al este que tiene un campamento enorme. —Comentaba Olly como quien hablaba de las lluvias del otoño. —Tienen hasta carteles, cualquiera puede ir a pedir sus servicios.

Todos se miraron entre ellos.

—Podríamos empezar por ahí. —Concluyó Doran.

XII

Las habitaciones de aquella posada eran muy modestas. Aunque había alrededor de veinte, Olly se vio obligada a darles algunas que parecía no querer ceder. Faline dormía sola, Raiden y sus dos soldados tuvieron que compartir habitación y Doran exigió una solo para él, aunque aparentaba querer abandonarla en cuanto todos se hubieran acostado.

—Querido Raiden. —Doran se acercó a los tres soldados que cenaban un estofado de conejo junto a la chimenea. —Ojalá pudieras hoy tocarnos una pieza de alguna canción Kotei.

Se sentó junto a ellos con una gran sonrisa, Ionjii se puso tenso y se irguió, dejando de comer. Ryon no podía evitarlo, pero aquel bárbaro le caía mejor que el imbécil de su compañero.

—¿Tocáis capitán? —Preguntó un hombre de mediana edad, de aspecto desmejorado y dientes ennegrecidos que sostenía una jarra de cerveza y sonreía cálidamente. —Disculpadme, vos no me debéis recordar, pero nos librateis de unos horribles piratas hará unos años en Porgue.

Raiden caviló durante unos momentos.

—Me temo que solo recuerdo a los piratas. —Se disculpó.

—Es comprensible, soy solo un quesero. —El hombre hizo una simple y torpe reverencia. —Pero dejadme deciros que mi hijo os admira.

—Sentaos. —Raiden le ofreció al hombre una silla vacía, el quesero accedió honrado. —¿Cuál es vuestro nombre?

—Jarrey, señor. —Dijo él bebiendo de nuevo de su cerveza.

—¿Y qué os trae por aquí?

De pronto todo quedó en silencio y la sala se cargó de tensión.

Ryon observó a su capitán con atención. No estaba seguro, pero parecía intentar interrogarlo sin que este lo notara.

El hombre se pasó una mano por la nariz, tenía los dedos huesudos y parecían querer romperse al tacto. Dio un rápido vistazo a la sala, pero la mayoría de los huéspedes se habían retirado ya a sus camas.

—Por el frío. —Dijo este tras una pausa. —Se me murió una de las cabras y debo comprar otra antes de que caigan las nevadas.

—¿No hay cabras más cerca de Porgue?

—No de las buenas y vivo de eso, capitán.

Terminaron de cenar mientras Raiden les tocaba una de sus tristes melodías, Ryon pensó que siempre parecía tocar algo nuevo, aunque lo había escuchado tocar desde que tenía memoria. ¿Cuántas canciones podía aprenderse alguien?

Faline no apareció en toda la velada, cosa que Ryon agradeció. No se sentía cómodo con aquella mujer cerca, parecía querer huir o clavarle a alguien un cuchillo en cuanto se sintiera amenazada. Seguramente la habían obligado a acompañarlos, y el chico no era tan estúpido como para no darse cuenta de que odiaba a los Soutjin.

Doran se las ingenió para que el Quesero les contara algunos rumores que había escuchado sobre unas bandas de ladrones y bandidos, además de algunos caza-recompensas que deambulaban por la zona. Raiden escuchó con atención, aunque Ryon dudaba que aquello les fuera a servir para nada, si tenían que hacerles caso a todos los rumores nunca volverían al castillo.

Aquella noche Ryon despertó de madrugada con un sobresalto. Todo estaba en silencio salvo por los profundos ronquidos de Ionjii. Se llevó una mano a la cara para secarse el sudor frío y buscó a tientas a Brisa. Logró recobrar la tranquilidad cuando pudo acariciar el fino relieve de sus grabados. Se levantó y se vistió en silencio, tratando de no despertar al viejo Ionjii y así evitarse problemas. Como supuso, Raiden no se encontraba junto a ellos. En los años que había convivido junto a él en palacio, había comenzado a sospechar que el viejo capitán se limitaba a recobrar sus horas de sueño con unos minutos de meditación, adoptando la “Voluntad Glacial”

Oyó sus propios pasos caminando hacia la puerta y giró el picaporte, pero una extraña voz lo detuvo. Se paró a escuchar, era como un susurro, un murmullo en el viento. Deslizó su mano hasta Brisa y el murmullo calló.

Miró a Ionjii fijamente, era un bulto que subía y bajaba en la esquina de la habitación. Aquel misterioso rumor no parecía haberlo despertado.

Por un segundo pensó en lo fácil que sería dejar caer a Brisa sobre el lecho de Ionjii, solo dejando que se deslizara entre sus manos. De pronto volvió a escuchar aquel siseo, como una canción escondida entre los árboles durante tanto tiempo que ya nadie la recordaba.

Escuchó como alguien cerraba alguna de las puertas de las habitaciones y se sobresaltó sin poder evitarlo. Sonrió para sí, descartando los extraños y a la vez agradables pensamientos que lo habían azotado por un instante y salió de

la habitación.

Bajó las escaleras y salió al exterior. El horizonte se teñía de un extraño color liliáceo y el cielo estaba totalmente estrellado, la música triste y melancólica de Raiden inundaba las cercanías como si fuera un pájaro pidiendo ayuda para encontrar a su pareja.

Encontró a su maestro sentado bajo un árbol. Parecía una extraña sombra en el bosque, como si siempre hubiera estado ahí esperando. Estaba tan quieto que, si no hubiera sido por la música, Ryon hubiera pensado que estaba dormido.

—Se avecina tormenta. —Dijo su maestro en un susurro, dejando de tocar. De pronto había demasiado silencio y apenas podía verle la cara en aquella oscuridad. —¿Quieres contarme algo?

Ryon negó con la cabeza. ¿Por qué siempre pensaba que había hecho algo malo?

De pronto, todo el bosque que parecía haber parado para escuchar la música, volvió a recobrar su habitual murmullo.

—¿Qué pieza tocabas? —Preguntó sentándose a unos metros de él en la oscuridad.

—La luna que duerme. —Respondió. —A los animales les gusta y veo que a ti también.

Ryon se encogió de hombros, no parecía que hubiera animales cerca y aún menos que fueran a acercárseles aquella noche.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —Preguntó Ryon tras un silencio demasiado largo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, está claro que estamos dando palos de ciego en este asunto. Y además...siento como si el Príncipe nos hubiera mandado lejos a propósito.

Raiden permaneció callado el rato suficiente como para que Ryon se arrepintiera de haber hablado.

—Hoy iremos a ver a Heka. —Dijo finalmente. —Es una bruja que vive en el bosque del este, Faline cree que puede saber lo que necesitamos.

—¿Les has contado lo que nos enseñó el médico del palacio?

Raiden asintió. Ryon dio un largo suspiro, tratando de contener su indignación.

—Creía que empezaríamos con los mercenarios, están a pocas horas de aquí, ¿cierto? Además, ¿cuándo has hablado con ella?

—¿Sigues teniendo dudas sobre ellos? —Preguntó Raiden. Se mostraba en absoluta calma, pero poco a poco Ryon comenzaba a notar como perdía la paciencia con él. Sintió como la distancia que los separaba se estuviera convirtiendo en un gran abismo.

—Lo cierto es que si, son muy distintos a nosotros. —Dijo él sin poder callarse. —Además...nosotros los invadimos ¿no es así? Es normal que nos tengan rencor...Esa tal Faline, dudo que quiera ayudarnos realmente. Creo que nos odia, creo que le repugnamos...

—¿Eso crees? Vaya, ¿por qué nos tendría en tan poca estima? —Aquello último pareció comentarlo con ironía. —Además...la conquista es cosa del pasado, fue hace más de cien años...

—Pero el Príncipe es el mismo.

Raiden no respondió y dejó que el silencio se apoderara de ellos.

—Tienes pensamientos oscuros, los animales lo perciben y se alejan de ti.

Aquello cogió por sorpresa al chico, que se rio y negó con la cabeza. Se levantó con un suspiro y dejó a su capitán en el bosque, dirigiéndose hacia la posada.

Olly parecía haberse despertado y comenzaba a preparar el desayuno. Raiden se acercó hasta la cocina y la saludó, había aparecido tras él, quizás hubiera querido decirle algo, pero lo había dejado correr al ver a la posadera. Ryon sintió como le rugían las tripas cuando comenzó a oler el pan tostado.

Optó por sentarse frente al fuego, tratando de alejarse de su tío. Apenas quedaban unas pocas ascuas y Olly le pidió que fuera a por la leña que había guardada en fuera.

Anduvo hacia el exterior, queriendo aprovechar el viaje para saludar a Hoja. El cielo estaba encapotado, pero ya se veía lo suficiente como para no tener que llevar ningún farol. Se desvió hacia los establos.

El bosque estaba sumido en una extraña calma durante las primeras horas de la mañana. Hacía frío y sentía como algunas gotas de lluvia le caían sobre la nariz.

Volvió a escuchar el murmullo entre los árboles, primero pensó que se trataba del viento, pero descartó la idea de inmediato. Se giró sobre sí mismo y se paró, observando entre la espesura. Agudizó el oído y la vista, esperando alguna señal, algo que le indicara que era...El murmullo se transformó en un estruendo que retumbaba desde el horizonte hasta las entrañas de la tierra, era como si algo lo llamara, un reclamo. Entonces desenvainó a Brisa y todo se

calmó, volviéndose un suspiro de alivio. Sintió como el corazón le daba un vuelco, era su sable. Lo había estado llamando desde la primera vez que lo usó la noche de su nombramiento.

—¿Qué haces, imbécil? —Preguntó Faline, que venía de los establos. A pesar de ser menuda, era ágil como un cervatillo y no reparó en su presencia hasta que no la tuvo al lado. Ella se cruzó de brazos, esperando una respuesta. Ryon se agachó para mirarla y tragó saliva, todavía aturdido. —¿Te han mandado a buscarme?

Ryon negó con la cabeza.

—Vengo a por leña. —Ella puso sus ojos en blanco y siguió su marcha. Llevaba solo un camisón que se le transparentaba y el ondulado cabello flotaba como una nube a su alrededor. Le dio la sensación de que era la primera vez que la veía como lo que era, una mujer salvaje, indómita e indomable.

Desayunaron todos juntos, pero en silencio, como era ya costumbre. Aquello se había convertido en algo habitual en ese grupo, cosa que a Ryon no le importaba en absoluto. Siempre había apreciado el silencio y nunca había sido demasiado buen conversador.

En menos de dos horas emprendieron la marcha hacia el este. Apenas había sol a causa de la tormenta y hacía mucho viento, por lo que avanzaban tan lentos que parecían dar dos pasos hacia atrás cada uno que daban hacia adelante.

—¿Y dónde vive la bruja esa? —Preguntó Ionjii casi gritando para que alguien le escuchara.

Faline lo miró con desdén, no parecía gustarle demasiado la palabra bruja.

—Se llama Heka. —Dijo ella con voz dura. —Vive cerca del gran Rio Sikko.

Cuando los cinco príncipes decidieron conquistar el nuevo mundo para honrar a su padre el emperador, cambiaron los nombres de todas las cosas conocidas por los nativos en sus tierras. Todos salvo Reshi, que había considerado a aquella cultura demasiado rica como para dejarla en el olvido. Aquello había sido interpretado por los bárbaros como signo de bondad y de debilidad por los Kotei. Ryon solo lo encontraba un fastidio, era demasiado complejo aprenderse los nombres impronunciables de aquellas montañas y ríos y eso sin contar los núcleos de población.

—¿Y por qué la llaman bruja? —Preguntó Ryon—¿Hace magia?

Ella se rio por encima del sonido de la lluvia y se giró para mirarlo, era como una bola de pelo rizado arrebuada en sus pieles, muy distinta a la chica que había visto aquella mañana.

—Oh, *Tanni*. —Dijo compadeciéndose de la ignorancia de los Soutjin.

—Deberíamos pararnos allí. —Doran señaló lo que parecía el inicio de un viejo y abandonado poblado que se hundía entre el barro. El viento y la lluvia comenzaban a hacer muy duro el camino y a Ryon le pareció una magnífica idea. —Reanudaremos cuando amaine el tiempo.

Aquel asentamiento parecía estar abandonado desde los tiempos de la conquista, apenas quedaban algunas casas en pie y la vegetación había cubierto casi por completo todo el paraje. Encontraron los restos de lo que había sido un antiguo refugio para bandidos y Raiden decidió improvisar el campamento en aquella cabaña. Conservaba restos de una hoguera y apenas tenía humedad, pero sí mugre y demasiado mal olor. Mientras montaban las camas Faline comenzó a protestar con Doran en aquella lengua cerrada que era casi imposible de entender, pero una cosa si pudo dejar clara, no quería dormir en aquel lugar.

XIII

—¿Lo oyes? —Dijo Raiden en un susurro. Ryon acababa de dormirse tras su turno de guardia, pero pudo escuchar unos extraños sonidos que lo despertaron en plena noche. Trató de poner la oreja, pero solo oía el viento y la lluvia y el crepitar de la hoguera que seguía encendida gracias a su capitán.

Raiden no esperó y como un rayo salió al exterior de la cabaña, aquellos movimientos bruscos despertaron al resto del grupo que, sin mediar palabra cogieron sus armas y siguieron al viejo Soutjin.

Ryon vio unas figuras moverse entre los árboles cercanos. Trató de contar los movimientos entre la espesura y la poca visibilidad de la noche. Parecían ser bastantes, quizás cinco o siete hombres.

—¡*Ralak!* Doran, esto tierra de Rynua. —Dijo Faline en un susurro, tratando de calmar su propia voz. —¡Te dije que no debíamos quedarnos aquí!

—¿¡Qué está diciendo!?!—Gritó Ionjii sin poder contenerse mientras mantenía su sable alzado.

—Hombres pez que viven en los pantanos. —Dijo Faline mirando de nuevo hacia la profundidad del bosque. De pronto Ryon sintió un escalofrío cuando vio aquellas formas moverse entre la espesura.

—No puede ser. —Se dijo Ionjii para sí.

Raiden interrumpió aquella conversación corriendo hacia los árboles más cercanos. Ryon lo siguió como un acto reflejo y vio a una de las figuras negras que le salía al paso para tacerlo. Le cortó el estómago de un tajo con Brisa y el hombre cayó sobre las rocas del suelo. Pudo comprobar que no eran monstruos, sino simples bandidos.

Aquella fue la señal para que los hombres que se encontraban en los bosques se abalanzaran hacia el pequeño círculo que habían hecho para protegerse.

Doran mató a dos hombres blandiendo su hacha con las dos manos, Faline esquivó la espada de uno de ellos y con solo movimiento asestó un hachazo en la cabeza de un tercero, que gritó durante unos segundos antes de caer.

Ionjii se separó del grupo y peleó contra tres a la vez. Tenía un estilo de

lucha mucho más agresivo que el de Raiden, pero bastante eficaz y organizado. Utilizaba un puñal con la mano izquierda y blandía a Furia con la derecha. Con una pequeña y extraña danza dio un giro sobre sí mismo y mató a tres hombres con un movimiento circular.

—¡Por favor! —Gritó uno de los hombres que quedaba en pie, tirando el arma al suelo. —¡*Favrara!* Solo somos comerciantes. ¡No somos asesinos!

Se puso de rodillas con el gesto suplicante y el rostro rojo y lleno de lágrimas. Enseguida entendió que Raiden era el líder del grupo y lo miró a los ojos con el terror inyectado en ellos. Ryon nunca había visto algo como aquello y sintió que el corazón le latía demasiado deprisa.

—¿Comerciantes dices? —Preguntó el capitán con gesto sombrío. El hombre asintió casi con esperanza, pero Raiden no mostró piedad. Le cortó la cabeza al instante, quizás ni él se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Los últimos hombres que seguían en pie corrieron hacia todas direcciones, perdiéndose en el bosque. Ryon miró a su capitán, este le indicó con un gesto que los dejara marchar.

Encontraron el escondite de los comerciantes en una de las casas cercanas. Había una gran variedad de utensilios, algunas joyas algo burdas y diferentes textiles. Raiden decidió esconderlo todo hasta que pudiera mandar soldados para devolverlo a sus verdaderos dueños.

Ryon observó como a Ionjii se le caía un colgante mientras ayudaba al capitán a esconder todas las joyas. Era un collar con forma de hoja otoñal que le hizo pensar en Soa. Al ver que nadie había reparado en él decidió guardárselo en el bolsillo interno de su capa tratando de que Raiden no lo descubriera.

Tras aquel suceso, el silencio había pasado a ser una tensión constante en el grupo. Faline se había empeñado en desobedecer a Raiden cuando podía y Ionjii trataba peor que nunca a Doran.

Los bárbaros sabían que el comercio estaba prohibido bajo el Imperio, pero no era algo que fuera visto con malos ojos entre la gente de Snoglia. Se percibía claramente que Doran habría tomado una decisión muy distinta a la del capitán y la inclemencia de Raiden no había sido aceptada por los dos Barain.

—Doran...—Dijo Ryon tras unos días de viaje a caballo, aprovechando que Faline cabalgaba delante de ellos. —Faline me llamó algo extraño el día que nos detuvimos por la tormenta. ¿*Tanni?*

Doran sonrió moviendo sus espesos bigotes.

—Bueno, no debes hacer mucho caso a veces.

Ryon lo miró con el ceño fruncido, el Barain observó a ambos lados y al ver que nadie le escuchaba continuó.

—No es nada malo, creo que lo traduciríais como “Chico”. —Ryon arrugó la nariz.

—Pero si es una cría. —Doran rio y le dio unas palmadas en la espalda.

—Faline es más mayor que tú, aunque no te lo creas. Además, vivió un tiempo con Heka después de la muerte de su hermana, fue como una madre para ella. —Ryon levantó las cejas, sorprendido. De pronto se dio cuenta de lo poco que sabía de aquellas personas con las que viajaba desde hacía días. —Pero mejor que no sepa que te lo he contado, por el bien de los dos. —Le guiñó un ojo y continuó la marcha.

—Es aquí. —Dijo Faline tocando un árbol hueco del que colgaban una especie de collares hechos de hueso. Se habían separado del camino hacía ya algunos días y vagaban entre la espesura del bosque, confiando solo en las indicaciones de ella.

Aquel lugar parecía surgir de la nada y a la vez estar tan escondido que solo alguien que buscara expresamente, podría encontrarlo. El paraje no inspiraba confianza en ninguno de los presentes, Ryon notaba como Hoja estaba inquieta y trató de calmarla con una caricia.

Dejaron a los caballos atados y siguieron un sendero invisible que solo conocía Faline, pero que Raiden seguía ciegamente.

—¡Mierda! —Ionjii se exaltó al chocarse con una hilera de huesos que colgaba de una rama, la arrancó y la tiró al suelo. —Se acabó, no pienso seguirte más, mujer.

Faline se giró para contestarle, pero Raiden se adelantó a ella.

—Faline conoce el camino, es nuestro deber seguirla.

—¿Es que no ves que nos está llevando a una de sus trampas? —El Soutjin había guardado obediencia y rencor a partes iguales desde el principio del viaje, pero durante el transcurso de este, el rencor había ido ganando terreno de forma constante y ahora finalmente había explotado.

—Soldado, los Barain son amigos del imperio. —Raiden había perdido la paciencia con todo el mundo, y aún más con sus subordinados.

—Los Barain son los que provocaron esto, Raiden. ¿Es que eres el único que no lo ve? Todos estos bárbaros fueron antaño ladrones, asesinos,

saqueadores y algunos hasta despreciables Druidas.

Raiden no habló más. Con un rápido movimiento desenfundó a Sensata y con el mango le propinó un golpe al soldado, antes de que este pudiera darse cuenta. Ryon tuvo claro que aquel acto había marcado el fin de ese grupo.

—Me quedaré con él. —Dijo Doran mientras le miraba la herida a Ionjii, que seguía inconsciente. —Alguien debe vigilar a los caballos. Además, creo que es mejor que vayáis solo dos con Faline, no creo que a Heka le gusten las visitas.

Faline pareció por un instante dispuesta a protestar, pero desistió al ver la mirada de Doran.

—Será mejor que nos guíes. —Dijo Raiden caminando al lado de la chica, que seguía callada. —Tendrás que traducirme cuando hablemos con ella. Hablaré yo, tú solo traduce.

—Heka conoce vuestro idioma. —A Ryon le molestó que Faline utilizara la palabra “vuestro”

—¿Conoce el Kotei? —Preguntó el chico, que había permanecido callado y unos pasos por detrás, por precaución. Cierta parte de su ser le quería dar la razón a Ionjii, cierta parte de él no se fiaba de los bárbaros y cierta parte de él no se fiaba de la corazonada de un viejo capitán.

—Conoce a los hombres. —Zanjó ella, esquivando una rama a la altura de los ojos.

Una sombra apareció de detrás de los árboles. Parecía un hombre encapuchado y muy menudo. Se plantó delante del grupo sin mediar palabra y quedó inmóvil. Ryon llevó una mano a Brisa, pero el gesto de Raiden lo detuvo.

—Galveia. —Dijo Faline adelantándose y tirando el hacha al suelo. —Haced lo mismo que yo.

Ryon esperó a que su capitán obedeciera, se desató a Sensata del fajín y la dejó apoyada en el tronco de un árbol. Ryon hizo lo mismo.

Se quitó la capucha dejando ver que era una chica joven, pero realmente espeluznante. Tenía el cabello rapado y tatuajes en la frente, unos ojos grandes y negros que parecían no querer parpadear y unos horribles dientes afilados que sonreían dándole un aspecto realmente aterrador.

—Podemos pasar. —Dijo Faline cogiendo su hacha y cruzando al lado de aquella menuda figura, que les seguía sonriendo sin apartar la mirada.

—¿Quién es? —Preguntó Ryon cuando la hubieron dejado

suficientemente atrás y pudo respirar con tranquilidad.

—Una aprendiz. —Dijo ella. —Son algo agresivas y territoriales.

Ryon tragó saliva al imaginarse unas cuantas como ella rodeando el bosque.

El camino comenzó a hacerse fangoso y se encharcaba a medida que iban avanzando, esquivando los huesos colgados de los árboles y siguiendo paso a paso el camino de Faline, tratando de no quedarse atrapados en el barro.

La chica los detuvo y les señaló una cabaña frente a ellos. El lugar olía a podredumbre y humedad y era casi imposible respirar. La cabaña estaba construida en el centro de un pantano haciendo llegar un puente de madera que parecía muy endeble hacia el otro lado del lago. El sol se negaba a aparecer entre la espesura del bosque y la lluvia comenzó a hacerse tan insistente que parecía que aquella cabaña pudiera hundirse en cualquier momento.

La choza era pequeña en el interior, tenía algunos cojines mugrientos en el suelo, alrededor de una hoguera, no había ninguna ventana salvo por el techo, que era por donde salía el humo. Era un lugar realmente austero, pero lleno de botes de cristal con extraños insectos vivos y muertos en su interior.

Heka era una mujer muy anciana y completamente ciega. Tenía algunos cabellos grisáceos entre su calvicie que le caían hasta la cintura y vestía pieles de animales, andaba encorvada y tenía los dedos huesudos y manchas en la piel.

Otra de aquellas horribles aprendizas se encontraba a su lado, preparando una especie de té. Estaba completamente desnuda, pero parecía hasta gustarle estar en presencia de hombres de aquel modo.

—Dile a tu chico que mi aprendiz le arrancará un ojo y se lo comerá como siga mirándola de ese modo. —Ryon tragó saliva y desvió la mirada al instante, ruborizado. La voz de la vieja era profunda y parecía estar tan arraigada como el tiempo mismo, como si hubiera formado parte de aquel bosque desde siempre. —Sé que Faline no os traería hasta aquí sin ninguna razón, así que hablad ahora.

—Necesitamos saber. —Dijo Raiden con un extraño cuidado al hablar, impropio del capitán. ¿Tenía miedo?

La chica desnuda apareció con unos vasos que fue ofreciendo a todos los invitados. Ryon lo cogió y ella le sonrió con picardía, pero al ver aquellos oscuros y afilados dientes se le revolvió el estómago y descartó al instante

cualquier fantasía que hubiera podido tener.

—Todos quieren saber, ¿no creéis? Pero yo no, yo no quiero saber, porque ya lo sé todo. —La vieja rio como si tratara de sacarse una espina clavada en la garganta, parecía divertirse el casi imperceptible nerviosismo de Raiden. —¿Por qué debería compartirlo con el capitán de los esclavos Soutjin?

—Amenazan al Príncipe. —Dijo Ryon sin poder contenerse, el ambiente se estaba cargando y quería salir de aquella cabaña cuanto antes. ¿Por qué parecía que todos los bárbaros se creían más inteligentes y mejores que los Kotei? A él aquella mujer no le daba miedo alguno, podría cortarla en dos sin el mayor esfuerzo.

—Como si eso fuera algo nuevo. —Dijo ella mirándolo sin ver, sonriendo sin apenas dientes. —Tú, chico...eres de los nuestros, ¿verdad? Sí, sí que lo eres. —Rio de nuevo. —Tienes esa sangre hirviendo en tus venas. —Miró a Raiden. —Controla a tu esclavo, estáis en mi casa.

Faline observó sorprendida al chico, como si fuera la primera vez que lo veía.

—Queremos saber sobre los Druidas y los hombres lagarto. —Comenzó Raiden.

¿Hombres Lagarto? ¿Eso eran aquellos falsos músicos? ¿Por qué sabía aquello y no se había dignado siquiera a compartirlo con él?

—Eso son cuentos de críos.

—Pero se puede hacer, ¿cierto? Hay magias, magias muy antiguas. Podéis vestir a los hombres con la piel de otros.

—Eso se prohibió hace demasiados años...los druidas lo saben, oh si, lo saben muy bien.

Hubo un silencio. La aprendiz no había dejado de mirar a Ryon, insinuándose y tocándose uno de los pechos. Ryon se llevó la taza a los labios para calmarse, Faline dio un salto y de un manotazo la tiró al suelo.

Raiden desenvainó de pronto y apuntó a la anciana, que seguía sentada. La aprendiz comenzó a sisear como una serpiente y se encorvó, como si fuera a atacar de un momento a otro.

—¡Está envenenada! —Comprendió Ryon. Faline parecía estar inquieta, casi histérica y miraba de un lado a otro. —¡Quítate, voy a matarlas a las dos!

Faline se colocó delante de Heka, demasiado nerviosa. La anciana sonreía con malicia.

—Vámonos. —Dijo Raiden.

Ambos retrocedieron con las espadas apuntando hacia la cabaña mientras se alejaban por el puente que crujía bajo sus pies.

De pronto, vieron a la joven que se habían encontrado en el bosque, plantada en medio con una sonrisa. Sin decir palabra saltó sobre ellos y Raiden extendió su brazo con la palma de la mano hacia ella e hizo que el pulso del viento la golpeará y la expulsara a unos metros de allí, cayendo boca arriba.

Ambos corrieron sin mirar atrás hasta que otras tres aprendizas aparecieron en los alrededores.

Se separaron y se enzarzaron en batalla. Eran escurridizas como los diablillos y parecían flotar entre los árboles. Ryon alcanzó a una de ellas y le cortó el brazo con Brisa, haciendo que gritara de dolor y cayera al suelo. El sable le quemaba en la mano, tenía sed y quería sangre.

Notó un dolor punzante en la parte baja de su costado derecho. Se giró con dificultad, otra de esas brujas le había clavado sus uñas. Ella le cogió el cabello y tiró de él, exponiendo su cuello. Sonriendo le mordió el hombro. Ryon gritó de dolor, pero de pronto la aprendiz cayó inerte tras un golpe seco.

El chico se dejó caer apoyándose en el tronco del árbol, el dolor del costado era intenso y sentía como le temblaban las manos. Faline lo miraba preocupada, blandiendo su hacha ensangrentada. La había matado de un solo hachazo.

—No te lo toques. —Le dijo ella al ver que Ryon se llevaba una mano al costado—Usan veneno en sus uñas, vamos. —Ella le ayudó a ponerse en pie y se alejaron, caminando con lentitud. Brisa parecía mirarlo con decepción, como si hubiera querido encargarse ella sola de los enemigos y Ryon le hubiera fallado.

—Raiden...—Dijo él notando como las convulsiones le impedían moverse a su gusto y un horrible frío le hacía poco a poco sentir como el mundo se volvía negro y el dolor se hacía demasiado intenso como para seguir. Gritó, cayendo al suelo.

—Vamos. —Dijo Faline con un quejido, ayudándole a ponerse de nuevo en pie. —Tranquilo, estará bien. Es más listo que tú.

XIV

Ryon despertó sintiendo el calor del fuego. Parecía ser de noche, pero no veía estrellas en el cielo. Se incorporó viendo que tenía el torso desnudo bajo la capa y unos vendajes improvisados con hierbas y hojas y una especie de cataplasma en el costado y en el hombro. Sintió un dolor punzante cuando trató de levantarse.

Faline estaba dándole la espalda, cocinando algo que olía bastante mal frente al fuego.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Ryon notando como la boca le sabía a hierro y estaba pastosa y seca.

—Que hemos sobrevivido. —Dijo Faline girándose y sentándose frente a él. —Las aprendizas ya no nos siguen, no suelen salir nunca del pantano. He podido curarte el veneno y creo que las heridas se te curarán del todo. Quizás solo te quede una horrible cicatriz, a juego con las otras.

Ryon se ruborizó. Solo Soa le había visto desnudo, no dejaba ni que las meretrices lo tocaran cuando las visitaba. Se avergonzaba demasiado de tener aquel cuerpo castigado por Raiden durante sus años en el castillo.

—¿Y los demás? —Dijo tratando de desviar la atención. Faline se limitó a encogerse de hombros. Parecía una bola pequeña y peluda. —Debemos encontrarlos.

Se estiró para coger su ropa y sintió como el dolor le volvía a azotar duramente.

—Lo dudo. Cuando recuperemos fuerzas volveremos al punto donde nos separamos, y si no están ahí iremos al norte, al pueblo de los Strech. —caminó en cuclillas para acercarle un trozo de lo que parecía una pata de conejo. —Es lo que Doran haría.

—No pienso ir contigo a ningún lado. —Aquello pareció hasta sorprenderla. —En mi tierra lo que has hecho se llama traición y se castiga con la muerte.

—¿En tu tierra? Tu tierra es esta. Tu sangre es como la mía. Eres

Gilkand, de sangre y barro.

—¿Tú sabías que Heka nos envenenaría cuando fuéramos a verla? — Ignoró las insinuaciones de la chica hacia su procedencia, estaba demasiado cansado de todo aquel asunto.

—Me lo imaginaba. —Dijo limitándose a encoger los hombros. —Heka no soporta a los Kotei, los considera ladrones de tierras y a los Soutjin unos simples esclavos. Pero te salvé, a quien traicioné fue a mi madre... y sabes que, si vas ahí de nuevo solo, morirás.

En eso tenía toda la razón. Apenas conocía la tierra que pisaba, y en ese estado no era más mortífero que un bebé recién nacido con un juguete entre sus manos. Apenas se había podido defender de una bruja que usaba sus propias uñas y dientes como armas.

—¿Dónde estamos? —Preguntó el chico, comiéndose la carne que le había preparado Faline.

—Viví aquí un tiempo, cuando dejé a Heka. Es un lugar seguro, solo yo conozco esta cueva.

Comieron en silencio. A Ryon le dolían todos y cada uno de sus dientes, pero aun así masticó y tragó todo lo que pudo, necesitaba recobrar sus fuerzas.

—¿Hubieras dejado que Raiden y yo muriéramos? —Preguntó Ryon recostándose en aquel improvisado lecho y mirando el techo de la caverna. Se sentía impotente y agotado.

—Duerme, aun tienes algo de fiebre.

Ryon quería discutir, pero el sueño se apoderó de él a los pocos minutos y se dejó llevar.

Despertó tras unos días horribles en los que Faline solo lo despertaba para obligarlo a comer y cambiarle el vendaje una vez al día.

Una de las mañanas en las que se despertó cuando la fiebre remitía, encontró a la chica dormida justo a su lado, temblando de frío. Apestaba a cataplasmas y sudor, pero parecía tener una expresión serena, casi en paz. La miró durante unos instantes, tenía demasiadas pecas y la nariz muy pequeña y chata, pero sintió como si fuera aquel ciervo al que solo pudo observar a lo lejos, sabiendo que en el momento en el que tratara de tocarlo, huiría.

—¿Por qué te sorprendió saber que era Bárbaro? —Preguntó una mañana, cuando Faline volvía con una perdiz que había cazado. Ella se encogió de hombros. —Creía que lo sabías desde que nos conocimos en El Hogar.

—Lo cierto es que no les creía. —Respondió ella mirándolo a los ojos. —Mírate, pareces un Kotei de pies a cabeza, cabello negro y liso, piel clara como una niña y larguirucho, casi sin músculos como ellos. No tienes los ojos negros, es cierto, pero tampoco he conocido a muchos Bárbaros de ojos dorados. Y no nos olvidemos de “eso”

—¿“Eso”?

—Sí, ese algo que no te deja ser feliz.

Ryon sonrió con la boca torcida. “Eso”

—Aun no te he dado las gracias por salvarme. —Dijo él, que no quería seguir pensando en sí mismo y recordar sus muchos defectos. —Lo cierto es que tienes mucha fuerza, no esperaba que pudieras matar a alguien de un solo hachazo.

—He practicado desde pequeña.

—Bueno, yo también. Desde que Raiden me encontró.

Faline se rio y lo miró. El chico arqueó las cejas sin comprender.

—Lo tuyo no es pelear, es bailar.

—¿Eso crees? —Ella asintió y desplumó la perdiz sin demasiado cariño y se acercó al fuego para asarla.

—Os enseñan a bailar, os dan una espada maldita y os dicen que sois los hijos de un Dios.

Espada maldita.

—¿No crees en el Aido? —Ryon suspiró y negó con el cabeza, perplejo.

—¿Acaso no crees en Ronin, el primer Soutjin?

—No creer es ser un renegado y eso está castigado con la muerte. —Dijo ella, zanjando el tema. Ryon se encogió de hombros y lo dejó pasar, no estaba seguro de hasta qué punto podría forzarla a ir más allá antes de que tratara de clavarle su hacha. Estaba claro que tenía profundas y arraigadas raíces en su cultura y así había crecido. No parecía haberle importado enfrentarse a Ionjii, quizás hasta lo hubiera matado y por mucho que le pesara, el viejo Soutjin era mejor espadachín que él. El chico no era rival alguno para ella.

—¿Sabías que El Príncipe Menor conquistó Snoglia por amor? —Decidió cambiar el tema antes de perder el escaso vínculo que había creado, solo necesitaba sonsacarle la verdad acerca de los Hombres Lagarto y sobre los Druidas, así podría matarla y volver junto a los suyos. Ella negó con la cabeza curiosa y puso al fuego la perdiz.

—Reshi sabía que solo podría conquistar a su esposa si conseguía

construir un castillo en un país helado. Así que cuando el Emperador decidió invadir el continente él tuvo claro la parte que quería.

Faline comenzó a reír a carcajadas, como si aquella historia fuera la más divertida que hubiera oído en mucho tiempo.

—Pobre *Tanni*, realmente te crees todo eso, ¿no? —Se aclaró la garganta y negó con la cabeza, casi con lástima. —El Príncipe invadió Snoglia por el hierro, el que usáis en esas espadas malditas. Las guerras no son por amor, sino por poder.

—¿Por qué vivías con alguien así? —Preguntó el chico tras pasar algunas horas en completo silencio. —Quiero decir, con esa bruja. ¿Qué niña vive con alguien como Heka?

—Una niña desesperada, supongo. —Dijo encogiéndose de hombros, restándole importancia. —¿Qué niño vive con alguien que le hace eso?

Ryon se llevó una mano a su estómago al instante, ella sonrió casi con empatía.

—Mi hermana murió, yo estaba herida y sola, y Heka me encontró. Supongo que me acogió porque se estaba quedando ciega.

—¿Cómo murió?

Hubo un silencio tan incómodo de pronto, que Ryon se arrepintió de haberle preguntado.

—La mató el Imperio.

Se pusieron en marcha al día siguiente. Ryon había estado practicando con Brisa algunas horas y se sentía fuerte de nuevo, aunque no estaba en plena forma. Se vistió y trató de comprobar que el collar que había cogido de los comerciantes continuaba escondido en la capa, pero no era así. ¿Lo había perdido?

—¿Has perdido algo? —Preguntó la chica que se ataba al cuello las pieles que le servían de manto y capa y cogiendo su hacha. El chico negó con la cabeza y ella sonrió, ladeando la suya. —Apaguemos el fuego y marchémonos.

Caminaron con paso lento, evitando los caminos y sumergiéndose de lleno en aquel bosque que Faline parecía conocer muy bien.

—Cuando te encontré—Dijo ella mientras saltaba con gracia un tronco escondido entre la nieve—Vi algo extraño, algo que hizo tu capitán. ¿Qué fue lo que hizo con la tierra? Golpeó a la aprendiz y cayó...pero no llegó a tocarla.

Ryon asintió, rascándose la nuca y mirando hacia la espesura del bosque nevado.

—Es un arte muy antiguo de los Soutjin, el Aido es la base de todo. La mayoría lo aprendemos de pequeños, pero solo unos pocos llegan a dominarlo realmente. —Ryon se miró la mano derecha. —Cuando lo dominas, llegas a aprender lo que llamamos el pulso del viento, eso es lo que le viste hacer a Raiden.

—¿Todos los capitanes saben hacerlo?

Ryon negó con la cabeza.

—Ronin creó el camino, nosotros lo seguimos. Muchos creen que Raiden es el sucesor de Ronin, una especie de reencarnación —Se encogió de hombros y se llevó una mano a la frente, protegiéndose del sol. —Es normal que lo piensen, es el único que ha logrado dominar el pulso del viento.

—¿Cómo podéis estar seguros? Ronin vivió hace más de mil años, ¿no es así?

—Para los Kotei, nada que no se haya escrito en los libros existió realmente.

La chica sonrió y asintió divertida.

—Como decía mi hermana, si no vale la pena cantarlo, no vale la pena. —Se mordió la lengua de pronto, dándose cuenta de que en su idioma debía sonar mejor.

Ryon no pudo evitar reírse de ella, pero esta cogió de pronto una rama del suelo y le barrió los pies, provocando que el chico cayera en el suelo encharcado.

—Y si alguien de menor rango que él lo dominara, ¿lo ascenderían a capitán? —Miraba la rama como si hubiera algo más que simple madera, pero solo ella pudiera verlo.

—No es tan sencillo. —Dijo levantándose pesadamente. —El Aido es complejo de seguir y más aun de dominar.

—Quieres decir, que todos los que seguís el camino del Soutjin aprendéis Aido, pero casi nadie logra dominarlo para conseguir el pulso del viento.

Ryon asintió.

—Raiden lo ha sacrificado casi todo para alcanzar ese nivel de dominación. No creo que nadie pueda volver a lograrlo.

De pronto, vieron como un conejo pardo salía despavorido hacia una madriguera, Ryon se calló, temiendo haber desvelado demasiado. Como si

ella pudiera de pronto aprenderlo todo sobre aquel arte y volverse contra él. Marcharon en silencio durante las siguientes horas.

El bosque comenzó a tornarse más claro y a ser menos espeso y casi podían notar el calor del sol en su piel.

Faline dio un golpe seco contra el torso del chico, deteniéndolo en silencio. Ryon agudizó la vista y el oído, esperando alguna señal de peligro.

De pronto vieron como una figura se movía a unos metros a la derecha de ellos.

—Por fin os encuentro. —Ionjii apareció entre los árboles, estaba ensangrentado y tenía algunos arañazos en la cabeza y la cara, se le veía realmente exhausto. —¿Dónde está el capitán?

—¿No volvió con vosotros? —Preguntó Ryon. Aquello no le estaba gustando ni un pelo.

—¿Dónde está Doran? —Dijo Faline.

Todos callaron.

—Está muerto. —Dijo Ionjii con una extraña expresión. —Unas mujeres sin cabello y con garras nos atacaron, lo han matado.

Faline no esperó más, cogió su hacha con ambas manos y se lanzó sobre Ionjii. Ryon se quedó paralizado. Podía ver como la chica gritaba, mientras asestaba cada uno de los golpes que el Soutjin paraba con su sable. Gritaba y lloraba. Lloraba de rabia.

Finalmente, el soldado la desestabilizó y ella calló de bruces al suelo, justo al lado de Ryon, llevándose un corte poco profundo en el brazo derecho.

—¡Mátala, estúpido! —Escupió el viejo con el rostro totalmente encolerizado. Ryon desenvainó su sable y de pronto el tiempo se paró.

Dejó de oír los llantos de Faline, los gritos de Ionjii y el sonido del bosque. Comenzó a escuchar aquel murmullo, aquel familiar reclamo que le pedía, le suplicaba que se entregara a sus deseos, por muy oscuros y escondidos que estuvieran.

Ryon sintió como Brisa dejaba de pesar entre sus manos y guiaba su danza mientras agradecida y saciada, le cortaba la cabeza a Ionjii.

De pronto el tiempo volvió a su cauce normal, el viento soplaba de nuevo y él cogía aire, como si fuera la primera vez que lo hacía desde que había empezado aquella pelea.

La cabeza rodó con la misma expresión que había tenido al gritarle y el cuerpo cayó al suelo, tiñendo los charcos del suelo de un color rojo intenso.

Ryon se quedó inmóvil, sujetando a Brisa en el aire, que suspiraba aliviada y agradecida, dejando que las gotas de sangre que no había querido beber cayeran al suelo. Tras unos segundos eternos, se oyó la respiración agitada de Faline.

—Él lo ha matado. —Dijo ella casi en un susurro ahogado por sus lágrimas. —Ha matado a Doran. No, no, no, maldito traidor...—Dijo dándole golpes con los puños al cuerpo decapitado. De pronto dejó de llorar y miró a Ryon, que envainaba a Brisa. —Tú... ¿qué has hecho?

Faline lo miraba horrorizado a él y a Brisa, como si no fuera cosa de uno solo.

Ryon sentía una presión en la sien, y unas palabras que le repetían: ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Qué había hecho? Traición, era traición. Había traicionado el camino, el Aido. Ahora era un traidor a los suyos. El Camino del Soutjin era claro, aquello era traición y debía pagarse con la muerte. Lo condenarían.

Faline le cogió del brazo, estaba demasiado conmocionado para moverse, luchando con sus pensamientos. Tiró de él con fuerza y lo obligó a caminar.

—No podemos quedarnos aquí. Si nos encuentra Raiden nos matará. — Debían seguir, pero ¿hacia dónde? Debían seguir andando.

Traidor.

XV

Deambularon hacia lo que parecía no ser un rumbo fijo durante casi un día entero y siguieron durante la mitad de la noche. Encontraron una modesta posada de comerciantes cerca de un camino que quedaba al norte del pueblo más cercano.

—Haremos noche aquí. —Dijo Faline. Lo arrastró hasta el abrevadero de los caballos y le lavó la cara, todavía manchada de sangre seca. Ryon seguía inmóvil, observando como las gotas de agua que caían de su rostro eran de color rosado.

Permanecieron en la posada tres días. Faline estaba ansiosa por llegar al campamento de los Strech, pero sabía que no conseguiría nada presionando a Ryon para marcharse. Él había permanecido esos tres días en la cama, solo se movía para sentarse y quedarse absorto mirando algún punto en la nada.

—Creo que deberíamos marcharnos hoy. —Dijo Faline mientras miraba por la ventana, cortando unos trozos de manzana y llevándoselos a la boca. —Si esperamos más comenzarán a buscarte y los caminos dejarán de ser seguros. Te he traído esto. —Se fue hasta la silla frente a la puerta y le acercó una capa y ropa de abrigo hecha con pelo de oso pardo.

Ryon, que se encontraba sentado en la cama, con el pecho descubierto salvo por el tosco vendaje de su costado y con el rostro sombrío y mal afeitado, miró aquellas pieles.

—No. —Dijo él casi en un susurro imperceptible.

—Si te encuentran, te matarán. —Dijo ella. —Solo puedo confiar en mi clan, ellos nos protegerán del Príncipe y sus soldados.

Hubo un silencio tan largo que Faline pensó que no volvería a hablar jamás.

—Yo no confío en tu gente. —Dijo con pesadez, sin mirarla a los ojos. —Además...sé lo que estás haciendo. —Ella lo miró con desconfianza. Ryon se levantó y comenzó a vestirse con su uniforme. —Crees que es mejor idea mantenerme a tu lado, si huyes sola, yo podría decir que tú mataste a Ionjii, todos saben que le odiabas y con lo que trataste de hacernos en la cabaña...

Ella sonrió y negó con la cabeza, tirando la ropa en la cama y cruzándose de brazos.

—Yo le odiaba, es cierto. Pero tú...—se peinó el largo y ondulado cabello hacia atrás. —Vi tu expresión cuando lo mataste.

Se sujetó los hombros de pronto, como si intentara protegerse.

Ryon se miró en el espejo que había al lado de una pica con agua.

—Volveré al castillo y contaré la verdad. —Sentenció tras escudriñar en sus ojos, tratando de encontrarse con el joven tímido que había salido del palacio, hacía casi un mes. —Si la muerte es lo que merezco, así será. No huiré de los míos.

Ella lo miró, parecía un cervatillo asustado que fuera a echar a correr con el crujir de una rama.

—No te preocupes, no hablaré sobre ti. Me has ayudado, y eso te lo debo. —Insistió él.

Se volvió a poner su uniforme y dejó las pieles de proscrito que le había traído ella.

¿Cómo había ocurrido todo aquello?

¿Cuánto tiempo hacía?

Comieron en silencio frente al fuego del comedor. Había tres personas en aquella posada y reinaba un ambiente de soledad. El posadero les sirvió una sopa caliente con pan, pero se lo cobró a precio de una chuleta de venado.

Ryon ya solo tenía dos monedas de oro.

—Necesitamos dos caballos. —Dijo Ryon al posadero cuando hubieron acabado de comer.

El hombre decidió no rechistar y les dio dos caballos de color pardo y tan delgados que parecían realmente famélicos.

—Supongo que aquí nos separamos. —Dijo él con una sonrisa sincera cuando hubo ensillado su montura. —No creo que nos volvamos a ver. —Extendió su mano para estrechársela a la altura de los codos. Ella sonrió con tristeza y con la mano de cuatro dedos le devolvió el saludo.

—Ryon...—Dijo ella cuando el chico giró el caballo, dándole la espalda. —Eres el mejor Soutjin que he conocido, espero que no te maten.

El chico sonrió con tristeza y asintió con un leve gesto, emprendiendo la marcha.

Ryon cabalgó hacia el norte sin descanso, sabía que cuanto más se demorara, más difícil sería que le creyeran.

Todo comenzaba a parecer realmente extraño, como sacado de una pesadilla. Recordaba la expresión de Faline cuando el cuerpo de Ionjii había

tocado el suelo inerte. ¿Por qué Ionjii había matado a Doran? Odiaba a los bárbaros, pero no se arriesgaría a matar a un aliado del Príncipe, y menos a un Barain ¿verdad? Quizás había descubierto algo sobre ellos, en cualquier caso, tenía que hablar con Siro antes de que fuera demasiado tarde. Si alguien podía creerle sería él.

Al segundo día su mente dejó de tener tanta fuerza y dudaba de que alguien pudiera creerle, y aunque lo hicieran, no cambiaba realmente nada. Matar a un Soutjin era pena de muerte. Comenzó a pensar en huir, sabía cazar y si las cosas se ponían feas, siempre podía robar.

Miró al cielo, estaba despejado y un inmenso manto de estrellas iluminaba la nieve y la luna parecía su guía. Si huía no sobreviviría ni un invierno bajo la nieve, no conocía los bosques ni había vivido más allá de la calidez del palacio, si quería tener alguna posibilidad tendría que emigrar hacia tierras más cálidas.

Improvisó un lecho de hojas bajo un árbol y usó su capa como manta, el caballo se durmió casi de inmediato y él lo siguió poco después. Sus últimos pensamientos antes de dormir fueron para Soa.

Despertó con frío y cubierto de nieve, se acercó al caballo que permanecía inmóvil, tumbado a unos pocos metros.

—Oh, no. —Se dijo al tocarlo, estaba frío como un témpano. Sabía que le habían dado un caballo muy débil pero no esperaba que muriera, se culpó por haberlo forzado demasiado.

Se dejó caer al lado del cuerpo del animal y suspiró, impotente. No había sido capaz ni de cuidar de un caballo, Hoja seguramente estaría también muerta y no sabía nada de Raiden.

Le dolía la cabeza y el costado, se desnudó el torso y se aplicó nieve en la herida esperando que lo aliviara. Quizás podría huir, Si huía acusarían a Faline de asesinato, Siro lo tomaría como la prueba que necesitaba para acusarlos de traición y quizás Reshi lo creería.

Se levantó y se secó las lágrimas, ya no podía ser un Soutjin, pero aún estaba a tiempo de no ser un renegado.

Comenzó a caminar con pesadez y dificultad en la nieve, siguió por la orilla de un río y se guió de él esperando que se tratara de un afluente del Gran Río del Páramo y con suerte, viajando hacia el norte, llegaría hasta el lago Veelar, donde una vez lo habían nombrado Soutjin.

Aquello parecía haber pasado hacía demasiado tiempo. Caminó sin

descanso, caminaba con lentitud y hacía demasiado frío. Sus pasos le llevaron al anochecer hacia un campamento de cazadores, había dos lechos abultados y unas ascuas todavía calientes. Habían dejado un trozo de conejo torrado y casi carbonizado al fuego. Ryon sintió como su estómago le rugía. Observó a las dos figuras que dormían plácidamente y a un perro haciendo lo mismo a su lado.

Dio media vuelta y se alejó a toda prisa, combatiendo el hambre con fuerza de voluntad. Improvisó un lecho en las rocas y se tumbó de lado, abrigándose con su capa.

Recordó los primeros años en el castillo, cuando siempre dormía en el suelo. Siro le regañaba una y otra vez y siempre parecía preocupado por su comportamiento.

Daba igual lo mullida y caliente que estuviera la cama. Tardó mucho tiempo en acostumbrarse a su colchón y recordó que algunas noches se desvelaba para darse cuenta de que se había orinado encima.

A la mañana siguiente volvió al campamento, estaba vacío. Quizás hubieran salido a cazar. Su estómago volvió a rugir y sin pensárselo cogió el conejo y se lo llevó, corriendo a toda prisa.

Traidor, asesino, ladrón.

Viajó durante lo que le parecieron días, durmiendo algunas horas para recobrar fuerzas y comiendo lo que el camino le proveía. El hambre se hizo, junto a Brisa, su compañero de viaje. Sabía cazar, pero no quería alertar a nadie con un fuego, fuego era sinónimo de problemas.

Brisa lo acompañaba, pero parecía negarse en rotundo a mancharse de sangre animal. Notaba como el sable ya no era el mismo, había bebido sangre de un hermano y aquello parecía haberla silenciado por completo.

Trataba de esconderse de los poblados y de la gente, evitando los puentes y dando un rodeo cuando divisaba algún signo de civilización, estaba tan sucio que seguramente lo tomarían por vagabundo y de seguro tratarían de matarlo.

Se sorprendió a sí mismo siendo tan desconfiado, sentía que la confianza le había hecho débil. Recordó vagamente un rostro familiar, que siempre había pensado que era su madre. Confió en ella, ella lo alimentó y protegió de pequeño, hasta que aquel viejo apareció. Recordaba sus gritos, sus golpes y los llantos de su madre.

Se compadeció de sí mismo al haber confiado en sus tíos, que habían

tratado de educarlo. Al final, no había servido para nada.

Una tarde, cuando el sol comenzaba a ponerse, el río lo llevó cerca de un enorme caserío que tenía un molino y algunas vacas de las tierras altas pastaban con tranquilidad. El caserío desprendía un olor a pastel caliente y a velas aromáticas. Su estómago y curiosidad lo llevaron a acercarse con sigilo, tratando de no alarmar a los dueños, que parecían haberse recogido en el interior, junto al fuego.

Tragó saliva y se acercó hasta la ventana. En su interior, un padre y sus dos hijas cenaban en silencio. Una de ellas servía un pastel de manzana que parecía realmente exquisito. Quizás pudiera entrar durante la noche y coger algo...quizás un pedazo de pastel, solo un pedazo.

Ladrón, paria.

Se sentó cerca de la ventana, protegido por los matorrales y la oscuridad que comenzaba a caer en aquella tierra y pensó en sus tíos y en lo mucho que los echaba de menos. También pensó en Soa, preguntándose si lo echaría de menos.

Yotom debía aburrirse como una ostra en aquel inmenso palacio, o quizás ya hubiera encontrado otra amistad entre los soldados del Príncipe. Tuvo un breve pensamiento hacia sus padres desconocidos, nunca había sentido rabia ni pena ni nada cuando pensaba en ellos. Simplemente, sabía que existía el hecho de que había tenido padres, nada más. Se preguntó si se habrían querido y si lo habrían querido a él, si le habrían deseado un futuro. Ryon sonrió para sí. Estaba seguro de que su madre había sido prostituta, Siro siempre se lo había dicho. No la había conocido nunca, pero estaba seguro de que su mal carácter era a causa de aquel origen.

Se acurrucó entre unos matorrales y usó la capa de manto, dejando que las estrellas le velaran el sueño y el murmullo del río le cantara una canción de cuna.

—¿Crees que es un Soutjin? —Preguntó una voz femenina. Ryon abrió los ojos con dificultad, el sol le impedía ver lo que tenía delante. Sin pensarlo dos veces se levantó de un salto y se llevó una mano al cinto. Las dos niñas que lo habían estado observando muy de cerca gritaron y salieron corriendo hacia la casa.

El hombre que había visto la noche anterior cenando se acercó con las manos levantadas, como pidiéndole que no se marchara. No estuvo seguro de porqué, pero decidió no huir y se quedó allí mientras el hombre, casi anciano,

le hacía gestos con la mano para que se acercara.

Debía tener unos cincuenta años, con brazos fuertes y bronceados al sol. Conservaba una cabellera rojiza, que quizás hubiera sido rubia tiempo atrás y vestía con ropa sencilla pero limpia. Sus hijas seguían alejadas, con gesto preocupado, cerca de la casa.

—Bonita mañana, mi nombre es Hektor. —La intención de aquel hombre no parecía oscura, sonreía con amabilidad y le tendía a Ryon la mano. —¿Os habéis perdido?

Ryon le estrechó la mano en silencio, dándose cuenta de que estaba sucio y debía desprender un horrible olor.

—Entrad, no seáis tímido. Podéis bañaros y comeremos algo.

Hektor dio media vuelta y comenzó a andar hacia su casa, Ryon se quedó unos minutos plantado en la orilla del río, de pronto todo le pesaba demasiado y el uniforme parecía demasiado grande para alguien tan escuálido como él.

Quizás tendría que haber huido, tratar de conservar la poca dignidad que podría quedarle. Pero tenía hambre.

Lo siguió hasta el interior, cálido y con un agradable olor a cerveza artesana y pan recién horneado y no pudo evitar rascarse la nariz sintiendo cierta emoción en el pecho.

El hombre le explicó que la cervecería era de Ezelred, pero que su familia había sido la encargada de su elaboración y él era el capataz desde hacía ya treinta años. Los jornaleros vivían al otro lado del río, tras el bosque, en una pequeña pero próspera villa que había mandado construir el mismísimo Ezelred para que no les faltase nunca nada. Era un lugar bonito y tranquilo, la mayoría de los bandidos se alejaban de aquel lugar, temiendo la ira del Barain si algo le ocurría a su pueblo.

Ryon decidió que lo primero sería tomar un buen baño, la sensación del agua caliente lo reconfortó hasta dejarlo casi dormido. Había adelgazado demasiado y estaba perdiendo musculatura, dejando solo huesos y pellejo. Sus pómulos estaban muy hundidos y tenía ojeras y una incipiente barba que parecía un manchurrón oscuro en la cara. Se cortó las uñas y se afeitó. Quiso volver a ponerse el uniforme, pero una de las chicas se lo había llevado para lavarlo. Era la primera vez que vestía como un bárbaro. Su cabello le llegaba casi por los hombros y decidió cortarlo hasta las orejas, recogidoselo en medio moño, aquel peinado era lo único Kotei que parecía quedarle.

Comió en silencio mientras dos jóvenes mujeres lo observaban con curiosidad. No le importó aquella compañía mientras se llenaba el estómago de pan, queso y patatas asadas.

Ryon observó por la ventana como un puñado de hombres llegaban desde el bosque y se metían en la casa que había unos metros más allá. Hektor apareció con un vaso de agua.

—Te veo bien. —Dijo casi con la ternura de un padre. —Yo debo ir a la fábrica, ¿por qué no me acompañas?

Ryon no tenía ningunas ganas de ir, pero no le pareció buena idea quedarse a solas con las jóvenes, así que asintió en silencio y lo acompañó.

Bajaron al sótano por una puerta cerrada tras la escalera, los peldaños eran de piedra y todo se encontraba iluminado por las tenues luces de las velas.

—Esta caverna lleva hasta la fábrica, fue construida por mi abuelo tras la guerra. No me gusta demasiado la idea de que mi casa conecte con un lugar donde se destila alcohol, pero lo cierto es que es bastante práctico.

Ryon siguió al hombre hasta otra puerta de madera, anclada torpemente con enormes bisagras a las paredes de la cueva.

—Diremos que te llamas Seth, ¿de acuerdo? —Lo miró a los ojos, era más bajo que Ryon. Este asintió. —Si quieres puedes seguir siendo mudo, no me importa.

Abrió la puerta con una llave que guardaba en el bolsillo y subió por los escalones hasta un sótano lleno de barriles y sacos.

Los jornaleros saludaron a su capataz y se quedaron mirando fijamente a Ryon, este los ignoró, reparando en las enormes ollas que había al fuego y que desprendían un fuerte olor, bastante desagradable.

Hektor lo dejó indagar en la fábrica y sus alrededores todo lo que quiso, dejó que algunos trabajadores le dieran órdenes básicas, seguramente pensando que era retrasado o algo similar. Ayudó a cargar barriles cerveza a los carros y a almacenarlos en el sótano, tratando de no parecer más inútil de lo que ya se sentía.

Aquella noche, antes de la hora de la cena, Ryon se examinó las viejas heridas causadas por las aprendices de Heka. Ya solo quedaban unas marcas rojas en el hombro y el costado y apenas una molestia que hacía parecer que el chico que las había recibido era otro muy distinto a él.

XVI

Dos días después de duros trabajos y ricas cenas, Hektor invitó a un joven que decía ser un bardo en busca de inspiración. Era educado y no miraba demasiado a las hijas del capataz, por lo que se ganó su confianza cuando hubo tocado algunas canciones y contado algunas divertidas anécdotas.

—Perdonadme, debería haberme presentado. —Le dijo a Ryon, sentándose frente a él en la mesa. —Me llamo Nesgar.

El chico no parecía mayor que él, quizás algunos años. Tenía el cabello blanco y liso recogido en una coleta que le llegaba hasta la nuca y rapado a los lados y los ojos llenos de pestañas y de un extraño color azul que emitía destellos rojizos. Vestía de una forma bastante ridícula con el color lavanda como protagonista y un horrible sombrero de plumas azules.

—¿Es la primera vez que ves a un albino? —Preguntó divertido al ver que el chico lo estudiaba. Aunque sus rasgos fueran poco comunes, era un hombre atractivo y estaba claro que él lo sabía.

Ryon lo aguantó toda la velada, pocos minutos de conversación le bastaron para decidir que no le caía bien. Se pasó la noche presumiendo sobre sus muchas conquistas románticas frente a las chicas y pavoneándose de las aventuras que había protagonizado.

Lo peor de todo aquello era que a Hektor le caía realmente bien.

—Ahora me he retirado. —Dijo peinándose con los dedos y llevándolos a las cuerdas de su laúd, rasgándolas melodiosamente. —Quiero escribir sobre los grandes héroes. Necesito recorrer el mundo y aprender sobre ellos.

Ryon suspiró, casi le hacía gracia la forma en la que las chicas lo miraban y se creían cada estúpida palabra que aquel imbécil decía.

—¿Te llamabas Seth, cierto? —Preguntó el chico, mientras afinaba las cuerdas practicando una extraña melodía. Las chicas se marcharon al piso de arriba tras haberse despedido de su padre y este hizo lo propio al cabo de una media hora. Ryon las observó subir las escaleras.

La mayor debía rondar los catorce años, tenía el pelo castaño y bastante bonito. La pequeña apenas llegaría a los diez años y era la que lo había despertado aquella mañana con su cantarina voz, tenía el cabello negro y la cara salpicada de pecas. Había algo extraño en ellas.

Ryon fingía haber perdido la capacidad de hablar, o quizás ya la hubiera perdido del todo... pero ellas guardaban una especie de extraño voto de silencio que Ryon había adjudicado al principio a la pérdida de su madre.

Aquella noche, Ryon tardó más de la cuenta en dormirse. Se cruzó las manos en el pecho y miró durante lo que parecieron horas al techo de vigas de su pequeña e improvisada habitación.

Había cogido las sábanas y se había hecho un lecho en el suelo.

No era que hubiera perdido la voz, simplemente no se le ocurría nada bueno que decir.

Paria, ladrón, asesino.

Miró hacia Brisa, que estaba apoyada en la puerta de un pequeño armario, parecía relucir en la penumbra.

Las chicas le habían lavado su uniforme y se lo habían dejado en el interior. Decidió ponérselo, ya no se sentía cómodo con él y le avergonzaba pensar que alguien pudiera tomarlo por un Soutjin, pero aun así se lo dejó puesto. No quería mirarse al espejo con la ropa de un jornalero.

Se sentó en un lado de la cama durante unos largos minutos.

Se levantó y se dirigió hacia la cocina, donde se sirvió un vaso de agua.

Quizás era hora de marcharse de aquel lugar, podría irse sin que nadie reparase en su ausencia hasta bien entrada la mañana. Subió las escaleras de nuevo con aquella idea en su cabeza, que cada vez cobraba más sentido.

No podía quedarse ahí, Hektor era amable, pero ¿cuánto tiempo lo sería hasta que averiguara la verdad sobre él? No protegería a un traidor y menos ante unos imponentes Soutjin que serían capaces de matar a tus hijas.

Escuchó unos extraños ruidos procedentes de una de las habitaciones, primero pensó que podría tratarse del estúpido bardo, pero su oído le chivó lo que parecía ser el llanto de una mujer.

Brisa le susurró, ¿la había cogido para bajar a por agua?, como si controlara sus impulsos le obligó a abrir la puerta.

La mayor de las niñas se encontraba sentada en una silla, con un libro en los brazos y llorando desconsoladamente a la luz de las velas. Ryon tragó saliva, arrepentido de lo que acababa de hacer y trató de dar media vuelta. Ella se levantó de un sobresalto y dio un grito ahogado.

—Espera. —Dijo entre jadeos. Ryon se paró en la penumbra del pasillo y la miró. Esta se secó las lágrimas y lo observó, como si lo viera por primera vez con aquel uniforme puesto. —¿Eres un Soutjin?

Ryon no contestó, se limitó a esperar que la pregunta se perdiera en el aire. No sabía que contestar... «Lo era, pero maté a mi compañero». Por un momento abrió la boca, las palabras se le atascaron en la garganta. Era un fraude, tenía que decírselo.

Paria, asesino.

Traidor.

—Sé que lo eres. Llevas la espada y el uniforme. —Volvió a ver como las lágrimas de la chica brotaban de sus ojos y se resbalaban por sus mejillas, esta se le acercó. —Mi padre no quiere pedírtelo, pero yo no puedo más, ni Annie. Por favor, si eres un Soutjin tienes que rescatar a nuestro hermano.

Se llevó las manos a la cara y lloró desconsoladamente. Ryon se quedó plantado como un idiota. Nunca había visto llorar a una chica, solo a Neul, pero ella no contaba.

Nunca sabía qué hacer cuando pasaban esas cosas delante suyo.

Ryon pensó por un momento en salir corriendo, pero el destino quiso que Nesgar los encontrase justo a tiempo y se colocó frente a la chica, tendiéndole un pañuelo con su mejor sonrisa.

—¿Os ha hecho algo? —Preguntó con falsa cortesía mirando a Ryon, que seguía cual estatua y con impotencia. Ella negó con la cabeza y balbuceó. Él procuró no acercarse demasiado y le dio unas ligeras palmaditas en un hombro. Lo cierto era que Nesgar no le pareció un mal hombre en aquellos momentos, ni pareció querer algo indebido de aquellas jóvenes. Simplemente quería consolar a una niña asustada.

La chica se marchó a su habitación sin poder hablar, sollozando desconsolada y cerró la puerta, dejando a los dos chicos solos en la oscuridad.

—Así que eres un Soutjin.

Nesgar lo observó con detenimiento, como si pudiera ver el fraude en aquel traje que le quedaba ahora demasiado grande.

—Lo cierto es que cuando llegué pensé que eras...algo corto de mente. Supongo que no todo el mundo es lo que aparenta. —Se rascó el mentón que parecía esculpido en piedra con sus dedos, pensativo. —¿Qué quería la chica?

Silencio.

—Me ha confundido con otra persona. —Dijo Ryon casi con pesar. Nesgar abrió los ojos de par en par y sonrió. Como si de un padre que le arrebatara la primera palabra a su hijo se tratase.

—No eres mudo. —El chico negó con la cabeza. El otro se encogió de

hombros y suspiró. —Cuando no hay nada interesante que decir...

Ryon entró sin poder evitarlo en la habitación donde había encontrado a la niña, la vela seguía encendida y el libro se había quedado sobre la silla. Lo abrió y lo ojeó, pero se trataba solo de un libro de cuentos.

—Una habitación de niño, que raro, no me suena haber visto a ninguno.
—Dijo Nesgar.

Ryon tragó saliva, y la verdad le cayó como un cubo de agua fría en una mañana de invierno. No echaban de menos a su madre, aquellas niñas habían perdido a su hermano hacía muy poco. ¿Sois un Soutjin? Le había preguntado ella. ¿Qué pretendía pedirle?

—Será mejor que volvamos a nuestras habitaciones. Yo personalmente, no quiero perder la simpatía del anfitrión.

Ryon estuvo de acuerdo y con la cabeza dando tumbos, trató de conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, Nesgar lo interceptó en las escaleras cuando se dirigía a desayunar y afeitarse, como si llevara horas esperándolo.

El bardo vestía con un jubón púrpura y un colgante realmente feo de una cabeza de gallo. Se había recogido el blanco cabello en un moño alto y parecía haberse maquillado para darle rubor a sus mejillas.

—Llevo toda la noche dándole vueltas al tema. —Ryon suspiró, agotado. Él tampoco había pegado ojo, pero lo que menos le apetecía era hablarlo —Creo que debería marcharme contigo. —Ryon abrió los ojos de par en par. —Cuando te vayas, quiero decir. Supongo que irás camino al palacio del Príncipe Menor, y lo cierto es que creo que podría interesarle mi propuesta...

Ryon no pudo evitar reírse y lo miró a los ojos.

—¿Cómo? —Preguntó. El bardo le devolvió una mirada de asombro y duda. —¿Cómo podría interesarle nada que provenga de un...?

—¿Un famoso bardo? —Sonrió. Ryon negó con la cabeza, incrédulo.

—Veo que ya sois amigos. —Hektor les esperaba en la planta baja, sentado en una butaca. Se levantó con pesar, Ryon cerró la boca, pero su pequeño teatro había llegado a su fin —Y tú ya hablas, podrás explicarme que te trae aquí.

Ryon nunca había creído en el poder que ejercían los más necesitados sobre la bondad de los hombres hasta que Hektor cambió su simpatía hacia él aquella mañana.

Se sentaron en la mesa donde habían cenado la noche anterior, Hektor

dejó que Nesgar se sentara con ellos, como si tratara de castigar a Ryon de algún modo por haber abusado de su hospitalidad. En realidad, lo había hecho, pero no quería pensar demasiado en ello.

Se quedaron en silencio y él repasó las posibles salidas. Si decía la verdad, Hektor avisaría a los guardias del pueblo y lo llevarían ante Ezelred, que a su vez lo enviaría al castillo donde lo ejecutarían por traición y desertión. Si mentía y ganaba tiempo debería huir, y aquello lo devolvía al problema principal: ¿Dónde iría?

Mentiroso, traidor.

Su única salida era mentir, pero solo para poder volver a palacio y aferrarse a la esperanza de que Siro hablara a su favor en el juicio que se celebraría, pasaría un tiempo en la prisión del castillo y seguramente recibiría algún que otro latigazo. Lo que estaba claro era que podía olvidarse de que lo volvieran a aceptar como Soutjin.

Acabaría de mozo, al igual que el retrasado de Ayok, y eso si tenía suerte. Pero conservaría su honor.

Aquel pensamiento lo llevó a mirar a Brisa, que le devolvió la mirada con un pequeño reflejo de sus ojos amarillentos en la oscura vaina. Por un momento se asustó, como si aquellos ojos no fueran suyos. ¿Hay otra solución? Se oyó a si mismo preguntarse...no, se lo preguntaba a ella. La vaina parecía sonreír, ella tenía otra solución a su problema.

Sintió como los pies le temblaban, como si la tierra rugiera y le sujetara las plantas contra el suelo. Llevó una mano a la empuñadura y tragó saliva. Nesgar lo miró de reojo y frunció el ceño, unas gotas de sudor frío le recorrieron la frente.

—Chico. —Dijo de pronto Hektor, haciendo que el mundo dejara de darle vueltas y haciendo que todo volviera a la normalidad. Ryon colocó ambas manos encima de la mesa con un suspiro. —Lo que quiero es que me expliques que has venido a buscar aquí. Mi hija asegura que eres Soutjin, ¿es eso cierto?

Su cabeza comenzó a dar vueltas y antes de ponerse a hablar, dio un último vistazo a Brisa, deseando no volver a pedirle ayuda nunca.

—Yo...soy un desertor. —Aseguró. Su voz sonaba pastosa, extraña. Como si no fuera él el que confesara. —Me he alejado de mi camino y he cometido un crimen imperdonable.

La cara de Hektor se apaciguó. ¿No era lo que esperaba oír?

—Pero... Si eres muy joven, chico. ¿Qué has podido hacer tan grave?

Ryon mantuvo el silencio. No podía decirlo, si lo decía se haría real.

Permanecieron callados hasta que el viejo se levantó y dándole la espalda cogió una pipa y la encendió.

—Me pones en una situación comprometida. Si te ayudo a escapar vendrán aquí y matarán a mis hijas. Pero no sería justo entregarte, estos días me has ayudado con la fábrica.

Ninguna ayuda podría protegerlo lo suficiente. Nesgar se apoyó en el alfeizar de la ventana y se frotó la frente, como si aquel problema lo incumbiera y necesitara buscarle una solución. Hektor volvió a sentarse con un suspiro y dejó que el humo de la pipa inundara la habitación.

—Padre...—La chica que Ryon había encontrado llorando la noche anterior apareció por la puerta con los ojos hinchados. Se acercó a su padre y le puso las manos sobre los hombros, de pie junto a su silla. —Él puede traer de vuelta a Cel.

Ryon lo miró a los ojos, casi suplicándole que lo entregara. No quería escuchar la proposición de aquel viejo. Quería que todo acabara, de un modo u otro.

—Tengo un hijo, se llama Cel. —Dijo. Ryon ya se lo había imaginado, existía la posibilidad del chantaje. —Se lo llevaron.

Hektor esperó. Así estaban las cosas, si quería tener alguna posibilidad de salir con vida de todo aquello debía aceptar aquel trato. Aun sin saber todos los detalles.

Paria, desterrado, traidor.

—¿Quién se lo llevó? —Preguntó Ryon frotándose el dorso de la mano derecha... de pronto le había empezado a picar de forma rabiosa. Nesgar bufó con una risita, como si hubiera esperado aquella respuesta y estuviera realmente encantado.

Sangre de barro, paria.

—Lord Irvin.

Si aún le hubiera quedado honor, se habría entregado. Habría suplicado para que Hektor lo entregara a sus hermanos.

Traidor.

Hektor relató con paciencia lo que le había sucedido a él y a su familia. Tres meses antes, Lord Irvin había decidido personarse en la casa del anciano y exigirle la mitad del grano que cosechara. Había asegurado que necesitaba

alimentar a sus vasallos ya que sus tierras habían sido maldecidas por Ezelred y este había echado sal en todos los cultivos. Le explicó que solo le quitaría un tercio si le daba a su primogénito para ayudarlo en diversas tareas, a cambio de alimentarlo y vestirlo.

—Yo no pude negarme. Ezelred había comenzado su viaje y Lord Irvin no es conocido por ser un hombre benevolente.

Ryon suspiró. Había conocido a Ezelred en el Hogar, pero de aquello parecía haber pasado tanto tiempo...

—No sabemos nada de nuestro señor Ezelred, debía haber vuelto de su viaje una semana atrás y yo debo mantener todo esto a flote por mis hombres...

¿No había vuelto todavía? Que extraño...Puso los ojos en blanco y agitó la cabeza, en realidad ya no importaba.

—Ryon, iré al grano. Tráeme a mi hijo sano y salvo y yo olvidaré que te he visto.

Nesgar hizo un ligero ruido y desvió la atención de la sala, cortando el ambiente gélido de golpe. Ryon lo observó de reojo, ¿era realmente tan idiota como aparentaba? Recordó la noche anterior, él se había dado cuenta de que había un niño...pero Ryon no.

—¿Dónde vive Lord Irvin? —Preguntó de pronto Nesgar. Todos lo miraron, la niña sonrió esperanzada con lágrimas en los ojos.

Hektor les explicó que la mansión del Lord se encontraba al oeste, a pocos días de allí. Irvin había sido Lord hasta que el Príncipe Reshi le había despojado del título, pero le había permitido conservar sus tierras y su castillo.

Ryon suspiró, sin saber cómo había formado equipo junto a Nesgar, una idea que parecía encantarle al bardo. Cada vez sentía más necesidad de huir de aquel lugar.

Ryon esperó a que la familia los dejara a solas en sus habitaciones mientras se preparaban para atreverse a hablar con Nesgar.

—Tú no vienes. —Dijo tajante, observando como el bardo hacía su equipaje. Viajaba con un extraño macuto con asas para la espalda llena de cintos y bolsillos. Ryon reprimió su curiosidad y se mantuvo firme apoyado en el marco de la puerta. Nesgar cerró con fuerza el cinto y se sentó en la cama, mirándolo con una sonrisa.

—¿Así que piensas ir? —Preguntó Nesgar cogiendo la vaina violeta de un

florete que había dejado apoyado en la pared bajo la ventana. Ryon no hubiera imaginado que aquel tipo tuviera idea de pelear. —Y yo que pensaba que huirías.

—¿A qué estás jugando?

—No juego. Soy compositor, escribo canciones sobre la vida, la muerte...y las personas. La pregunta es... ¿quién eres tú?

Ryon abrió los ojos de par en par.

Un paria...un desterrado...un asesino.

—Ya os lo he dicho, soy...—vaciló un instante. Un asesino. —Ryon.

Nesgar cogió su florete y apuntó a Brisa.

—¿Cuál es su nombre?

—Brisa. —Dijo el chico apoyando una mano en la empuñadura, tratando de protegerla. Nesgar sonrió y se encogió de hombros.

—No eres el primer Soutjin que conozco, Ryon. —Dijo su nombre con cierto tono burlón. —Sé bien lo que sois.

Aquella última frase la pronunció con tristeza, fue algo que no pudo o no quiso esconder.

XVII

Partieron a las pocas horas, las niñas insistieron en prepararles todo tipo de comida para que no se sintieran hambrientos durante el viaje, como si fueran a abandonar aquella misión por ese motivo. Ryon observó antes de partir como Hektor redactaba una carta dirigida a Ezelred en la que informaba que el Soutjin al que estaban buscando había engañado al pobre anciano y les había saqueado y huido. Ryon apretó los ojos dolido al haber sido engañado por la bondad que desprendía. Tampoco se quedaba corto con el bardo, al que lo acusaba de haber forzado a sus hijas.

—Mandaré esta carta en seis días si no habéis vuelto con mi hijo. — Amenazó cerrándola y sellándola. Nesgar rio y asintió con la cabeza.

—Vamos, vamos. —Dijo como si todo aquello fuera una excursión para recoger flores silvestres. —No hay tiempo que perder ¿cierto?

Cabalaron en silencio durante casi tres horas. Nesgar lo hacía sorprendentemente bien, tenía un caballo muy hermoso de color blanco. A Ryon le habían prestado a un pobre y viejo jamelgo que parecía no obedecer de ninguna forma a su jinete.

—Pensaba que os enseñaban hípica. —Dijo el bardo sonriendo, todo parecía hacerle mucha gracia siempre. Ryon puso los ojos en blanco. —Monta tú a Amante, yo trataré de dominar a este pobre.

Ryon accedió a regañadientes e intercambiaron los caballos mientras paraban a estirar las piernas. El chico se frotó los hombros enérgicamente.

Hola frío, viejo amigo.

El caballo parecía mofarse de Ryon y decidió portarse de forma ejemplar bajo los mandos de Nesgar, que sonreía y lo acariciaba mientras lo premiaba con palabras aduladoras.

—Es normal, no te preocupes. —Dijo cabalgando con el cabello blanco al viento. —Los Soutjin y los animales nunca se han llevado demasiado bien.

Ryon suspiró.

—Ya no soy un Soutjin. —Por desgracia, era la verdad. La única verdad de la que estaba seguro.

—Seguro. —Dijo él. —Supongo que te has librado de una buena condena.

¿Se refería a la misión?

Aquella noche acamparon bajo unos árboles que desprendían un extraño aroma a flores silvestres y parecían ser el hogar de luciérnagas y gorriones.

Comieron lo que las chicas les habían preparado, sin hacer fuego y arrebuados en sus capas. Nesgar comenzó a sacar cosas de su macuto: una vela, un pedernal y yesca y un mapa.

—Que bien cocinan, no hay nada mejor que la esperanza para aderezar un plato.

Ryon no pudo evitar sonreír, Nesgar lo miró e hizo lo mismo.

—Creo que es la primera vez que te veo sonreír. —El chico abrió los ojos. Lo decía casi con gratitud.

—Yo...—Trató de decir, pero no le salían las palabras. ¿Qué quería decirle?

No te rías, asesino.

—¿Qué fue lo que hiciste? —Preguntó de pronto el bardo, con la naturalidad de quien pedía indicaciones, mientras hacía unas anotaciones en el mapa a la luz de las velas.

Tragó saliva.

—Cometí un error...un imperdonable error. —Dijo, dejándose llevar por el calor de la voz de Nesgar. ¿Realmente lo consideraba un error?

Cállate.

—Bueno, ¿y quién no? —Los ojos le relampagueaban con destellos rojos por la luz de las velas. —Ese sable del que no te separas ni para dormir... llevas tiempo con él, ¿cierto?

Ryon no contestó.

—¿Quieres un consejo? —Señaló a lo lejos, entre los árboles tras un leve silencio. —Tíralo al lago.

Quizás deberías matarlo.

Ryon descartó aquella idea casi de inmediato, acariciando la empuñadura.

—Si lo hiciera...solo me quedaría la vergüenza.

Nesgar guardó el mapa y sacó un laúd. Rasgó las cuerdas con cariño.

—Tú... ¿por qué te ofreciste a acompañarme? —Preguntó.

—Ya leíste la carta...

—No. Sé que no te sentiste obligado. Te pareció buena idea desde el principio. ¿El viejo te ha ofrecido dinero por matarme cuando todo esto acabe?

—Estás muerto de todos modos. —Aseguró, dejando a un lado su faceta sonriente y hablando con seriedad por primera vez.

Estas muerto. Paria, asesino.

Traidor.

Le había ofrecido dinero por matarlo. Ahora lo entendía. Siempre lo comprendía todo demasiado tarde.

—Conocí a uno de los tuyos...hace algunos años. —Comenzó a explicar Nesgar mientras rasgaba su laúd. —Lo encontraron en las afueras de la aldea donde yo residía por aquel entonces. No sabíamos lo que le había pasado, pero tenía unas heridas realmente feas. Lo curamos por temor a las represalias del Príncipe, tienen a los Soutjin en tan alta estima...pasó conmigo casi dos meses, mientras lo alimentaba y le hacía compañía. —Sonrió con tristeza. —Compuse mi primera canción con las historias que me contaba y en poco tiempo, toda la aldea tarareaba mi música. Pero cuando estuvo curado completamente, simplemente se marchó. Sin agradecimientos, ni despedidas, ni nada.

Ryon miró el laúd que entonaba una triste melodía que conocía.

Ayok la había tarareado una y otra vez.

—Tú le amabas. —Comprendió. Nesgar se rio. Apenas podía distinguir su figura en la penumbra.

—Duerme un poco. —Dijo, dando por finalizada la conversación.

Ryon sintió un leve pinchazo en el cuello. Abrió los ojos y se topó con una cara pálida y unos dientes amarillos mirándole con una asquerosa sonrisa.

Nesgar tenía las manos en alto y lo miraba frunciendo el ceño mientras otros dos hombres con la cabeza rapada y extraños tatuajes los apuntaban con una espada corta y una ballesta.

—Dadnos todo lo que tenéis. —Dijo el de la espada, con tono amenazante. El que apuntaba a Ryon sonrió y asintió con la cabeza dejando claro que era el lerdo del grupo.

—Ojalá pudiéramos. —Aseguró el bardo con tranquilidad. —Mi amigo, aquí donde lo veis es un Soutjin, un soldado de los Kotei, yo que vosotros me marcharía de inmediato.

Todos rieron, menos Ryon y Nesgar.

—Creo que no. —El de la espada, que aparentaba ser el líder lo miró de arriba abajo. —Creo que es un crío recién destetado, no tiene ni barba.

Ryon aprovechó aquel desliz que hizo su captor el lerdo y con un movimiento rápido cogió a Brisa y ayudándose de su rodilla la desenvainó, cogiendo al hombre lechoso como rehén.

Gritó de miedo, pero Ryon solo le había rasgado un poco con la fina hoja de Brisa.

Nesgar fue de reflejos rápidos y sacó su florín, apuntando a los dos hombres firmemente.

—Suéltalo o te atravesaré con la ballesta. —Bramó, le temblaba el pulso.

Ryon le clavó aún más la hoja al cuello, decidido a no soltarlo.

—Eso es. —Dijo él en un susurro. Sonrió a los asaltantes, que lo miraron asustados. —Tenía tanta sed...pero ahora estáis aquí. La sangre del tarado no es suficiente, ahora está sedienta de más.

Nesgar aprovechó aquella confusión y se abalanzó a por el hombre con la ballesta, que atravesó con una estocada de su florín. Se le cayó al suelo el arma y el hombre de la espada comenzó a blandirla al aire, tratando de protegerse.

Ryon le cortó la cabeza al lerdo antes de que gritara de nuevo y esta rodó unos metros. Sonrió y Brisa destelleó bajo las primeras luces del amanecer, como si acabara de despertarse de un profundo sueño.

Mató al tercero con rapidez, antes de que le clavara el cuchillo a Nesgar y dejó que el sable se relamiera con la sangre del enemigo antes de limpiarla con la ropa del hombre muerto e insertarla en la vaina.

Nesgar rebuscó entre las pertenencias de los bandidos y encontró algunas monedas y joyas robadas de poco valor.

—Nos quedaremos esto. —Le guiño el ojo a Ryon agitando la bolsa de monedas con un tintineo, como si fuera una especie de secreto entre ambos.

—No eres de Snoglia, ¿cierto? —Preguntó el chico observando cómo le daba patadas a los cadáveres para asegurarse de que se llevaba todo lo de valor.

—Ni tú un Kotei. —Lo dijo tan seguro de sí mismo que Ryon no tuvo tiempo de reaccionar. Permaneció en silencio y subió a su caballo.

Cabalaron toda la mañana y toda la tarde, hasta llegar a un poblado al atardecer, donde Nesgar sugirió pararse para utilizar aquellas monedas.

Ryon no se negó y dejaron a los caballos en el establo para entrar en la taberna.

—No te he dado las gracias. —Dijo el bardo mientras disfrutaba de una

sopa caliente y pan con mantequilla. Se llevó la cerveza a los labios y bebió con energía. Ryon echó un rápido vistazo alrededor. Todos los miraban, hasta el dueño de la taberna. Quizás nunca habían visto a un albino, o a un Soutjin, o a ambos juntos. —Esta mañana me has salvado del bandido. Quizás debería dárselas a ella—Miró a Brisa de reojo, que reposaba dócilmente en el cinto de su portador.

—¿Cómo sabes que es ella? —Preguntó Ryon.

—Tú mismo lo dijiste esta mañana. “Está sedienta”

—¿Ah, sí? —Miró el cinto desconcertado. No lo recordaba.

Nesgar miró alrededor con una sonrisa tranquila, los clientes cuchicheaban con descaro sobre esos nuevos personajes y poco se concentraban en sus asuntos.

—Quizás me han reconocido. —Dijo poniéndose de pie con esa sonrisa que significaba un control absoluto de la situación. —¿Desean que les dedique alguna canción en particular? O mejor comenzaremos con algo alegre, para ambientar esta horrible atmósfera.

Sacó el laúd del macuto e ignorando que todos los presentes se habían puesto tensos comenzó a tocar.

Ryon reconoció la melodía. Era una canción infantil, pero había cambiado algunas partes de la letra y la había transformado en una mofa lasciva sobre los nobles.

Lo cierto era que cantaba y tocaba muy bien, y parecía disfrutar realmente de ello. Al poco, todos comenzaron a aplaudir al son de la canción y al segundo estribillo consiguió hasta que un viejo con cara de pocos amigos lo siguiera entre risas.

La música y las palmadas atraieron más personas, y en poco tiempo la taberna fue lo más concurrido de aquella aldea.

—Quizás podríais regalarme un beso para esta noche. —Dijo él a la mujer más atractiva de todas las prostitutas que había aparecido por la puerta. Esta sonrió y Nesgar le susurró unas palabras al oído.

Algunos hombres se habían atrevido, gracias a la bebida, a seguir con las canciones y los bailes con las palmadas como instrumento mientras el bardo volvía a su mesa para recobrar el aliento.

Ryon bebió lo que le quedaba en la jarra y se levantó.

—¿Dónde vas? —Preguntó una chica. Era joven, de cabello rojo y rizado y muy pecosa. Parecía algo tímida, insegura de sí misma. —Me encantaría

saber más cosas sobre los Soutjin.

—Lo dudo. —Dijo este con sequedad. No tenía ganas de aguantar a una mocosa mientras fingía que le interesaba algo de él. Nesgar era el protagonista de la noche indiscutiblemente, y él era...la sombra.

Siempre fuiste una sombra.

Se levantó y caminó hasta el exterior, cerrando la puerta tras de sí y dejando atrás el calor y el ruido.

Se sentó con Brisa bajo un árbol y observó el cielo estrellado. Aquella noche era más oscura de lo normal y la luna había decidido esconderse de los ojos de los hombres. Pensó en las palabras de Nesgar observando a Brisa. Tírala al lago.

La nieve caía en copos delicados, fundiendo en blanco el suelo. Ryon observó su aliento, que formaba nubes de vapor y se arrebujó en su capa.

Brisa emitía unos destellos hermosos y oscuros.

Si él moría, ¿Dónde iría ella? Se la darían a otro Soutjin. Pensar en aquello lo ponía de mal humor, celoso. Como si nunca hubiera tenido otro dueño que no fuera él.

—Hace frío aquí. —Levantó la cabeza, era la chica pelirroja otra vez. Los copos le caían sobre el cabello que parecía no subordinarse a la oscuridad de la noche. —¿Nesgar es amigo tuyo? Las chicas están encantadas con él.

—Seguro. —Dijo Ryon quitándole importancia. La chica sonrió, tenía una sonrisa bonita. No estaba acostumbrado a que las mujeres quisieran pasar tiempo con él. Solo tenía a Soa y alguna que otra prostituta con la que se había acostado cuando visitaba la taberna del pueblo con Yotom.

Ella le tendió la mano para que lo acompañara. Este accedió.

XVIII

—¿Cómo has dormido? —Nesgar lo saludó cuando bajó las escaleras para desayunar. Ryon se sentó a su lado, esquivando algunos borrachos que dormían en el suelo. —¿Aún tienes a alguien en tu cama?

El chico se ruborizó. Aquello pareció divertirlo.

—Come algo y nos iremos. Ayer le pregunté al dueño si sabía rumores de nuestro querido Lord Irvin. Al parecer lleva muchos años encerrado en el castillo y solo se oyen historias bastante perturbadoras. Le dije que íbamos en nombre del Príncipe Reshi, así nos evitaremos problemas.

Tras desayunar pan con mermelada, bollos de pasas, zumo de remolacha y maíz tostado emprendieron de nuevo la marcha hacia el castillo.

La chica pelirroja le dedicó una última mirada mientras bajaba los últimos peldaños de la taberna y Ryon cerró la puerta tras de sí. No acabó de comprender el significado de su expresión.

El paisaje comenzó a desmejorar mucho, gran parte del bosque parecía haber sufrido un incendio no hacía mucho y los campos de cultivo estaban abandonados.

Llegaron aquella misma noche, vieron el castillo a lo lejos, en un valle a los pies de dos montañas nevadas. El poblado apenas tenía luces encendidas, Ryon optó por acampar al otro lado del río, suficientemente lejos del pueblo fantasma.

—Supongo que la mayoría de los lugareños habrán abandonado las faldas de la montaña. Yo también lo haría. —Nesgar se desprendió del macuto y se colocó frente al río, quitándose la capa y después el jubón. Dejó el torso completamente desnudo, tenía una buena y tonificada figura, pero una fea cicatriz le atravesaba el costado derecho. Sonrió cuando vio a Ryon observándole. —Soy demasiado irresistible hasta para los hombres.

Ryon puso los ojos en blanco y se acomodó bajo un árbol, usando en tronco para apoyar su espalda.

—Como te dije, el Soutjin y yo no acabamos precisamente bien nuestra relación.

—¿Pelear de enamorados? —Preguntó.

Aquella noche Ryon soñó con Ionjii, pero esa vez, él lo mataba.

Traidor, asesino.

Se posicionaron lejos del portón, para que pudieran verlos desde las almenas y no aparentar ser una amenaza para el señor del castillo.

—¿Quién va? —Preguntó una voz desde lo alto.

—Mi nombre es Ryon, —Comenzó tras una pausa. —Soy un Soutjin enviado por Príncipe Menor. —Tenía la sensación de que llevaba demasiado tiempo sin hablar, y su voz le sonaba extraña. —Él es Nesgar, mi compañero. Venimos en nombre del Imperio.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Ryon cruzó el puente a lomos de Amante y el bardo le siguió.

El interior del castillo no era un lugar agradable. Estaba en muy mal estado, tenía humedades y parecía necesitar una buena restauración para evitar que cualquier día pudiera derrumbarse.

—Lord Irvin les espera en el salón, si son tan amables de acompañarme los llevaré con él. —Dijo un hombre viejo y sin dientes que vestía con pieles sucias y despellejadas. —Deberéis dejar vuestras armas junto a los caballos.

Ryon y Nesgar se miraron preocupados, después miraron al criado y finalmente obedecieron. De pronto todo parecía una pésima idea, morirían allí dentro y nadie los encontraría jamás.

Siguieron al criado hasta el interior de un viejo salón, con un fuego que apenas calentaba y con tanta humedad que se respiraba con mucha dificultad.

Lord Irvin se encontraba sentado frente a una mesa pequeña, comiéndose un trozo de carne que chorreaba sangre. Era un hombre grande de nariz aguileña, pero muy bien afeitado. Tenía el cabello castaño y largo, con entradas y peinado hacia atrás. Sus ojos eran como dos puntos negros en el abismo de su pálida tez. Los miró y señaló unas sillas frente a él, invitándolos a sentarse. Vestía completamente de negro y comía con los guantes enfundados. Parecía un cuervo.

—¿Puedo servirlos algo para cenar? —Preguntó con una voz muy grave pero calmada. Ambos negaron con la cabeza precipitadamente. —Siento que no podáis calentaros en mi fuego, el castillo necesita demasiadas manos para su mantenimiento. Decidme, ¿venís de parte del Príncipe Menor? ¿Qué desea de mí?

Ryon se aclaró la garganta y controló sus nervios.

—Bueno...lo cierto es que no nos ha enviado el Príncipe, Lord Irvin. —Comenzó Ryon. Nesgar lo miró con los ojos abiertos, desconcertado.

—Ya no deberíais llamarme Lord, vuestro Príncipe me despojo de tal título. —Irvin se secó la boca con un pañuelo y bebió un largo trago del vino tinto que tenía en la mesa. —Entonces, ¿qué pueden traer a un solitario Soutjin y a un músico a mi castillo?

—Nesgar es un gran compañero, creedme. —Aseguró Ryon, aparentando tanta normalidad y seguridad que apenas se reconocía. —Es interesante la de cosas que se aprenden si uno viaja. —Trató de poner la mejor voz ensayada que pudo. Como si controlase cada palabra de la conversación. —Estas tierras son del Barain Ezelred, ¿no es así? Decidme Lord Irvin, ¿os suena un niño llamado Cel? Es hijo de Hektor, el dueño de la destilería.

El hombre se acarició su largo mentón y torció sus labios finos en un gesto de negación.

—Siento no poder ayudaros, Soutjin. —Dijo tras un largo silencio, que pareció comerse la respiración de todos los presentes. —Decidme, ¿habéis hecho el viaje desde el castillo solo para buscar a un niño? —Sonrió casi con malicia. —Es curioso, yo nunca he conocido a nuestro Príncipe en persona ¿sabéis? decidió quitarme el título cuando yo no era más que un niño pequeño y quedé huérfano y solo. Estoy seguro de que eso no os lo ha contado.

—Enviaré vuestras peticiones al Príncipe, si lo deseáis. —Dijo el chico, que comenzaba a notar con cada palabra de aquel hombre, como su coraza invisible iba desapareciendo.

—Estoy seguro. —Afirmó. —Decidme, he oído que nuestro Emperador, el gran padre, cumplirá este año doscientos ochenta y siete años, ¿es tan viejo como me lo imagino? —Ryon no contestó, no estaba seguro del camino que estaba tomando aquella conversación. —Seguro que en el palacio habéis escuchado rumores sobre los brebajes que toma la familia imperial.

Ryon torció el gesto, entendiendo lo que Irvin insinuaba. Era cierto que había muchas especulaciones sobre el motivo de la larga vida de los miembros de la familia imperial, pero Raiden siempre le había dicho que, de algún modo, estaban hechos para tener Imperios largos y prósperos.

—No quisiera ser grosero, Soutjin y músico, pero me temo que debo atender algunos asuntos...

Ryon se levantó. Irvin lo miró y se acercó a la mesa del fondo de la sala, donde cogió una pipa y como si no hubiera nadie más en la sala se la encendió dándoles la espalda.

—¿Podemos conocer de qué asuntos se trata? —Preguntó tratando de que no se le quebrara la voz. —Veréis, el asunto del chico nos preocupa bastante, y bueno... Nos gustaría conocer en que andáis ocupado, si no es molestia.

Se escuchó un ruido sordo que provenía de lo que parecía el sótano.

La sala se sumió de pronto en un gran caos.

Ryon reaccionó casi de inmediato. Sacó una pequeña daga de su fajín que había tomado prestada la noche anterior del macuto de Nesgar, y se lo lanzó a Irvin, impactándole en el hombro derecho. El hombre gritó de dolor y se tiró al suelo.

Apareció el mayordomo junto a dos guardias unos segundos después. Nesgar esquivó la primera estocada que trató de asestarle el primer guardia y con un empujón lo derribó. Cogió la espada que había dejado caer al suelo y adoptó una extraña posición felina para amenazarlos.

—¡Alto! —Anunció Ryon con una gran voz de barítono, de la que casi se habría sentido orgulloso si no hubiera estado demasiado mezclada con la adrenalina y el miedo. —En nombre del Príncipe Reshi del Imperio Kotei, este hombre queda despojado de su posición social y de sus posesiones. No debéis servirlo si no queréis ser considerados traidores. —Los guardias bajaron las espadas al instante y todos respiraron por primera vez. —Vamos a registrar el castillo y nos llevaremos lo que consideremos oportuno para ofrecerlo como prueba en el juicio que se le celebrará.

—¿Dónde están nuestras armas? —Preguntó Nesgar devolviéndole la espada al guardia.

—¿Quién es el capitán? —Preguntó Ryon al mayordomo que observaba con la mirada perdida a su amo retorciéndose de dolor en el suelo.

—El capitán Perjan, señor. —Contestó este saliendo de su ensimismamiento. Miró a Ryon que permanecía con su rostro impertérrito e intimidando a los presentes con sus llameantes ojos amarillos. —Iré a llamarlo.

—Has estado increíble. —Dijo Nesgar con una sonrisa nerviosa. —Creí por unos instantes que moriríamos aquí.

—Yo también.

Los guardias pusieron unos grilletes al que había sido su señor y lo llevaron hasta la mazmorra del castillo. Un hombre de barba gris bien recortada con una capa negra y un traje de cuero curtido apareció en el salón, Ryon se había sentado frente al fuego con su sable y Nesgar se había apoyado

en la ventana para observar el exterior. Ambos se mantenían callados.

—¿Capitán? —Preguntó Ryon al verlo entrar. Este asintió evaluando al chico, suspendiéndolo casi de inmediato por su joven apariencia. —Hemos tomado el castillo en nombre del Imperio. Queremos registrarlo y agradecería que sus hombres no tocaran nada.

Comenzaron por las habitaciones. El castillo era inhabitable en la mayoría de las estancias y solo había tres que carecían de moho, humedades y ratas. Ryon abrió la puerta de la habitación principal. Tenía una gran alfombra de pelo pardo y cortinas de seda rojas. En el centro se encontraba una gran cama con dosel, sábanas limpias y a su lado una estantería llena de libros.

—Es demasiado normal. —Dijo él en un susurro. Nesgar decidió explorar el resto de las habitaciones. El capitán apareció junto a Ryon y se apoyó en el marco de la puerta. No parecía querer interrumpirlo, pero tampoco pensaba ayudarlo.

Echó un vistazo rápido y abrió las cortinas, dejando que la luz entrara. La ventana daba a un patio cerrado, con enredaderas muertas y una fuente abandonada.

Miró hacia la estantería llena de libros mohosos y se acercó a ella. Los títulos eran variados y escritos en bárbaro, algunos cuentos infantiles y otros libros de medicina y anatomía humana, cogió uno al azar. Era un libro infantil muy antiguo con dibujos de dragones y druidas. Lo dejó en la cama y tomó otro escrito en Kotei, era el único en ese idioma. Una recopilación de leyendas sobre Ronin y costumbres del Imperio. Ryon decidió guardarlo en su fajín para llevárselo, le dio la sensación de que comenzaba a cogerle gusto a esa manía de llevarse cosas que no le pertenecían.

—Ryon, ven a ver esto. —Nesgar lo llamó desde una de las habitaciones contiguas. El Soutjin se acercó y encontró al bardo sosteniendo unas ropas sucias y ensangrentadas. Ryon las cogió.

Eran pequeñas, claramente pertenecían a un niño y la sangre llevaba seca mucho tiempo. —Lo he encontrado escondido bajo el suelo. —Dijo Nesgar señalando un hueco justo debajo de la pared.

Pues claro.

Ryon volvió al cuarto principal, seguido por su compañero y levantó la alfombra en el acto. Nesgar profirió un grito ahogado.

Había una trampilla.

Ryon se agachó y pasó una mano por encima, acariciándola.

—¿Qué hay aquí debajo? —Preguntó a Perjan. El hombre se limitó a encogerse de hombros. Lo sabían perfectamente, era imposible no saberlo. —Ordénales a tus hombres que me traigan la llave.

—Han huido todos, señor. —Respondió sin darle importancia.

Todos te engañan.

Encontraron la llave en el bolsillo del propio Irvin, cosa que le sugirió que lo que podría haber en el interior debía ser por lo menos valioso para él.

Apenas quedaban habitantes en el castillo, la mayoría habían huido y poco a poco, los lugareños se iban acercando hasta las puertas para asegurarse si era cierto lo que decían de su amo.

Abrieron la trampilla y sujetando una vela, bajaron unas escaleras en forma de caracol. La estancia fue haciéndose más amplia a medida que descendían. Ryon calculó que habrían bajado unos diez metros hasta que llegaron a pisar el suelo cavernoso.

Ryon deambuló por la estancia y comenzó a iluminarla utilizando los candelabros de las paredes. Era una especie de laboratorio lleno de estantes de libros y artilugios y una tabla grande de madera central con grilletes en cada punta. Ryon se llevó una mano a los labios tratando de evitar una arcada. Al final de la estancia había una puerta, tardó unos segundos en decidirse a abrirla. Era un pasillo largo con dos celdas a cada lado, cuerdas y látigos colgados en la pared del fondo.

Apestaba a podredumbre.

Alzó la vela y fue hasta el final del pasillo. Todas las celdas estaban abiertas salvo una en la que había un niño dentro, le faltaba una pierna. El crío lo miró asustado y gateó hacia la pared.

Ryon caminó hasta el final del pasillo de piedra y cogió un manojito de llaves que había colgado. El niño iba alternando la mirada entre la espada de Ryon y luego al suelo, quizás creía que, si evitaba mirarlo, este no se percataría de que estaba ahí.

Oyó como Nesgar bajaba los peldaños profiriendo quejas sobre lo nauseabundo que resultaba todo aquello.

—Dios mío...—Dijo cuando vio al chico dentro de la jaula, tiritando y en los huesos. —Saquémoslo de aquí.

Abrieron la puerta y forcejeando levemente con el niño consiguieron sacarlo y llevarlo hasta una de las camas del castillo.

—Buscaré un médico. —Dijo Nesgar asomándose por la ventana y

dirigiéndose hacia el tumulto de gente que se había aglomerado en los jardines del castillo. —¿Qué crees que estaba haciendo Irvin?

Ryon suspiró. Realmente no sabía que había estado pasando tantos años entre aquellos muros, pero a juzgar por las celdas, aquel chico no había sido el único prisionero.

Bajó de nuevo al sótano e inspeccionó a conciencia el laboratorio. Encontró utensilios quirúrgicos que le pusieron los pelos de punta, libros sobre anatomía y un diario escrito por el propio Irvin. Cogió este último y se dirigió arriba, donde se encerró en una de las estancias, la mejor que pudo encontrar y comenzó a leerlo junto a la ventana.

XIX

Las notas eran vagas y casi inteligibles. Hablaban sobre varios experimentos realizados en cuerpos humanos y animales. Ryon sintió una presión en la cabeza y notó como la bilis le subía por la garganta. Dejó a un lado el libro y miró por la ventana. Comenzaba a llover, pero aquello no disuadía a la gente que seguía pendiente de los movimientos del castillo. El chico se pasó una mano por el cabello y se lo ató en un moño alto, algunos mechones le caían sobre la frente.

Observó de nuevo por la ventana, quizás toda aquella gente esperaba lo mismo que él, llegar al fondo de todo.

Pensó en Siro y Raiden y deseó tenerlos en esos momentos a su lado para que le aconsejaran que debía hacer.

Suspiró.

¿Cuánto tiempo llevaba sin pensar en ellos?

Despertó con un sobresalto al escuchar unos golpes en la puerta. Nesgar le saludó desde el umbral. Miró por la ventana pasándose una mano por la cara y vio que estaba anocheciendo. La gente del poblado seguía plantada enfrente del castillo, algunos habían hecho hogueras y otros traían antorchas. No parecían querer marcharse.

—El niño ha despertado, la doctora quiere hablar contigo. —Ryon asintió. Nesgar parecía otro, ya casi no sonreía y no se apartaba de su florín en ningún momento.

Se levantó y se guardó el diario de Irvin para proseguir con su lectura más adelante.

—¿Quién queda en el castillo? —Preguntó el Soutjin a su compañero. Este se encogió de hombros.

—El mayordomo, del que no me fio un pelo y el capitán. —Ryon asintió.

—Dile al mayordomo que deje entrar a la gente que está fuera. Necesito hablar con ellos. Que me esperen todos en el comedor del castillo y que se les sirva lo que haya para comer y beber.

Nesgar sonrió por primera vez aquel día y se alejó por el pasillo en busca del criado.

Ryon se acercó a la habitación del niño. Parecía dormir plácidamente y

tras echarle un rápido vistazo cerró la puerta con cuidado de no despertarlo. Encontró al médico en una sala al final del pasillo.

—¿Es usted la doctora? —Preguntó al ver a una mujer de mediana edad, con el cabello corto y rubio recogido en un moño y vestida como un hombre.

—Emilia. —Dijo estrechándole la mano. —Supongo que queréis que vaya al grano. —Dijo sentándose con las piernas cruzadas y llevándose el dedo índice a los labios. —El niño debe tener unos catorce años. Le amputaron la pierna hará unas semanas, aún está en proceso de curación. ¿La han encontrado?

El chico la miró sin comprender, ella se señaló su propia pierna.

Ryon negó con la cabeza, no se le había ocurrido pensar en eso. ¿Para qué querría alguien una pierna humana?

—Le he dado las instrucciones a su compañero sobre el chico, pero no le recomiendo que permanezca aquí mucho tiempo. Este lugar tiene demasiada humedad y malos recuerdos.

La mujer cogió un maletín que llevaba con ella y se dirigió hacia la puerta.

—¿Sois del pueblo? —Preguntó Ryon. Ella se paró. —Nesgar me ha dicho que queríais hablar conmigo.

La mujer se giró y sonrió.

—Sí, soy del pueblo. —Dijo, pensándose bien las palabras que diría a continuación. —Irvin no era muy querido, ¿sabéis? Los niños le llamaban el ogro. No quería hablar de nada en particular, solo conocer vuestro rostro ¿Sabéis que pasará ahora con todo esto?

Ryon negó con la cabeza. Ella se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—Supongo que ya nada podría ser peor. —Tras eso, cogió sus cosas y bajó hasta el gran comedor, donde le esperaban los aldeanos.

Ryon trató de pensar, ¿Cuál es el siguiente paso? Quizás hablar con los vasallos le ayudaría a rellenar los huecos que faltaban en todo aquello.

Bajó las escaleras y comenzó a escuchar murmullos cada vez más altos provenientes del gran comedor. Una treintena de personas lo miró al entrar y le dejó paso.

Nesgar arrastró una gran mesa hasta el final de la sala, improvisando una especie de altar para ambos. Ryon se subió y la gente comenzó tras un breve silencio, a cuchichear dejando la sala en un gran murmullo.

—Debéis saber que he tomado el castillo en nombre del Imperio y vuestro antiguo señor Irvin ha sido apresado y pasará a ser juzgado por los crímenes cometidos. La ley Imperial es clara, la posición del Soutjin será la ley y el orden en los lugares que sea necesario. Por lo tanto, hasta nuevo aviso todos responderéis ante mí y en caso de que falte, será ante Nesgar. — Dijo Ryon señalando al bardo.

—¡Queremos que se le ahorque! —Gritó un hombre al final de la sala.

—¡Me robó a mi bebé! —Gritó otra estallando en llanto.

—¡Es un monstruo! —Gritaban algunos. —¡Ogro!

Ryon suspiró y pidió calma con las manos. Todos obedecieron a regañadientes.

—El Príncipe no podrá devolveros a vuestros hijos, pero os ofrece la justicia del Imperio. Escucharé vuestras peticiones y dictaré sentencia. Por el momento os ofrezco este castillo. Repartiremos la comida y las ropas del señor y será vuestro para que hagáis con él lo que deseéis.

El chico bajó de la mesa y Nesgar se acercó a la gente, tratando de calmarles. De camino a la puerta, todos se fueron alejando del soldado con gesto de desaprobación.

Ryon se dejó caer en la butaca donde había recibido al médico. Estaba prácticamente a oscuras y todo era silencio, salvo por el ruido de la lluvia contra los cristales.

—Has estado bien ahí fuera. —Dijo Nesgar que apareció por la puerta como un espectro.

Ryon suspiró.

—Les he ofrecido un castillo a cambio de los niños muertos... —Dijo en un susurro. —No les importará la decisión que tome, me quieren fuera de aquí.

Nesgar se apoyó en el marco de la puerta.

—Yo odio a los Soutjin. —Dijo sin reparo. —Son hombres de honor sí, pero a veces son demasiado severos con las personas que no viven bajo sus costumbres. Lo que yo he visto hoy, Ryon ha sido digno de un líder, no todos los Soutjin pueden hacer lo que tú has hecho.

Ryon rio sarcásticamente.

—Creo que debería componer alguna canción sobre ti. El Soutjin que venció al Ogro.

Titúlala mejor: El Renegado que mató a su compañero y huyó.

A la mañana siguiente, Nesgar apareció en la sala con una taza de té y un poco de pan y fruta confitada.

—¿Has podido dormir? —Preguntó dejándole encima de la mesa la comida y sentándose cerca de la ventana. Ryon miró de nuevo el diario y rebuscó entre sus páginas. —¿Llevas toda la noche leyendo eso?

—¿Recuerdas lo que dijo Irvin sobre la familia Imperial? —Dijo de pronto, con la voz tomada por el cansancio. —“Seguro que en el palacio habéis escuchado rumores sobre los brebajes que toma la familia imperial”

Nesgar lo miró con el ceño fruncido, tratando de comprender dónde quería ir a parar. No parecía gustarle el camino que estaba tomando aquella conversación. Ryon señaló una página del cuaderno.

—Creo que Irvin estaba convencido de que beben una especie de pócima para alargar su juventud.

Nesgar sorbió un poco de té al ver que su compañero no tenía intención de tomárselo y se asomó para mirar el cuaderno.

—¿Pretendía encontrar la fórmula de esa poción?

Ryon asintió.

—No hay ninguna poción, es la sangre. Él escribe cosas sobre la juventud y creo experimentaba con los hombres jóvenes para conseguir su esencia.

—¿Con...la sangre?

La lluvia no había dado tregua en toda la noche y aquella mañana se presentaba del mismo modo, nubosa y fría. Ryon se levantó y estiró las piernas y miró por la ventana. Si era cierto lo que los aldeanos decían, Irvin tendría que haber enterrado los cuerpos en algún lugar, quizás en los terrenos del castillo.

Aquella mañana los nuevos habitantes del castillo, tímidos al principio, comenzaron a organizarse para repartirse todo lo que Irvin poseía. Comida, ropa, mantas...organizaron carromatos hasta la aldea y en pequeños viajes se lo llevaron prácticamente todo. Otros no dejaron el castillo en ningún momento, seguramente para asegurarse de que Ryon no huía y cumplía su palabra.

Ryon bajó hasta el patio cerrado del castillo. Era algo pequeño, pero no había ni un alma y eso era lo que el chico buscaba. Sabía que no era buena idea hablar tan pronto con Irvin, necesitaba que estuviera desesperado y un hombre no se desesperaba cuando solo llevaba una noche en una jaula.

Se quitó la capa y dejó a Brisa apoyada en el marco de una de las puertas.

La lluvia era algo tímida pero insistente y Ryon se lo tomó como una especie de castigo. Se descalzó y adoptó la primera postura del Aido en el centro del patio.

Cerró los ojos y dejó que sus pies se mojaran completamente en los charcos de lluvia que acariciaban la roca fría.

Finalizó el octavo movimiento media hora después, y cuando quiso comenzar el noveno, una punzada de dolor le atravesó el costado. Se llevó una mano a la herida, estaba totalmente cicatrizada. Se maldijo a sí mismo, se había vuelto tan débil...Sonrió, compadeciéndose de sí mismo.

—Nunca fuiste fuerte, pero la espada te quedaba bien. —Se dijo en un susurro.

Alzó la vista y se topó con la mirada de una niña pequeña. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí observándolo bajo el techo del patio?

—Largo. —Le dijo. Ella no se movió. ¿No hablaba Kotei?

Sus ojos eran de color negro y unos mechones de cabello rizado y oscuro le caían sobre la cara.

—¿Acaso no me has oído? —No le gustaban los críos, nunca le habían gustado. Le recordaban a él, escondido en las faldas de su madre y de Raiden...y de Yotom. Siempre había estado asustado. Se levantó y la niña, que llevaba un vestido simple de color caoba y un pañuelo en el cuello le señaló con el dedo y sonrió.

Maldita mocosa.

De pronto corrió a su lado y gritando de alegría lo abrazó.

—¡Gracias señor! —Dijo ella sin apartarse, Ryon quedó petrificado. La niña se mojaba, pero no parecía importarle. —Ahora mi hermano pequeño estará a salvo con mi mamá. El Ogro no se lo llevará ¿verdad?

El chico no pudo evitar sonreír.

—No. Ya no se llevará a nadie.

Tardó tres días en poder leer todos los escritos del diario de Irvin. Algunas anotaciones estaban tachadas y algunas otras, solo eran números y palabras sueltas, la mayoría de la información era indescifrable. El chico decidió bajar hasta la mazmorra aquella mañana, que estaba custodiada por Perjan.

El joven bardo había actuado a modo de intermediador entre el pueblo y Ryon, que no había abandonado la biblioteca. Nesgar era un excelente administrador y los lugareños le habían cogido bastante cariño.

Lo acompañó y decidió quedarse en la primera estancia, tocando plácidamente una canción que parecía estar componiendo.

—Creo que el pueblo está más contento hoy. —Dijo Nesgar con una sonrisa. Ryon no pudo adivinar si se trataba de sarcasmo. —Si toco algo, quizás nuestro Lord se digne a hablar contigo.

Ryon dudaba que eso fuera a funcionar.

El Soutjin se acercó hasta la celda de. Tenía el hombro vendado y se había sentado sobre un banco. Parecía un cuervo posado sobre un tejado.

Irvin miraba a Ryon mientras este cogía una silla y se sentaba frente a las rejas de la celda y sacaba el diario. De pronto le cambió la cara.

—¿Quieres contarme tú lo que pone? —Preguntó Ryon dejando una pausa silenciosa. Irvin no contestó. —Mañana dictaré sentencia.

Se levantó.

—¿Acaso hay algo que pueda decir para cambiar tu veredicto, mocoso? —Su voz era profunda y si tenía miedo, no lo aparentaba.

—Si me explicas dónde enterraste los cuerpos será rápido, y evitaré que la gente de ahí fuera te apedree.

Irvin rio desde lo profundo de su estómago, como si llevara demasiados años sin reír.

—No. —Negó con la cabeza, escondiendo su cara en la oscuridad de la celda. —Quiero eso. —Señaló el diario. —Quiero que lo quemes antes de matarme frente a todos esos monos apestosos.

Ryon miró el diario que tenía en las manos, extrañado.

—¿Te importa más esto que tu vida?

Irvin se levantó y con pesar se acercó hasta los barrotes, aún seguía teniendo un aspecto imponente y era mucho más alto que el chico. Levantó sus manos junto a los grilletes y volvió a señalar el diario.

—Todo mi trabajo está ahí. Mi vida, chico. Mi vida es ese cuaderno. Soy un visionario, y no puedo permitir que acabe en manos de ladrones. Mi secreto deberá morir conmigo —Extendió las manos todo lo que pudo. —Tú quemas este cuaderno y yo te diré dónde están los cuerpos.

Ryon miró el diario de piel durante unos segundos. No sabía si era la respuesta correcta, pero se acercó hasta una vela y quemó uno de sus lados. Todas las respuestas que buscaba se estaban esfumando. Nunca llegaría a conocer lo que realmente había pasado en aquel castillo y solo quedarían conjeturas y especulaciones.

—Ahora dime donde están. —Dijo Ryon, comprendiendo que quizás había actuado de forma precipitada.

—Me los comí. —Dijo en una voz casi gutural. —A todos.

Ryon mantuvo el porte tan serio como pudo. Nesgar había dejado de tocar.

Irvin sonrió.

—El músico con su laúd, ¿no es así? —Respondió. —Cada ensayo le hace más sabio en la música. Tú lo haces con esa espada. En mi caso es lo mismo. Necesitaba ensayar y experimentar con sus cuerpos y el mío.

—No, no es lo mismo. —Dijo Ryon alejándose de los barrotes. —Tú has fracasado.

Aquella noche, todo el pueblo se reunió en el patio, frente al patíbulo. Hacía mucho frío y las hogueras, colocadas alrededor, no parecían caldear el ambiente.

—Al menos ya no llueve. —Suspiró Ryon.

Abrieron un pasillo de gente para dejar paso al condenado, al que escupieron y apedrearon, tratando de matarlo antes de su hora. Subió los peldaños con lo que le quedaba de orgullo y se puso de rodillas, frente al que había sido su pueblo.

De pronto todos los murmullos cesaron bajo la mirada de aquel hombre. Ryon se colocó tras él y ataviado bajo su capa, desenvainó con un ligero susurro a Brisa, que brilló bajo las luces de las antorchas.

Era la primera vez que la dejaba salir desde lo ocurrido con los asaltadores, camino al castillo. Ella parecía estar agradecida y a la vez notaba cierto resentimiento.

—Yo, Ryon. —Dijo. —Con el nombre de los Soutjin, el poder que me ha dado el Imperio y bajo el amparo de las enseñanzas de Ronin, el primero de todos, blando a Brisa y te condeno por todos tus crímenes, los conocidos y los secretos. Te despojo de tu nombre y te sentencio a la muerte.

No dejó que nadie interrumpiera aquel momento, y cogió su sable con ambas manos, dejando caer la parte afilada de su fina hoja, que de un solo tajo cortó el cuello de Irvin. La cabeza rodo a un lado y el cuerpo, algunos segundos después, cayó inerte con un gran golpe.

Mentiroso, asesino.

El viento sopló y los arboles aullaron. Ryon sintió como algunas gotas de lluvia comenzaban a caerle encima de la nariz, como si el cielo volviera a su

normalidad. Limpió el sable con un paño que tenía y lo lanzó junto al cuerpo de Irvin. Tras eso, envainó a Brisa, que no parecía satisfecha.

Cuéntales la verdad, eres un fraude.

Aquella noche los aldeanos decidieron quemar el cuerpo y la cabeza de su antiguo señor y mataron algunos de sus animales para comérselos.

Ryon decidió permanecer alejado de aquel horrible festejo y comió en una de las salas que había cerca, sentado en una butaca y mirando por la ventana. Cerró los ojos y escuchó la nueva canción del bardo.

Hijo de la lluvia y del barro,

Apareció un día nublado.

De ojos ambarinos,

Mató al ogro y expió su pecado.

El Soutjin solitario.

Vaga por el mundo,

Viajando sin descanso.

Quizás pueda haberte encontrado.

Brisa la llaman,

su espada larga y afilada.

Tiene sed de sangre,

y al verla la claman.

Ryon suspiró, tras escuchar los aplausos del público. Era una canción triste, una canción que parecía vivir completamente sola en la profundidad de una caverna. Las canciones que hablaban sobre héroes siempre eran alegres, pero lo cierto era que aquella melodía podría hacer llorar hasta al más bravo de los guerreros.

Sonrió. Le gustaba.

XX

Aquella noche cogió algo de pan y fruta para el camino y escribió una carta para Nesgar y otra para Ezelred, el señor Barain.

La primera fue una disculpa. No solo por haber huido en medio de la noche, también por no haberle dado las gracias por la ayuda que le había prestado.

Cuando el cielo se tornaba claro, se dirigió a las caballerizas. El viejo caballo se agitó al verlo y él lo calmó acariciándole el lomo, lo ensilló y montó en él.

Salió de los establos arrebujándose en su capa. El suelo estaba encharcado y apenas se veía en aquella oscuridad.

Ryon pudo adivinar una figura oscura al final del puente, ataviada en una capa violeta y un extraño sombrero.

—No pensabas despedirte. —Dijo Nesgar, no era una pregunta. Ryon sonrió tristemente y se encogió de hombros. Era extraño despedirse de un compañero, un amigo. Tenía la sensación de que apenas le quedaban— ¿Dónde irás ahora?

—Debo volver al castillo. —Dijo el chico sin desmontar al caballo. — Debo aceptar el castigo que me corresponda por el crimen que cometí ¿Tú que harás?

—Supongo que viajaré hasta el sur. El invierno de Snoglia es demasiado frío para mí.

Ryon asintió. Ambos se dieron la mano y finalmente le dio un ligero toque al caballo para comenzar su marcha.

—Suerte, Ryon. —Dijo Nesgar cuando estuvo demasiado lejos para oírlo.

El camino hacia el castillo comenzó a hacerse duro al segundo día, la nieve cubría los caminos y Ryon deseó haber tomado su viaje muchos días antes de que comenzara aquel frío que precedía las intensas nevadas del invierno.

Snoglia no presumía de avanzadas carreteras o sistemas de transporte como en el sur, donde había carrozas que funcionaban expresamente de conexión entre ciudades y núcleos importantes.

El camino se hacía más tortuoso a medida que avanzaba. El tercer día

comenzó a caer una ventisca y mucha nieve y pensó que el caballo se moriría. Al atardecer, decidió parar en una pequeña posada.

Era un lugar acogedor y tranquilo. Con un fuego agradable que le hizo entrar en calor rápidamente. Había unas tres mesas y solo una de ellas estaba ocupada. Un posadero le dio la bienvenida y lo invitó a sentarse en la barra.

—Desapacible tarde. —Dijo el hombre sacando sin preguntar un trozo de pan y un plato con lo que parecía un guiso de patatas y cebolla.

Ryon asintió dándose cuenta del hambre que tenía y comió a toda prisa, tragándose el pan con una cerveza caliente.

—¿Eres un Soutjin? —Preguntó de pronto uno de los hombres que se sentaba en la mesa. Se había levantado y colocado a su lado. Ryon dejó la cerveza y lo miró. Tenía toda la pinta de ser un mercenario.

—¿Y qué si lo soy? —Preguntó el chico, dándose cuenta de lo pequeño y canijo que parecía a su lado.

—¿Es cierto lo del Emperador? —Preguntó otro que seguía sentado en la mesa del fondo, junto a sus compañeros. Ryon frunció el ceño sin comprender. —Dicen que ha muerto, han visto salir a la familia del Príncipe Menor vestidos de luto y en unos carruajes esta misma mañana.

¿Qué?

Pensó en Soa instintivamente.

Si eso era cierto, ¿la habrían obligado a viajar con ellos?

Soa hablaba poco de su vida y sus relaciones familiares, pero alguna vez hablaba sobre su abuelo y parecía recordarlo con especial cariño, como si su recuerdo hubiera sido la única época feliz que recordaba.

Seguro que había ido, aun estando tan débil.

—Creo que debería pagaros una ronda, amigo mío. —Dijo el hombre grandullón que seguía plantado frente a él. —Parece que hemos tenido la desgracia de daros nosotros la mala noticia.

Aquella noche, los cinco hombres le contaron sus idas y venidas y algunos hasta su historia desde el día que vieron la luz por primera vez y, aunque tenían un imponente aspecto, todos eran simples cazarrecompensas o comerciantes.

—Tengo una pregunta, Ryon. —Dijo Arvin, el comerciante de especias. Un hombre de tez trigueña y cabello rubio que debía tener unos cincuenta años. —¿A qué se debe ese odio hacia los comerciantes?, nunca he podido entenderlo.

Ryon bebió un trago de cerveza mientras todos le miraban.

—Los comerciantes son vistos como ratas que no son capaces de crear nada con sus propias manos. —Dijo sin avergonzarse. —Compran a hombres buenos por precios más bajos y venden a gente honrada con precios más altos. En Kotei no existen...bueno, sí existen, pero son algo así como los ladrones. Yo no he sido criado en la isla, supongo que por eso nunca me ha importado demasiado, pero mi Capitán los odia y si alguna vez se topase con vosotros, os mataría sin pensarlo.

Tras soltar todo aquello, se bebió toda la cerveza de un trago y sonrió. Estos se quedaron pasmados y dándole una palmada en la espalda se rieron a carcajadas.

—¿Nos mataría con el pulso del viento? —Preguntó el que era conocido como Galdan el Guapo, y que parecía encantarle toda aquella conversación. —He oído historias sobre ese poder, solo el capitán de los Soutjin lo tiene, ¿cierto?

Ryon asintió.

—Pero no es un poder. —Dijo Ryon levantándose lentamente, agotado por el sueño y llevándose la mano a la nuca. —No sé bien cómo explicarlo. Los Soutjin nos entrenamos toda la vida en cuerpo y mente para conseguir dominar esa habilidad, pero que yo sepa, solo Raiden y el mismísimo Ronin lo han poseído alguna vez.

Todos asintieron entusiasmados por lo que el chico les contaba.

Hablar sobre los Soutjin era algo deshonroso, una ofensa a los soldados. Pero no le importaba, sabía que acabaría muerto en cuanto cruzase las puertas del castillo. Sintió el impulso de enseñarles a Brisa, pero se contuvo de inmediato.

—Creo que debería irme a descansar. —Dijo sin esperar respuesta y se despidió de aquellos curiosos hombres, subiendo las escaleras.

Un gran estruendo lo despertó a media noche, como si alguien se hubiera tropezado con unas cacerolas.

Sin demorarse se puso su túnica y cogió a Brisa, bajando las escaleras rápidamente.

Desenvainó su sable con cuidado y sintió como la empuñadura le acariciaba la palma, agradecida de respirar bajo la noche. Una sombra humana se alzó en la cocina, quejándose por su torpeza. Ryon reconoció la fea y gorda cara de Galdan el Guapo cuando sus ojos se acostumbraron a la

oscuridad.

—¿Qué hacías? —Preguntó el chico sin dejar de apuntarle con la punta afilada de Brisa. Galdan alzó sus enormes manos y rio nervioso.

—¡Chico, me has asustado! Tenía un poco de hambre y creía que Fyl guardaría las sobras de la cena en algún lado. —Dijo en un susurro que se iba convirtiendo en un grito. Ryon no apartó el sable.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. —Dijo, notando como la empuñadura iba tornándose cálida al tacto. Galdan rio con nerviosismo y encendió una de las velas que se encontraban en la repisa. Ryon pudo ver el rostro del hombre un instante, tras eso le tiró la vela a la cara y lo empujó. El chico se tambaleó y se llevó el brazo al rostro para protegerse de la quemadura. Galdan corrió hacia la puerta de la entrada de la posada. Un relámpago iluminó la oscuridad de pronto y Ryon saltó sobre el hombre gordo.

La oscuridad volvió tras el sonido del trueno y después un silencio acallado por la lluvia. Galdan se llevó la mano derecha al brazo izquierdo y comenzó a gritar.

Los huéspedes de la posada bajaron las escaleras a los pocos segundos. Ryon no dejó de apuntar a Galdan, que se retorció en el suelo entre quejidos, tratando de buscar su mano cercenada.

—¿Qué está pasando? —Preguntó el regente, bajando con una vela en la mano, tras él, iba el resto iluminando la estancia.

—¡Este cabrón me ha cortado la mano! —Bramó Galdan el guapo señalando a Ryon con la cabeza, que permanecía dándoles la espalda con Brisa acariciando el suelo. —¡Hijo de puta!

Los ojos de los presentes se paseaban entre Ryon, su sable, Galdan y luego la sangre en el suelo y la mano.

—Es el diablo, mírale los ojos. —Dijo uno susurrando. —Échalo.

El posadero tragó saliva, nervioso.

Ryon se giró. La sangre le había salpicado el rostro y las velas le iluminaban los ojos, que eran como ámbar reluciente.

Todos se apartaron con un grito ahogado cuando el chico pasó entre la multitud y se dirigió a su habitación. Se vistió y dejó algunas monedas sobre la cama.

Tras eso bajó para observar como los hombres con los que había compartido cena, bebida e historias le vendaban la mano al ladrón y le

miraban con ojos furiosos y temerosos.

Salió a la luz del sol naciente y notó como la lluvia le limpiaba el rostro.

Mentiroso, asesino.

Cabalgó sin descanso durante dos días hasta que pudo ver el castillo a lo lejos entre la espesura del bosque.

A medida que se acercaba, una horrible sensación lo invadía, como si todo el castillo estuviera de luto por la horrible noticia del fallecimiento del Emperador.

Cruzó las puertas y llegó a la caballeriza cuando caía la tarde. La nieve decoraba, con un fino manto los tejados y los bancos donde las criadas solían sentarse a leer y hablar.

Miró hacia la ventana de la habitación de Soa, tenía puestas las cortinas moradas y no parecía haber luz dentro. Nadie lo recibió en las caballerizas, solo un criado joven acompañado de Ayok.

Observó al hombre de otra forma, tratando de adivinar como habría sido años atrás.

—Señor Ryon, me-me alegra verle de nuevo. —Dijo el criado. Ryon no recordaba haberlo visto nunca, pero asintió. —Anunciaré su llegada.

El Soutjin se dirigió hacia la entrada del castillo, su única oportunidad era tratar de encontrar a Siro y explicarle todo lo ocurrido en la guarida de la bruja Heka.

Torció por un pasillo, dirigiéndose hacia la biblioteca y el despacho de Raiden y se topó de lleno con sus compañeros, que hablaban con el chico de las caballerizas.

—¡Es él! —Gritó uno, girando de golpe y empujando al chico, que cayó al suelo con un quejido. Cinco Soutjin desenvainaron sus sables y corrieron hacia él. Ryon chasqueó la lengua.

Trató de huir, pero los soldados fueron más rápidos. Ryon alzó sus manos sin oponer resistencia. Estos le quitaron a Brisa, y le pusieron rápidamente los grilletes. Ryon notó como si un soplo de aire hubiera salido de su cuerpo, dejándole frío. Miró su hermoso sable por última vez.

Pasó tres días en los calabozos. Hacía cada vez más frío y estaba completamente solo. Dos veces al día un soldado aparecía con pan, algo de sopa caliente y agua. Con una sonrisa de lado a lado, claramente satisfecho de verlo ahí encerrado.

Ryon no probaba bocado. Estaba seguro de que aquellos imbéciles le

estaban envenenando la comida con alguno de sus fluidos corporales. A veces, por la noche, escuchaba la flauta de Raiden. Se sentía aliviado al saber que no se había marchado a Kotei, pero le dolía profundamente que su maestro se encontrara en el castillo y no pensara visitarlo.

Quinto día.

Se pasó una mano por la mandíbula, necesitaba afeitarse y un buen baño. Aquella noche durmió casi del tirón por el cansancio acumulado. Comenzó a comerse el pan y revolvía la sopa para que sus hermanos no notaran que lo sabía todo sobre sus aficiones culinarias.

Al sexto día bajó Raiden.

Ryon trató de no llorar de emoción al verlo sentarse con tranquilidad frente a él, lo cierto era que no parecía traer buenas noticias.

Había pasado una eternidad desde que no lo veía. Tenía el pelo más canoso y parecía realmente cansado. Ryon se arrepintió en el momento en el que vio sus oscuros y rasgados ojos de todos los acontecimientos que lo habían llevado hasta aquella situación.

—¿Quieres preguntar? —Dijo Raiden, mirando a los ojos a aquel chico.

—No sé si debería hacerlo. —Contestó él. El Capitán lo miró por primera vez en mucho tiempo, como si fuera algo más que su aprendiz, como si fuera su propio hijo. Suspiró abatido.

La decisión ya estaba tomada, Ryon cerró los ojos.

Sus pensamientos comenzaron a divagarse. Realmente... ¿qué clase de destino había creído que le esperaba? Siempre había sido un paria, el apestado niño al que los Soutjin acogieron. Pensó de pronto en la canción de Nesgar y sonrió tímidamente. Se lo había creído, había creído que podía hacer el bien con Brisa a su lado. Pero todos sabían la verdad. Era un vagabundo con una espada, pero no era un verdadero soldado, ni lo sería jamás. Aquel había sido siempre su destino, morir bajo la espada de los Soutjin. Lo hubieran matado de todas formas, Raiden no hubiera podido protegerlo siempre de ellos.

—¿Cuándo y quién lo hará? —Preguntó finalmente. Raiden se levantó lentamente y se miró las manos. Ryon pensó que quizás ahora se arrepentía de haberlo salvado cuando era niño.

—Mañana. Lo haré yo. —Tras eso se miraron durante unos segundos. Ryon sintió como su maestro gritaba dentro de su ser y cayó, llorando. El viejo Soutjin suspiró y se marchó, dejándole solo en la fría celda, tiritando

como un niño.

Aquella noche soñó con Soa y en la primera vez que habló con ella. La había visto asomarse algunas veces por su ventana, mirándolos. Yotom nunca le hablaba de ella y si él preguntaba se limitaba a contestarle que era su hermana mayor y que estaba enferma, así que siempre había pensado en ella como en un fantasma. En aquellos tiempos, ella tenía exactamente el mismo aspecto que lucía ahora, aunque Ryon tuviera apenas diez años. Aquella mañana llovía y el chico se comía una empanada caliente en las escaleras de los dormitorios principales.

—¿Está rica? —Preguntó una voz de mujer tras él. Ryon se giró. Estaba de pie junto a la barandilla, la túnica de color perla le caía por los escalones y el cabello era como una cascada negra que le llegaba hasta las rodillas. Tenía la piel cetrina y los ojos negros y profundos. No le sonreía, simplemente le miraba como quien observa a las hormigas apoderarse de los restos de pan que uno había dejado en el suelo.

Ryon se tragó el trozo que estaba masticando y se pasó una manga por la boca.

—Si. ¿Quieres un poco? —Ella esbozó una ligera sonrisa, pero permaneció quieta, unos peldaños más arriba.

Ryon se levantó para llegar hasta su lado. En aquel momento le pareció la mujer más alta que había visto nunca. —¿Eres el fantasma del castillo?

Ella alzó las cejas, finas y negras. Ryon se sonrojó un poco.

—Y tú, ¿eres la nueva mascota del Príncipe? —Dijo arrebujiándose en su túnica, dejando ver por un instante su hombro desnudo. Nunca había escuchado a Soa dirigirse a su familia de otra forma. Siempre les había llamado por sus nombres o títulos.

—No soy una mascota. —Dijo el chico con el ceño fruncido. —Soy un niño y soy muy bueno y valiente.

—Ya veo. —Contestó encogiéndose de hombros.

—¿Eres así de rara porque estás sola mucho tiempo porque estás enferma?

La chica miró al niño, curiosa y se sentó en las escaleras, acariciándose el oscuro cabello.

—¿Quién dice eso?

El niño se encogió de hombros, evitando delatar a su amigo. La chica sonrió y se llevó su largo dedo índice a los labios.

—¿Puedo ver tu habitación? —Preguntó Ryon de pronto. Ella levantó las cejas. —Si te pasas el día entero ahí, tiene que ser muy divertido.
—No te creas. —Dijo ella levantándose, el chico la siguió.

XXI

Ryon se despertó al alba. Se sintió débil y con fiebre. Le habían dejado un trozo de pan en la puerta de su celda y una manzana, se lo comió sin ganas y se sentó a esperar que sus antiguos hermanos fueran a por él.

A las pocas horas escuchó unos pasos corriendo hacia su celda. Era Raiden, llevaba consigo a Brisa.

¿Acaso pensaban matarlo con su propia espada? Sonaba a chiste de mal gusto.

—¿Es la hora? —Raiden abrió la celda a toda prisa y lo agarró del hombro. Ryon frunció el ceño, sin comprender.

—Quiero que me escuches atentamente. —Le tendió su arma y pegó su frente a la del chico. —Coge tu sable y huye.

—¿Qué? No. —Dijo el chico casi de inmediato. —¿Qué estás haciendo?

—¡Cállate! —Le espetó su maestro. —Huye hacia el norte, el clan de los Strech te protegerá. ¡Vamos!

Confuso, febril y débil, siguió a su capitán por las escaleras que salían a los jardines. Miró por instinto la ventana de Soa, que seguía con las cortinas puestas. Fueron corriendo hasta las caballerizas, no había ni un alma y la nieve les llegaba ya por los tobillos. Raiden sacó a Hoja, que se alegró mucho de ver a su viejo amo.

Ryon la acarició sonriendo, saber que estaba a salvo le devolvió la esperanza por unos instantes.

Montó en ella con ayuda de su maestro y de pronto los ojos de Raiden se abrieron como platos y de sus labios salió un leve quejido.

Siro se alejó de su espalda con Escondida en sus manos, sangrante.

Raiden cayó al suelo.

—¡No! —Gritó el chico desde su caballo. Siro miró a su viejo pupilo con odio, ¿Era realmente Siro? —¿Por qué?

—Baja del caballo. —Le dijo apuntándole con su sable y cogiendo las riendas de Hoja. Ryon apretó los puños con rabia, pero obedeció. Siro le quitó a Brisa y la tiró al suelo, sin dejar de apuntarle. —Todo esto ha sido por tu culpa.

Unas pocas lágrimas cayeron por las mejillas de su tío.

—No...—Pudo decir.

—Nunca debí dejar que Raiden te llevara con él, maldito seas. Tendría que haberte matado yo mismo en cuanto te vi. —Ryon comenzó a llorar.

—Siro...

—¡Cállate, maldito bastardo! —El Soutjin miró a su viejo amigo, tendido en el suelo, muerto. —Todo es por tu culpa. —Repitió. —Cuando te sacamos de aquel pueblucho, de los brazos de tu madre, aquella maldita...se suponía que obedecíamos órdenes del Príncipe Mayor.

—¿Qué...? —La rabia de Ryon comenzaba a tornarse confusión y miedo. —Pero...servíais a Reshi.

—No...servíamos a Ronin, pero Raiden lo traicionó por ti. Yo le seguí... porque era mi amigo, pero nunca debí hacerlo.

—Tú...

—Yo sirvo a mi Príncipe, nunca he dejado de hacerlo. He matado a mi mejor amigo por él, y ahora te mataré a ti, como debía haber hecho años atrás.

—¿Qué?

Le daba vueltas la cabeza, la fiebre lo mareaba y respiraba con dificultad.

—Eres un estúpido. —Siro sonrió con nerviosismo. —Eres repugnante, como tu madre. Todos estos años fingiendo que te apreciaba, solo para que Raiden no sospechara de mí...eres la vergüenza de los Kotei. Acabaré contigo y con la sangre Imperial que llevas dentro.

Aquellas palabras sonaron extrañas, como si las hubiera guardado en su interior y necesitara soltarlas antes de que le consumieran.

Ryon alzó su mano al mismo tiempo que Siro se abalanzaba sobre él empuñando a Escondida.

De pronto, un extraño sentimiento de serenidad lo invadió, y tras eso, la rabia. De él salió un grito y la tierra y las paredes latieron a su lado. Una ráfaga de viento lanzó a Siro contra una columna y su sable cayó a unos metros de él.

Ryon corrió hacia Brisa, la cogió y apuntó a su viejo maestro antes de que él llegara a rastras hasta su sable.

Apenas podía ver, las lágrimas le nublaban la vista y se notaba caliente, ardiendo y con el rostro hinchado. Sus manos temblaban y Brisa le pedía la sangre de su tío casi en un grito suplicante.

—Si no me matas, iré a por ti. No descansaré hasta matarte. —Aseguró

Siro en un grito. —Siempre te he odiado.

Ryon gritó y le propinó un fuerte golpe con el mango de la espada, dejándolo inconsciente.

Corrió hacia Raiden, que sacaba sangre por la boca, tratando de respirar.

—No...—Dijo Ryon. —Vamos, voy a llevarte conmigo.

Su maestro le cogió la mano, deteniéndolo. Le sonrió a su viejo pupilo y tras eso cerró los ojos con una sonrisa.

Ryon comenzó a llorar, lloró durante tanto tiempo que al levantarse sintió que habían pasado horas.

Cogió a Brisa y a Sensata, la gran espada de Raiden y montó en Hoja, confuso y dolorido.

Cabalgo todo el día, luchando por mantenerse consciente. Hoja era inteligente y siempre cabalgaba hacia el norte, sin descanso, como si tratara de salvar a su amo.

Los Soutjin dejaron de perseguirlo medio día después, al darse cuenta de que aquella yegua estaba endemoniada y moriría antes de detenerse.

Aminoró el paso a los pocos días. Ryon alzó la mirada y entre la nieve y los árboles logró ver una aldea con lo que parecían ventanas iluminadas a la luz de las velas.

No pudo evitar sonreír antes de que la fiebre lo abatiera desmayándose.